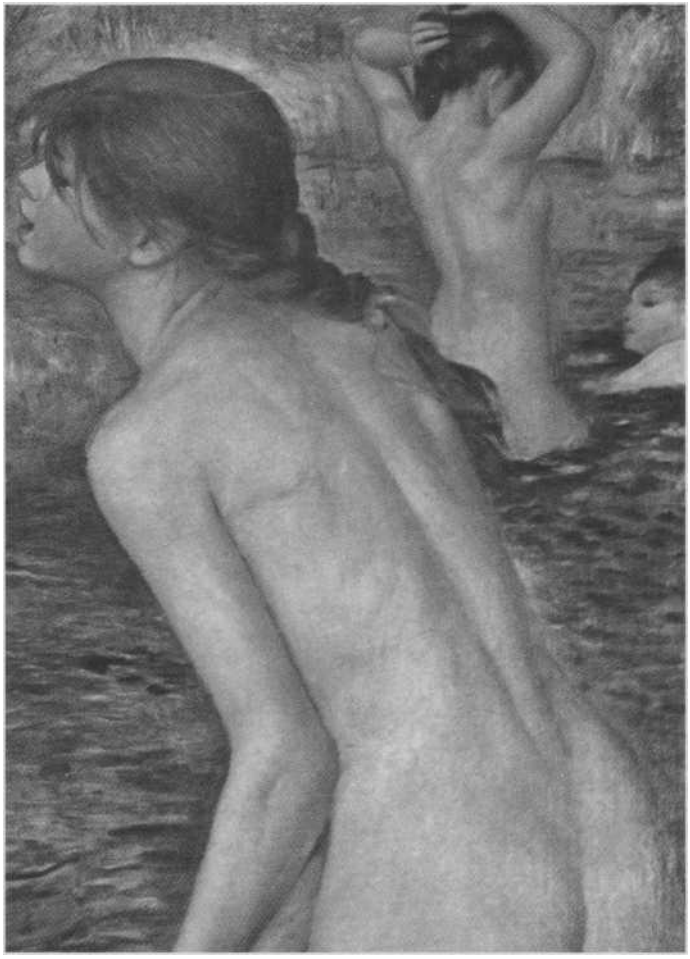
AUTORES COLOMBIANOS

MANUEL MEJÍA VALLEJO

LA SOMBRA DE TU PASO

Un cuadro romántico que nos muestra lo cotidiano y lo sencillo del amor



AUTORES COLOMBIANOS

DOCUMENTO

BOLIVAR Y LA REVOLUCION

Germán Arciniegas

ASI NOS TOMAMOS LA EMBAJADA

Rosemberg Pabón P.

LA LLAMA Y EL HIELO

Plinio Apuleyo Mendoza

LA PAZ, LA VIOLENCIA:

TESTIGOS DE EXCEPCION

Arturo Alape

LAS GUERRAS DE LA PAZ

Olga Behar

EL PRECIO DE LA PAZ

Gral. Femando Landazábal Reyes

O.E.A. LA SUERTE DE UNA

INSTITUCION REGIONAL

Cátedra de América

SIEMBRA VIENTOS Y

RECOGERAS TEMPESTADES

Patricia Lara

COLOMBIA AMARGA (1986)

Germán Castro Caycedo

DE PIO XIIA JUAN PABLO II

Germán Arciniegas

REPORTAJE AL SEXO

Elkin Mesa, Luis Dragunsky

GENTES, LUGARES

Plinio Apuleyo Mendoza

ARCINIEGAS DE CUERPO ENTERO

Juan Gustavo Cobo Borda

JOSE GREGORIO HERNANDEZ:

MEDICO Y SANTO

Antonio Cacua Prada

LA INTEGRACION NACIONAL Gral. Fernando Landazábal Reyes

MANUEL MEJIA VALLEJO

LA SOMBRA DE TU PASO

PLANETA

Colección

AUTORES COLOMBIANOS

Consejo Editorial: Gloria Zea - Presidente

Germán Arciniegas, Germán Vargas Cantillo

Germán Santamaría y Camilo Calderón Sch.

Dirección de Colección: Mireya Fonseca Leal

© Manuel Mejía Vallejo, 1987

© Planeta Colombiana Editorial, S.A., 1987

Calle 22 No. 6-27 Piso 3, Bogotá-Colombia

Primera edición: Agosto de 1987

Diseño de portada: PLANETA

Ilustración: Fragmento cuadro Bañistas (1887) de Pedro Augusto Renoir

ISBN 958-614-227-2

Preparación litográfica: Servigraphic Ltda., Bogotá

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

A Claudia, sin dedicatoria.

Luna nueva: Tú que la añoranza de los seres queridos provocas, oprímele el corazón y haz que regrese a mí con amor.

Invocación indígena

CONTENIDO

Capítulo I 11

Capítulo II 21

Capítulo III 33

Capítulo IV 45

Capítulo V 57

Capítulo VI 69

Capítulo VII 81

Capítulo VIII 95

Capítulo IX 109

Capítulo X 121

Capítulo XI 137

Capítulo XII 149

Capítulo XIII ' 161

Capítulo XIV 173

Capítulo XV 185

Capítulo XVI 199

Capítulo XVII 211

Capítulo XVIII 223

Capítulo XIX 237

Capítulo XX 251

Capítulo XXI 263

Capítulo XXII 275

Capítulo XXIII 285

CAPITULO I

Nunca me digan qué hacer cuando llegue un amor nuevo.

En amor, por los que llevo, lo importante es no saber.

Estabas inhibida, Claudia. Contenta e inhibida.

—Sí, eres mi número —dijiste, querías restar impor-tancia. Desnuda volteaste la cabeza, te sonrojaron las palabras que salían húmedas.

—Me tallas un poco —sonrió en ti la tarde.

—Perdóname.

—Así debe ser al principio, ¿no?

Te tomé un hombro para besarlo, no lo besé.

La noche me pareció quieta y silenciosa, como mandada a callar por un buen callador.

—Así es, muchacha. Te quiero.

Estabas llorando, volteaste el rostro.

—Yo también. Mucho.

Algo cantaba lejos.

Ahora no es alegre el canto al empezar la historia, dudo

en darle este principio: “Como el suicidio se había puesto de moda, Silvio Velero se suicidó por un arranque de esnobismo provinciano”.

Lo conocí en un funeral. No que la muerte de aquel pintor me sacudiera —se llamaba Pedro, uno de tantos Pedros que habitan la ciudad— pero habíamos convivido algunas noches de franqueza y canciones. Por ahí aparecía el que habría de ser Silvio Velero, importante en su trajín como todo hombre, aunque a veces incomodaba su opinadera estrepitosa.

—¡Todos los hombres son mortales! —decía, y pensábamos que todos, menos él, éramos mortales. Pero su voz se fue debilitando, no era tan fuerte para anunciar el fin del mundo. Tarde comprendimos que éramos y seguimos siendo seres pequeños.

—No se puede vivir basados en un esquema —daba yo una opinión esquemática y justa. Silvio reía, yo pensaba en el otro: Pedro Escobar me daba la impresión de que iba a sufrir un accidente, o que acababa de sufrirlo; esto le aseguraba un rostro de sobresalto continuo, hasta la voz salía casi asustada.

—Yo apenas pinto, como un río corre...

Asistí al cementerio por lealtad a esa piltrafa de pasado que con Pedro se clausuraba definitivamente. A Silvio Velero y al difunto los unía aquello que al difunto y a mí nos separaba. O quizá teníamos un punto de convergencia: Claudia y sus diecisiete años. Ella estaba a mi lado, aunque su presencia era deficiente en estas ceremonias: la vida la llamaba y quería hacerle caso.

—¡Tengo diecisiete años!

—Y bien distribuidos.

Algo en ella me entusiasmó desde antes, no podía mentir tanta mirada: de sus ojos parecía salir un vaho de humo; o la mirada era como el humo de sus ojos, las pestañas sólo trataban de dispersarlo.

—¿Vamos? —le había dicho meses atrás. Vivíamos de afán en ese entonces, y estrujé su cuerpo delicadamente. Era quieta de senos, ojigrande y de habla despaciosa.

—¿Qué estás buscando? —quiso preguntar, cerrados sus ojos grandes.

—El amor. En algún sitio debe encontrarse.

I ii Mimbra de tu paso

A veces sueño flores

para que no mueran sin sol

las mariposas.

Nunca es tarde para morir —sentenció Velero en los funerales. esforzándose por sacar algo ingenioso. Y como desprevenido:

¿Qué afán, pregunta mi inocencia, tenía ese cadáver para mancharse tan inútilmente de sangre?

Quería deslumbrar a Claudia, la forma como lo miré interrumpió su repentismo. Aunque no me asusta cualquier referencia i un desaparecido, ni los muertos me infunden mayor respeto que los que seguimos respirando, algo dañino sonaba en el rostro de Silvio Velero; él había sido amigo suyo y creí normal cuando menos un silencio de cortesía.

—La verdad es torpe si se dice sin gracia —observé por no callarme. Entre sus corrillos circuló la versión de que había

influido en aquel suicidio desde cuando pregonaba que vivir más de treinta años era un insulto al tiempo y a la estética. (Sacudía la cabeza para alborotar algunas ideas corroboradoras, que salían embadurnadas de frases y saliva). Pero ni se alarmó con esa muerte —o supo disimularlo— ni dejó entrever su culpabilidad.

—¡Pobre diablo! —dijo—. Sólo a esto pudo llegar.

Y cuidadosamente, como si las palabras fueran vidrios de vaso roto en la funeraria:

—Espero no herirlo.

Miró a muchas partes buscando disculpas, me sentí incluido en esa mirada y en sus comentarios disimulados contra todo lo mío. Así empezó nuestro desconocimiento.

—¿Lo conocías? —pregunté a Claudia.

—¿A quién?

—A Pedro.

—Uno nunca conoce a nadie —rehuyó, en su voz advertí una frialdad cruel—. ¿Vamos?

Rehíce la figura de este muchacho, desconfiado y lento su andar, anchos sus sacos y sus pantalones, botas más grandes que sus pies, camisa desabotonada, pelo sin peine cercano, manos de rajador de leña, esqueleto delgado, y entre la cara pálida dos ojos ardidos en una fiebre que hermoseaba su modo de mirar. Fue uno de los que se rebeló cuando El Nadaísmo quitaba puntos a muchas íes y daba patadas a un montón de inhibiciones. Prohibido cantar en las fiestas. Prohibido fumar por los oídos. Prohibido el amor en luna de miel. Prohibido tirar basuras en el cielo. Prohibido cantar con la boca abierta.

Prohibido vivir.

Del entierro salimos para “La Urna de Cristal”, donde transcurrían las citas con vino y humo de cigarrillos entre silencios intermitentes y lo que —pensábamos— era el amor de cada tarde y cada noche.

—La pasamos bien —decía después—. ¿O no?

Tenía una manera sensual de pasar la servilleta por sus labios, cuando borraba el rouge o después de arrimar el vaso a la boca.

—Eres la mujer más sorprendente que he conocido en toda la noche.

—Fue un instante.

Mandaré a celebrar una misa de revestidos por ese instante.

—Ya se perdió.

—No: lo estamos recordando —dijo mi ampulosidad—. Puede ser que el recuerdo sea la tristeza o el amor que uno le tiene a sus viejos momentos.

—Yo estaba contenta, Bernardo.

Creo que la tarde se nos vino encima. No: su rostro se volvió tarde, algo había detrás para volverse noche. Por eso me desvelé. Y él va-y-venga de los pequeños asuntos donde nos inmiscuíamos, canciones de amanecer, el todo y el nada que nos iba rodeando. Aunque Silvio Velero se dispersó en sí mismo y en amigos de ocasión, vigilaba su presencia. Antes había ensayado cierta angustia en boga durante el primer Sartre de “La Náusea” y aledaños, maltragado y peor digerido: hasta se ponía furioso cuando no amanecía con dolor de existencia,

capaz de gritar sin permiso del grito; así fue convirtiéndose en repartidor de lamentos menores a la carta, si bien esa angustia sin mayor kilataje mostraba únicamente el revés de la trama.

Porque dentro de él, de lo que se escondía, debía existir un sufrimiento auténtico, así naciera indirectamente de la inautenticidad: estrecharse para caber en los límites, forzar y forzarse para no dejar descubrir la trampa, ensayar a toda hora su propio papel. Digo, pues, nadie sabe lo de nadie, predica el refrán, yo nada predico. O tal vez...

—Cuando tenemos triste la ausencia —comentó a sus amigos después de ensayar la frase: erudiciones maliciosas de una farándula avanzadista, y un somero conocimiento de la lingüística como enemistad entre lenguaje y literatura.

La vida puede ser una obra de arte. Tramposa como la vida o el arte.

Porque Velero también había creído en arte y literatura; fue defensor y atacador de vidas y poetas, adquirió libros y cuadros, asuntos que calificaba por su espectacularidad y novedad, no por su originalidad, aunque jamás aventuraba un juicio: opinó siempre en compañía, lo que hizo más inapelables sus opiniones.

Creo que jamás descubrió una verdad si se le presentaba en sí misma, pero le hacía publicidad si venía acreditada por la fama: temperamento eco, callaba al descontrolarse la fuerza ajena que lo sostenía. Y como un folleto que editó en “Edición especial de doscientos ejemplares numerados” pasó inadvertido, la emprendió contra los críticos.

En fin, de cuentas —repetía lo que averiguamos en una borrachera—, el crítico es alguien que, por no entender este

mundo, se da a la tarea de explicarlo.

Aunque debería escribir sobre Claudia, no sobre él, estas referencias se me hacen necesarias: fue parte de nuestros pasos, algo inolvidable brotaba de él, como una última despedida.

Después de ensayar ser escritor y artista sin salirle nada, empezó a odiar con sentencias nacidas en diccionarios y filosofías de reunión social, bacanales de remedo, juntas de marihuana, tertulias alicoradas con modelos, actrices y espontáneos ganosos de figurar. Desde entonces la risa, para él, fue la embriaguez del que todavía no se siente perdonado.

Empezó a ver en las personas lo flojo y extraviado, lo fácilmente destacable y descifrable, que por un tiempo fue haciéndolo torpemente solo con caricaturas de parientes, amigos y colegas. Su resistencia a oír una respiración fatigada, una mirada, una quejumbre, avivó su resentimiento. Aunque estuviera más desamparada la historia humana, carecería de voz humana para nombrar ese desgarramiento.

Tal vez describo la apariencia, aunque me pregunto si en eso radicaba su razón de ser. Pero sé que lo afectó el fracaso de aquella publicación al encontrar acogida únicamente en los interesados en adularlo. Debieron ser largas y dolidas sus horas desveladas frente al espejo, y tremendos sus puños cerrados contra los muros en la soledad.

Sin embargo reaccionó y se puso a desnudar maliciosamente las cosas, desde ese momento se creyó un libertino animado por la sensualidad del pensamiento, y mostró cierta grandeza de los que aprenden a ver no solamente lo que necesitan. Entonces advertí que él necesitaba a Claudia.

Por esos días recorrí con ella estas calles, estas

heladerías, estas plazoletas en una relación anticuada y enamorada, compartíamos los ambientes. Sonaba una campana, se escuchaba un pito de automóvil, sobresalía un pregón, alguien reía entre las charlas. Olía a fósforo recién encendido, a gasolina callejera, a cigarrillo, a cohete en feria de pueblo. Un vendedor delgado extraía un billete de lotería, nos extendía las palabras con su legajo.

—¡Juega hoy!

—"Juega hoy" —le repetía a Claudia—. Nos la jugamos cada día, eso diría cualquier tío borrachón.

—Estás muy profundo —se burlaba.

—Uno sabe dónde cae... ¿Cuál es tu profundidad, Claudia- boba? —y la requisaba, ella ponía una expresión vivaz aunque secreta. De sus ojos parecía salir crespa la mirada, crespo el sabor tibio de su sexo.

Cuando conseguí un apartamento en la Calle Perú, llena entonces de casonas del siglo pasado generosas en sus espacios, Claudia me regaló un viejo mapamundi que su abuelo mantenía encima de un escritorio de comino crespo.

-Para tus viajes —me dijo al entregarlo, sus dedos jugaban con la bastilla de su blusa—. A ver si encontrás el amor.

Llevaba un traje ligero que resaltaba sus formas.

—Con ese vestido eres la más hermosa de la ciudad.

—¿Y sin el vestido?

—La más hermosa del mundo.

Aquella noche recorrimos desconocidos lagos,

acantilados marinos, ciudades que debieron existir o jamás existieron, honduras oceánicas. Más tarde en aquel mapamundi traté de encontrar La Tierra del Olvido.

—Gracias por el mapamundi. Gracias por todo tu cuerpo.

Su cuerpo estuvo alegre como un domingo lleno de galopes y pájaros. Después, mientras dormía, Claudia respiraba con cierto vigor, estrujaba un poco los párpados, apaciguaba su rostro, sonreía. ¿Qué estaría soñando? —quería saber, aunque el sueño es lo más personal de cada uno y nadie puede llegar a esos escondrijos, así crea que ocupa su lugar en el sueño de los seres cercanos.

Y la balada gire-que-gira en el tocadiscos para la tarde de domingo solo. Se dibuja la huella / de tu rostro en la almohada, / la cama destendida, / Soledad de las sábanas, / y una vieja canción.

Y la charla imprevista donde fingíamos realidades por darle

puntapiés al tiempo.

Anoche soñé caballitos de mar.

Sí, eran mansos y briosos.

Ah, tú fuiste el que me despertó.

No, fue mi sueño.

Me lo interrumpiste por meterte en él.

¡Esa manía tuya de soñar sola!

Llegaste de mi sueño

lentamente

y a él volviste como en otro sueño.

Alguien ahora te estará soñando para aislarte también de mi recuerdo.

Nunca sabrá, cuando te encuentre, que si vuelvo a soñar, desapareces.

Claudia se refugiaba en un mundo que trataba de ocultar, así aparecieran frívolas sus actitudes. Y aquellos silencios reflexivos, a veces desesperados, sin punto de referencia en el que pudiera creer. De la casa al colegio, del colegio a las aceras con vitrinas, de las aceras a las heladerías y a las bibliotecas, donde tantos libros mostraban caminos desviados, desesperación y esperanza, búsqueda en el amor y en la muerte. Herman Hesse, Albert Camus, Hernando González, Alberto Moravia, León de Greiff, Neruda, Simonne de Beauvoir...

—La vida debe ofrecer algo más que libros.

—La vida es para quienes no la entienden.

Después el baño, el café en la mesita redonda, el primer cigarrillo del día.

—¿Qué haces ahora?

Invocarte.

—Deci.

—Trabajo de noche únicamente: salgo al campo y voy recogiendo luz de estrellas, asunto peligroso, hay que guardar cuidadosamente esa luz viajera.

—¿En qué la guardas?

—En una bomba de cristal al lado izquierdo de mi cama, así puedo escribir poemas nocturnos.

Y ya en el apartamento:

—¿Aquella es la bomba con luz de estrellas?

—Cuidado, puede hacer daño si no bebes antes una copa de rocío.

Y bebíamos rocío enlunado, Claudia, y mientras nos queríamos, al cielo le daba por amanecer.

Silvio Velero también la conoció, nos buscaba. Tal vez yo fui el que cerró sus puertas el día de la comunicación, el que no supo tender la mano cuando otra mano esperaba. El que no tuvo el valor de equivocarse a tiempo.

Una noche descubrí que sufría de asma, y su rostro mostraba desesperación verdadera; el asma ayuda a pensar lo que los demás ignoran. Este detalle me lo humanizó: supe —desde niño hasta el final de mi adolescencia— qué asunto aterrador es eso de vivir con aire ajeno, o carecer de cualquier aire.

Silvio Velero también quedó marcado, y en ese tiempo sacó lo mejor suyo. Pero como lo que se es no se olvida ni se oculta —sigue creyendo mi pregunta de ahora— volvió a su propio ritmo, inconsecuentemente.

En un principio ella pudo prestarse al juego, tal vez nunca hubo nada definitivo entre nosotros dos fuera de reclamos de cama y calle.

CAPITULO II

Hago nubes con el humo para recordar mejor: las nubes ponen la pena, la lluvia la pongo yo.

—Hiciste llover aquella noche, y yo no quería que lloviera.

—Claudia, yo no hice llover esa noche.

—Pero callaste cuando te lo reproché, fue como aceptar...

—No, simplemente me levanté tarde.

—Como siempre.

—Los sueños no llegaron. Era tarde también para alejar tantas nubes.

—¡Qué nubes ni qué luna menguante!

—Todo era una nubazón, tuve desconfianza en mis fuerzas.

—Si me hubieras querido más...

—Es verdad: tal vez hubiera llovido menos.

Era uno de nuestros entretenimientos al regreso de sus viajes, cortos y tensos de ausencia. Y o quedaba como extraviado entre el rumor de la gente y los ruidos de tantos motores, no sé si alguien ha intentado descifrar los rostros de aeropuerto. Algo en el aire, Claudia fuga, recordará tu nombre.

Aquella tarde de tu primera fuga me hacían un homenaje parroquial. Escuchaba discursos largos y bien intencionados, pero en ellos no estaba tu nombre. Y yo te nombraba en mí, para mí, con toda tu piel en mi palabra silenciosa: allí empezaba el beso de memoria, recorredor de tu

cuerpo, incorregible y alegre.

—¿Y cómo estuvo la tal Mesa Redonda?

—Lo de siempre, cada cual tenía la razón opuesta a las restantes. Puras habla-bla-bladurías.

Hoy no sé si me quisiste, ya no importa: con lo que te quise sobraba para los dos y parte del vecindario. No sé si apenas fue un pretexto de mi duda, una amargura que se resiste a su final: la vida nunca sabe poner sus cosas en orden.

—Nos dejó Claudia, ¿eh? —decía Velero, molestaba su modo plural de anotarlo, sólo para eso iba a "La Urna de Cristal", donde yo seguía de copisolero frente a un libro o unas páginas en blanco, angustiosas como toda página en blanco frente a unos ojos en desamparo.

—¿No escuchas su voz?

Aún a él le respondía, simuladamente.

—Una voz aterciopelada, ¿así no se dice? Provocaba sobar esa voz, como a un gato con sueño.

—Es muy etérea, ¿no? —seguía. Yo señalaba el cielo.

—Sí, le atraen los aviones.

Los de tus viajes, Claudia, hasta en las páginas amarillas del directorio telefónico te buscaba; en las paredes solas, donde debería aclararse tu nombre; en las noches largas, hacia arriba, de la montaña también sola y alta.

—...¿Sabías que Claudia fue amiga de Pedro?

—No, no lo sabía.

—Ella es discreta, calla lo que puede molestar a la

gente.

—Pero vos no lo callás —respondí a su dañinidad. Su boca se retorció como si tratara de airear una muela dolida, sonrió.

—Sí, nunca he sido discreto. Estuve pensando...

—Cuidado con ese tipo de esfuerzos.

Quiso decir algo, lo detuve.

Podrías llevar la bragueta de cierre en la boca.

¿ Porque te dije la verdad?

Para vos, la verdad es la última forma del cinismo. Frase célebre, ¿no?

Se hizo el que no había escuchado, giró el cuello hacia la calle, comprobó la hora en su reloj de oro, se sentó impaciente a mi mesa vaguedades que parecían disculpa. No sé por qué me aguantaba tenía un mechón blanco encima de la frente, y unas cejas ásperas como su pelo; creo que a sus amigas les gustaba el hoyuelo en su barbilla y su risa amplia, que frecuentemente se encogía en el sarcasmo. Compensaba su mediana estatura con trajes a rayas verticales, tacón alto y peinado en copete. Aunque la nariz parecía ancha para su rostro, daba la impresión de hombre atractivo. Y corbatas finas, camisas finas, medias y zapatos finos, todo vía fino cuando quería lucirse, hábito en él.

¡Estas mujeres! —exageró su impaciencia ante el incumplimiento de la que había citado para que yo la viera, le gustaba ostentar sus adquisiciones, así fueran de segunda mano: un automóvil, una amistad importante, una pintura, unos libros, una mujer. Esta última era lunareja y morena, de cuerpo

inolvidable y sonrisa para maniquí vendedor, aprendida en consejos de revista de modas. Varios la recorrimos, tarareaba con nuestro cuerpo encima: a pesar de su vocación oportunista le encantaban los fracasados.

—¿Qué tal? —la señaló Silvio cuando ella apareció por una puerta del establecimiento, se señaló él, con ojos pálidos que nada o todo querían decir. Muy lustrosa la chaqueta para mi gusto, el brillo llama la atención, y asocio cualquier tipo de atención con alarma: he creído ver algo sospechoso en estos pequeños matices.

—¿Cómo te va?

La observé, casi me ignora, una de sus profesiones era olvidar.

—¿Qué cuentas? —soltó.

En aquel mes dedicado a mí la miraba fijamente, me provocaba desarmarla a ver si por dentro tenía lo mismo, la sola desnudez no era suficiente para comprobarlo. No resistí memorizar una de mis coplitas bobaliconas.

Potranca corcoveadora

resultaste al fin y al cabo:

temblabas de cabo a rabo,

muchachita licuadora.

—Bonita y sosa.

—¿Tendrá una mujer bonita necesidad de ser inteligente?

—Es más simple que una tajada de vidrio, dicen los

camajanes.

Brava y dulce en la cama, tarareadora, era como una canción que se cantara a sí misma. Ahora se mostraba nerviosa, con afán de llegar a ninguna parte, donde la admiraran.

—Buena suerte —dije a Velero. Cuando ella dio la espalda y avanzó unos pasos, él siguió vanidoseando con cita del doctor Veron:

—“Padezco una falta absoluta de privaciones”.

Su memoria lo eximió del trabajo de aprender cosas y entenderlas después de habérselas aprendido. Como era o aparentaba ser económicamente bien dotado, su tren burgués le permitía solicitar que cantaran en las fiestas, y él mismo acompañar con emoción muy whisky-soda-vodka-ron-coca ola-ginebra-ginger-ale, La Internacional, la marcha de los Partisanos, adaptaciones criollas de otros himnos comunistas europeos y canciones de protesta, especialmente si enaltecían los nombres del Che Guevara, Camilo Torres, o siquiera un héroe de repuesto para otra heroica amanecida bullosa, eran asiduos bulladores.

—¡Eso, la revolución es una fiesta! —recitaban sin barro ni sangre en los rostros.

Les atraía lo revolucionario si empezaba a tomar aire farandulero, o si esa revolución se había operado en el pasado, porque ya era pasado y podían referirse a ella sin peligro; o porque, de manosearse, había dejado de ser revolucionaria.

—Ahora somos machistas-leninistas —repetían lo que dijera el guasón, eran tomadores de apuntes: como los pordioseros recogían monedas para sobreaguar, ellos recogían citas para sobrevivir en sus tertuliaderos.

—¿Saben qué es conocimiento?

—Lo que los demás ignoran.

—“Esa visión impersonal de la decepción” según E. M. Cioran.

—¿Quién te lo sopló?, porque a ese nadie lo conoce por aquí.

O frases efectistas.

—Llevaba un acefalismo crónico.

—Estaba tan triste, que se le desgonzaron las tetas.

—¿El matrimonio? Al que no lo mata lo deja bobo.

En ese y otros corrillos chismoceriles —donde llamaban inteligencia a un paradojismo locuaz—volvieron literatura viejos conceptos, prohibidos sesenta años atrás, adornaron vistosamente su ausencia de convicciones, se metieron en una charanga avanzadista que empezó por burla a lo propio y exaltación de lo extranjero adopción de gustos brillantes al lado del chicle, el cigarrillo rubio y una vestimenta costosa aunque de apariencia humilde. Progreso era mostrarse, por imitación, semejantes a gentes y países que habían creado progreso.

No sé por qué Silvio me buscaba.

Campesino como siempre, ¿por qué persistes?

No lo entenderías.

¡Capaz de encerrarte en una montaña!

Y de inmovilizarme cuarenta minutos para no espantar

un sinsonte.

Echó una requisitoria demasiado rutinaria para el afán de mi día y recitó los renglones de Oscar Hernández: Prefiero la ciudad con sus horrores / al campo con sus pájaros y flores, o repetía el viejo dicho que a Claudia le gustaba, también ella era criatura de ciudad:

"¿El campo? ¡Ese horrible lugar donde los pollos andan crudos!".

¡La ciudad, sólo ella!

No propongas remiendos si no sabes de agujas.

Y ya en público:

Vacas, ovejas, gallinas... —se amaneraba—. Debemos reconocer que es una avifauna bastante pasada de moda.

De asno y yegua nace el mulo —le brusqueé vulgarmente—; burdégano, de caballo y burra; cebroide, de cebra macho y yegua... ¿Has averiguado tu genealogía?

No les interesaba el paisaje laderas arriba; ni las gentes llenas de angustia y claridad o de contenciones oscuras y valederas; ni se daban cuenta de una sociedad en derrumbe, ni del ciclón vecino para hundirlos o salvarlos. Estábamos en guerra no declarada y dábamos espalda al tiempo que nos correspondía, ni un acto de conciencia para tomar partido: yo pensaba en Claudia, el amor puede hacer parte del egoísmo.

Un viento en las cortinas me hizo recordarla con bufanda: frecuentemente usaba bufandas de seda para cubrir una leve cicatriz en su garganta, que le iba bien. Cualquier tarde puse las manos en su cuello, unidos índices y pulgares.

—¿Qué estás haciendo? —levantó los ojos.

—Tomándote las medidas.

—Creí que pensabas ahorcarme.

—Todavía no, ahora estoy muy ocupado.

Y salí, en el hombro la chaqueta. A mi vuelta le traje un collar de perlas terminado en óvalo, justo para el cubrimiento de su pequeña cicatriz.

—Veámoslo —dije. Cuando lo abroché, Claudia estaba llorando, fija su mirada.

¿Qué te gusta de mí? —preguntó, con el pulgar sobaba los otros dedos de la mano derecha.

—Tus ausencias.

—En serio.

—Tus regresos.

—Decí.

—Tus silencios.

—¡Bernardo!

—Tus palabras.

—Sos inaguantable.

—Me gusta tu capacidad de aguante.

—¡Ya!

—Me gusta la punta de tus zapatos.

Bernardo...

—Me gustan tus tobillos. Me gusta el lóbulo de tu oreja derecha y el dedo menor de tu pie izquierdo. Me gustan tus falsas costillas y las emes en la palma de tus manos y el pelo de todo tu cuerpo.

—¿Hasta cómo?

—Hasta todo.

Y me llevaba la mano a su corazón desnudo.

—Allí empiezo.

Y empezábamos otra vez, el eterno retorno a los sitios donde se ama.

— Que nunca se acabe la vida.

Porque esa vez tenía el diablo en el cuerpo, se lo dije, ella me sobaba el pecho.

—Lo alborotas más.

—¿A quién?

Al diablo.

Y ya en la cama, cerrando los ojos apretujadamente se quejaba:

Te estoy sacando el diablo del cuerpo.

Al separarnos me sentí verdaderamente perdonado.

Quisiera estar en tu montaña —dijo, de alguna parte llegaba un olor a monte. Así, más tarde tuvo la mirada perdida en el campo abierto. Años después salí a buscar esa mirada, se

la habrían bebido los pájaros...

Y en la ciudad cerca de Silvio, noche y trifulca de por medio: “Si aquí hay alguien que no conozca el amor, que se vaya de este lugar” —Lorenzo el Magnífico.

Aprender cositas y hacerlas sonar cascabeleramente, eso era cultura; y si lo aprendido y copiado se aproximaba a lo novedoso, era vanguardia.

Lo más difícil: escribir sobre la madre, disimular los cuernos. y hacer novelas eróticas.

¿Para qué tanta vaina? En alguna esquina encontrarás la felicidad.

¿Cuál? Esta calle avanza en contravía.

Andaban con artistas, poetas y actores principiantes, que de esa farándula tomaban su afición a las amanecidas, a las pastillas estimulantes, a la marihuana como desafío y desorden, que les duba una precocidad indigente.

Desde mucho antes venía esa rebeldía de sobrinos gruñones ante la tía desorientada; algunos que tenían letra naturalmente equilibrada empezaron a dañarla, y si no se hicieron más inteligentes, sí llegaron a escribir mal: de todos modos, a los más ingenuos, su ilegibilidad les daba la ilusión de creerse incomprendidos y audaces si ponían “Continuó la pita de su charla” en vez de “Siguió el hilo de la conversación”: querían distinguirse no pareciéndose a la mayoría, diciendo no cuando otros decían tal vez no eran originales, entre otras cosas, por su prurito de originalidad. Pero encontraban disculpas de ocasión ligeramente válidas.

-Quien está más limitado tiene más posibilidades porque puede realizar sus limitaciones. Nosotros, los dotados,

nos debatimos entre tantas posibilidades que nos neutralizan.

O se hacían profetas del desperdicio en sus salidas, casi siempre nocturnas, amigas de su complicidad.

—Con respecto de las ideas es un eyaculador precoz, calienta pero no satisface.

—Vos sos tierra aluvial: seguís desmoronándoteme.

—No cabés en mí, cero al cociente.

Esas vaguedades con visos de rebeldía atrajeron tal vez a Claudia. Sin embargo:

—Te quiero, Bernardo.

Y mi respuesta, estridente como toda opinión que presume de verdad sin apelaciones:

—Amas para olvidar algo anterior, das un compás a lo que esperas; simplemente te aterras a una posibilidad.

Y sin mayor convicción;

—El amor debería ser alegre.

A veces una cinta en el cabello, Claudia, a veces nada, en ese descuido que tanto convenía a tu cara, o te acababa de opacar.

—O la monotonía. No, no se trata solamente de la repetición, la rosa nunca es rutina.

—Y yo no soy la rosa.

En esas circunstancias, por instinto te acurrucabas para ocupar menos espacio, para tener menos angustia, para que no te vieran los problemas. Yo te sabía linda y pequeña, tu

expresión era la de quien mira un venadillo encerrado fuera de su monte. Tu mirada se parecía a la de un venadillo solo.

—Lo mismo, Libardo —respondí al mesero.

Al regresar por Junín robé una rosa a la florista de tetas flojas que me las vendía al por menor. Unos pasos más adelante se la entregué a Claudia.

—Mira, hasta en ladrón me has convertido.

—Necesitaba esta rosa.

Nuestros pasos seguían entre mil pasos de transeúntes, viajeros sin para qué de la tarde a la noche. El reloj de La Basílica soltaba sus horas para nadie, para todos, un revuelo de palomas al sonar en la torre alta, miradas que se les unían.

—¿Quién te hizo ese vestido?

—Yo misma.

Sabía poner un toque permanente en la frívola cambiabilidad de la moda —y en la seriedad de sus cambios— o tomar de ella lo menos pasajero, sin que el diseño disonara.

—Llegarías lejos como diseñadora.

—Nos vemos mañana.

Al principio no era dado a preguntar cosas, el pasado podía ser tan respetable como algunos Campos de Paz. En esos años no tenía la manía de tomarme en serio, ni tomar en serio ciertas afirmaciones femeninas, sabedor de que mientras más sepa uno de ellas es por el compromiso que los llama. Por eso rehuía anudar una relación entre la presencia de Claudia y la ausencia definitiva de aquel amigo muerto. Aunque en ella noté desasosiego, como si estuviera arrepentida de un acto reciente:

el remordimiento deja una cicatriz en el rostro.

¿Cuándo lo conociste? —le pregunté una noche.

¿A quién? —disimuló, rehuía ser esculcada.

Claudia...

Apartó de la frente su pelo como para alejar una molestia. Conociste a Pedro.

¡Quién es Pedro!

Lo enterramos hace poco.

¡Déjame!

Es mal consejero el insomnio, así fui atando cabos. Y entre ese Si, lo conocía, un pobre diablo enamorado", dicho por Claudia recordé un diálogo con él poco antes de irse.

"¿El suicidio? ¡Y qué! ¿No es de todas maneras una salida?".

"Por la puerta falsa".

"Uno sale por donde le da la gana".

"O por donde puede".

"Si hay salida" —remató su oculta tristeza. En ese entonces Claudia andaba conmigo, ¿también yo sería culpable?

Ella disimulaba:

—Vivamos.

Otra tarde se apareció con un reloj mural antiguo del abuelo, que había muerto contándole sus horas.

Ya sabes que mi tiempo te pertenece —dijo al entregár-melo, sin aire solemne. Sentí contento: el tiempo marchaba en ese reloj, y quiso detenerse. Veía las horas encaramarse como trapecistas, desnudas y coquetas; algunas se lanzaban, volvían a su sitio con minutos y segundos de la mano.

Y cerca, Claudia, un botón fuera del ojal mostraba parte de tus senos, y un sostén donde no tenían qué descansar. Y tus ojos audaces y desorientados, o tristes cuando salías para uno de tus viajes, esfumada entre mi bruma.

CAPITULO III

Cuando me da por amar fracaso con mi labor, pero el fracaso es mayor si me da por olvidar.

—Me desengañaste.

—Lo sé. Olvídalo.

—Prometiste una estrella, nunca quisiste dármela.

—Estaba cansado.

—Eras mi héroe.

—El cansancio es enemigo del heroísmo.

—Yo soñaba con mi estrella.

—¿Recuerdas aquella tarde en el monte? Por impedir que cayeras al río sangré de la mano izquierda. —Entonces nos queríamos.

—Si te hubieras fijado, en esa sangre hubieras visto la estrella prometida.

—No me fijé. Perdóname.

—Las cosas siempre se van de nuestras manos.

Nos encontrábamos en "La Urna de Cristal" o en cafeterías donde nos reservaban la mesa de siempre, la última del rincón izquierdo.

Lo mismo, ¿cierto? - preguntaba Libardo el mesero, con-tenta su expresión por saber desde antes la respuesta.

—Lo mismo. Gracias.

Una cicatriz en la frente dividía en dos la ceja izquierda.

—"De niño me caí de un árbol, por robar mangos y guayabas" —explicó recordando sus años. Un día el padre murió de ira, la madre siguió el ejemplo, aunque en su muerte intervino el hambre. Los hijos se dispersaron, Libardo se hizo gamín de plaza y calles, aprendió los oficios prohibidos. De pronto la infancia se le acabó, y no sabía qué podía seguir de ese momento: miró a todo lado, y la adolescencia no le creció por parte alguna, así brincó de niño a hombre, asustado por el salto de unos años contra otros, más lejos. Logró salvarse.

A veces sin preguntar aparecía con el servicio y ponía los discos que a Claudia le gustaba escuchar, o uno de los míos.

La música llegaba al humo de los cigarrillos, y en el humo el rumor de la gente o nuestras propias palabras.

—¿Qué hiciste anoche? —preguntó al otro día de haber amanecido juntos.

—¿Anoche? Pensaba soñarte, pero ya había vivido ese sueño.

Encendía balbucientemente un cigarrillo, me lo colocaba en los labios.

—Si lo sueñas otra vez, me dejarás debilitada.

Apagar lentamente el fósforo fue como si besara su recuerdo.

—Te ves preocupado —dijo al día siguiente. Hice con la mano que fumaba un ademán de “No vale la pena”.

—¿Qué pasó? —volvió mientras colocaba la correa de su cartera en un saliente del espaldar. Preguntaban sus cejas en arco.

—Nada —respondí a sus cejas—. Anoche tuve que matar a tres tipos.

Tomó de mis dedos el cigarrillo, dio una fumada despaciosa, forzadas las cejas hacia los párpados.

—A ver, conversémoslo calmadamente, soy tu abogada.

—Fue en defensa propia, dijeron que no me querías.

—¿Qué hiciste ante las acusaciones?

—Guardé silencio y me tragué la pena: casi me ahogo. Después los maté.

Merecían su muerte.

No estoy seguro, ninguna vida es reemplazable.

¿Qué arma usaste?

1 .es tiré la bomba con luz de estrellas, dije que era peligrosa.

¡Esa bomba de cristal era mía!

Agregaron que me estabas mintiendo.

Sus ojos se le apagaron, como si alguien hubiera soplado sobre ellos. Puso el cigarrillo nuevamente en mis labios, para t tillarme.

Eso puede tener perdón.

¿Sos mi abogada? O la de ellos —dije entre el humo.

Ahora soy fiscal, y te condeno a dos horas en mi cuarto.

Un ancho espejo a la altura de una persona sentada formaba un ángulo en el salón. Ante él, a veces Claudia se acomodaba un ancho cadejo en la frente o mejoraba la posición del cuello de su blusa, o torcía el lóbulo superior de la oreja, arete de por medio.

¿Estoy muy fea?

No había superficialidad en la pregunta.

Sos una linda muchacha.

Y lo era, más lo que mi ansiedad le añadía; además sabía acompañar el instante, aunque en ocasiones venían los silencios bravos si me quedaba abstraído en cualquier detalle.

—¿Las estás mirando? —decía su voz contrariada.

—¿A quiénes?

- ¿Te parecen muy lindas?

Apenas por su indicación las miré.

—Sí, son lindas, saldrán en el Desfile del Traje Perdido respondí al comprobarlo—. No las hice yo.

—El amor te entra por los ojos.

—Es verdad: entra por los ojos, se da una asomadita por el corazón, y se larga.

—Quisieras que fueran tuyas, ¿no?

—¡Otra vez, Claudia! —comentaba ofuscado por sus celos, que terminaban en los ojos empañados y en la palabra perdón, sonaba como si lo exigiera. El nuevo cigarrillo y el humo y el rumor servían de pausa en el enojo, ahora sonreído.

—Tranquilo.

Eran las muchachas, eso: no las adolescentes ni las niñas ni las jóvenes ni las quinceañeras, simplemente las Muchachas, esos seres que nos componen la vida. Ellas, apretadas sus caderas al andar o estar sentadas, suavemente duros los senos para el amor o para el agua, recogido o suelto el cabello sobre los hombros y la espalda, mirada frentera para seres y cosas, boca a medio sonreír sobre la barbilla adorable, orejas que asoman con su arete, el cuello entreabierto de sus blusas, el cinturón ceñido, el vientre discreto, el sexo insinuado en la falda vivaz, sus manos con el bolso o el libro, sus rodillas, sus piernas andadoras, sus zapatos que suenan contentos de llevarlas, a ellas, las muchachas por la calle, componedoras del

quehacer de cada día.

—¿Cuándo volvemos a Ziruma?

El paisaje de Claudia era la ciudad, su libertad y su estrechez, sus luces y su gente y su retraimiento. Sólo una vez en el campo estuvo alegre. Mirábamos el río en la apacibilidad de la mañana.

—Si es llanito el sitio que recorre, ¿por qué dará tantas vueltas el río?

—Para no mojarse.

Reía su voz.

—Vamos entonces derecho, bañémonos antes que el río se acabe de ir.

Un sol tibio marcaba nuestras sombras sobre la yerba, entre cantos de pájaros como inventados por otro afán de comunicación. Había sonidos mimetizados del viento y los árboles, y un pasar del agua con espuma en los esteros. Había un amarillo crepuscular encima de las ramas, ese matiz que inventa el paso de las horas. Había deseos de amarnos bajo el roble de sombra fértil, cerca de los caminos que andan perdidos en el monte, donde todo se pierde y reencuentra. Había, tal vez, un asunto llamado esperanza.

—Vamos...

Y fue el río, y junto al río la arena, y junto a la arena la hierba que hacía temblar una brisa pequeña, como nacida del agua. Y sobre la hierba fue su cuerpo, y sobre su cuerpo el mío aquella tarde bajo el cielo azul. Y fueron luego los párpados entredormidos, y detrás de los párpados algunos sueños que inventa la mirada en reposo. Y después el regreso

con todo ese paisaje en la retina levemente fatigada.

Y volver a realidades absurdas, al manipulear ciudadano, al contacto con seres ajenos metidos en su propio tremedal.

Silvio Velero seguía merodeando, ensayó algunas páginas en estilo con desmesuradas pretensiones, donde él mismo descubrió, semejante al de sus compañeros, un coctel Borges-Cortázar- Gnimaraes-Camus-Rulfo-García Márquez-Robbe Grillet, pasando por diversos niveles de imitación, de Corin Tellado a Ray Bradbury, y de un surrealismo de beatería a un tipismo de I" In ida musical norteamericana. Y la nueva justificación:

Algunos lectores echan al autor la culpa de sus deficiencias personales, no reconocen una propia incapacidad para leer creativamente; quieren hacer del escritor una especie de totemmonigote a imagen y semejanza de sus chaturas.

A veces se necesita más talento para leer que para escribir: los críticos...

Ya fuimos a su velorio.

Mal humor deben tener esos cadáveres, tantos años sin sepultura.

Las palabras mordían como caimanes sin agua. Y a predicar nuevos decálogos inapelables.

Podría ser más honesto escribir un cuento que explicar a lodos los costados cómo debe escribirse —reclamó Velero a su detractor, en autoanálisis—. Porque si nos atenemos a revistas especializadas, a suplementos literarios, a columnistas de prensa y genios de fuente de soda, cualquier Don Pelotas sabe

la fórmula para sacar obras maestras.

Ignoro si llegó a maliciar que únicamente los imbéciles piensan que los creadores aprendieron por ellos; que ellos, los imitadores, quedan eximidos del riesgo inteligente, del dolor que acompaña el aprendizaje en carne propia, en vida y muerte propias, única honradez de toda sabiduría y toda creación. Por-que la suya me parecía cultura de repisa: un objeto plano sobre el que se colocan óleos, retratos, esculturas, libros, datos de conveniencia.

Mi mamá creía mucho en mí. A mí me daba temor no creer ciegamente en lo que ella creía, porque nunca se equivocaba. Por eso soy un vanidoso.

—De acuerdo.

Pero vanidoso con razón; es decir, un mago.

Separaba el taburete, abotonaba la chaqueta, se levantaba. Sus pasos sonaron contentos de llevarlo encima. Se detuvieron con la voz.

--¡Hermosa tarde! como si la hubieran hecho especial-mente para él a un exigente pedido telefónico.

Por ahí, metido en una gabardina clara, aparecía el jefe de todos ellos, Gonzalo Arango. Caída a un lado su sonrisa tímida y socarrona, ardidos los ojos en una fiebre que buscaba su desesperación, suave en sus ademanes, bravo en sus manifiestos nadaístas. Inocente.

¡Qué hubo, compañeritos! —saludaba, sus manos en los bolsillos de la gabardina, un mamotreto bajo el brazo izquierdo, gacha la cabeza de frente alta, el pelo sobre ella, en rebeldía.

Un mulato de bluyines interrumpió su solo de flauta para sonreír mientras encendía el cachito y lo fumaba defendiéndolo con las manos en pantalla. Él también tuvo su gloria por un incidente con el Inspector de Permanencia —eran frecuentadores de Inspecciones de policía— enojado ya por algunos desplantes nadaístas.

—¿Medidas?

—Diecisiete años de estatura.

—¿Edad?

—Cincuenta y seis kilos.

—¿Lugar de nacimiento?

—Mi madre.

—A propósito de su madre, le impongo siete arrobas de calabozo —remató el inspector, y al calabozo fue a parar, pero ya con derecho de entrada a las fiestas de nuestra burguesía. Y a convivir en grupo. Debido a fallas de talento se dedicaron a ser ingeniosos, con cierta literatura colectiva que salía del mimeógrafo en pastillitas de consolación, y a la que yo les colaboraba:

"Ante el olvido nuevo, la única nube en el cielo será el sol". René Char. Se alquilan mañanitas tropicales. Vendemos sol, carbón y viento. Pintamos crepúsculos vespertinos. Administramos tempestades. Se arriendan relámpagos. Se reparan volcanes. Educamos ríos y terremotos. Se cede palco en el cielo con fumadero propio. Envasamos verdades eternas. "Kindergarten Heredes" abre matrículas, becas para Ministros del Despacho. Sacamos ánimas del Purgatorio. Ojo: contra la luz de la razón proporcionamos gafas ahumadas. "Lo más admirable de lo fantástico es que ha dejado de existir: ahora

sólo hay realidad” —André Breton.

Formaron una baraúnda pintoresca desde que El Nadaísmo hizo compatibles degeneración y literatura, arte y desvarío; en que el sexo puso a sonar sus cascabeles. Ahí la muchachada ligeramente perdida, el desplante con visos de brillantez, la barrabasada absoluta. Y un ir muriendo en cómodas cuotas semanales, amparados bajo una desesperación de invento personal.

Yo permanecía al margen, excepto en lo que a Claudia podía o referirse.

Y esa, ¿qué tenía? —apretujaban sus celos.

Un par de piernas —respondía yo—. A ver, déjame pensado. Si, tenía dos piernas como la mayoría de la gente. Sólo que eran hermosas.

Tú siempre mirando bajo.

No, la imaginación llega primero.

No me hagas dar rabia, por la boca muere el pez.

Por la boca se besan los que se aman.

¡Frase célebre! Bésame.

Su sastre gris le iba bien al color de sus ojos y a su bufanda y a .11 blusa blanca. La sonrisa también era gris. Entonces asociábame. algunas ideas con algunos actos.

...Yo conocía las frambuesas, pero oí eso de “boca de frambuesa”, y me interesó. Me gustan las bocas más que las frutas.

Una cortina de gris bordado transparentaba la persiana

que daba a los edificios, desiguales en su color y en su altura presuntuosa.

Y ya en la noche, ¡la noche! Nadie sabe de la noche. Bajo ella oí el sonido de la ducha al derramarse el agua sobre la bañera, oí el sonido del agua al dar en la piel, el suave roce de las manos y la esponja y el jabón recorriendo su cuerpo, y otra vez resbalar el agua en la piel gozadora.

Cuando salió venía envuelta en una gran toalla, otra pequeña le servía de turbante. Estaba hermosa de verdad.

—Dicen que la vida nació en el océano o en los pantanos marinos. ¿Lo creés? ¡La vida nació aquí! —y le tocaba su sexo blando y crespo—. En estos bosques nació el amor, éramos seres pequeños.

Ella gemía, yo también estaba sensualmente triste, pocas veces llegábamos a nuestro origen.

—La vida llama.

—Que suene la flauta de la vida.

Sembré una flauta de caña

en las orillas del rio;

cuando llueve o hace frío

su corazón me acompaña.

Al ceñirla, ella cerraba los ojos apretados, como para extraviarse del todo. Porque buscaba cierta vocación de hundimiento, la atrajo aquel tremedal colectivo, aquella amarga y festiva irresponsabilidad. No era la alegría pueril del paseo, era un jugársela todo contra nada, azar del momento irreverente, de la copa a medio llenar, del sexo al aire libre o en

zaguanes o bajo los pinos. Era la caída por la caída misma, los ojos inocentes o depravados, el movimiento sin rumbo, la quietud atolondrada.

Los Nadaístas entraban al Metropol con música alta de traganíquel y carambolas, conversaciones diluidas de los borrachos habituales, meseras meneadoras, maricas, muchachos que estrenaban noche bullosa, olor a marihuana desde un baño discreto, cerveza y aguardiente y ron entre el sonar de copas, botellas y vasos, y el humo disimulándose sobre el meserío, bajo el cielo raso, en los muros con sus carteles avisadores.

—¿Qué hay para mañana?

—Lo mismo de ayer.

—¿Qué hubo ayer?

Nada. Absolutamente nada.

A ella parecía no importarle estar ahí, tampoco no estar, su silencio equivalía a una aceptación de lo que sucediera, tal vez contrarrestara la monotonía, sin voluntad para romperla creadoramente. La voluntad podría ser un viejo vicio, y el carácter y la conducta moral no pasarían de simples estratagemas sociales. Que rodara la bola...

Me dolía, sin embargo, perder lo que se quiso, o verlo diluido en otras posibilidades ajenas al propio manejo. Esa inseguridad iba creando otra forma de la desolación, si era desolación hacer absolutamente nada.

—¿Qué habrá para hoy?

Allí se movían también Silvio Velero y su equipo, verdadeando como sabios en uso de buen retiro.

—Si existe relación directa entre la clorofila y la edad y la estructura del sol y las estrellas...

Me niego rotundamente a creer que los protozoos caminen a ciegas.

Hablando de fotosíntesis...

O la cosmoplastia, o la rotación galáctica, sus lecturas de textos divulgadores les daba léxico para endosarlo a la primera oportunidad.

Yo pensaba en Claudia, los aviones pensaban en nosotros con sus motores al salir y al llegar.

Pasajeros del vuelo Avianca 136, destino Panamá, favor pasar a bordo, salida internacional número dos.

Un hombre de rostro cuadrado leía su periódico, parecía un detective de cine policial; un niño jalaba la falda a su madre para que le diera un cono de fresa y chocolate; varias personas charlaban, se hacían embetunar o compraban confituras del Astor. Claudia salió al despegarse de mi mano, gacha su cabeza. Desde esa escalerilla del avión me dijo adiós alzando el brazo derecho, el viento sacudía su bufanda.

Fue largo aquel día de su primer viaje, como si varios enemigos lo hubieran estirado para tirármelo encima. Su bufanda caía más abajo de su blusa, jugaba con los flecos de uno de sus extremos trenzados.

¡Calláte, corazón, pájaro loco!

De cuando en cuando iba a su apartamento para airear las macetas de heléchos y begonias y una palma que le había traído del monte. Regarlas era refrescar el recuerdo.

¿Cuándo vas a llegar?

Porque su nombre se metía en mi pocillo de café, en el vaso de ion, en el humo del cigarrillo, en mis canciones, bajo las sábanas; la nombraba en voz silenciosa para sacarla, para acercarla más a mi boca. Miraba el humo reflejado en el espejo transversal, decía a mi figura en él:

—Estamos solos.

Hoy quisiera tenerte al lado, muchacha. Solos tu mapamundi V yo, sin voz para la fatiga. ¡Hay tanta distancia entre el amor y la ausencia! (Mirá cómo suena esto a cosa inflada y por estallar, romo las bombas de los niños en el parque cuando íbamos a la retreta). El amor dicho así no pasa de ser otra puerilidad para quien no lo recuerda; el amor se hace, no debería decirse.

¿En qué calles andarás ahora? En qué labios las líneas azules de tu cuello, / tu bufanda, tu cabello / mojado por la lluvia... ¿Te acordás? La compuso Rodrigo una noche de borrachera, yo le iba improvisando su letra. Leonardo nos la cantaba después, a tus regresos. Dónde irás ahora, dónde, / amor en retirada, / canción sin quién la cante, / beso solo...

Entonces sembré en una olla grande una mata de hojas anchas, bajo tu retrato: un apunte a lápiz que te tomé el tres de mayo, esa tarde llovía, ¿recuerdas? La mata empezó a crecer.

Fue el comienzo de un tiempo de recordar, donde lo serio iba en llave con frases ociosas en una frívola desocupación mental.

CAPITULO IV

Con ojos para el olvido miro tu ventana en cruz:

O no apagaste la luz o está tu sueño encendido.

—¿Me veo bien con este vestido?

—Sin él te verías mejor, supongo.

—Resígnate a suponerlo.

—Por algo se comienza.

—Adiós.

—Suerte, toda la vida.

—Gracias. Que alcance para los dos.

—Piensa en lo que te dije.

—¿Qué cosa?

—Lo de tu cuerpo.

—Sé cuidarme sola.

—Si necesitas ayuda...

—Llamaré a los bomberos.

—Quedarán húmedas mis cenizas.

Y a uno de sus primeros regresos:

—El reloj, ¿cómo anda?

—Tuve que cambiarlo de sitio.

— ¿Por qué?

Lo había puesto en un rincón de poco aire y poca luz, por eso salían marchitas sus horas.

—¿Ahora qué?

—Salen brincando alegres, en tecnicolor porque

llegaste.

Estaba contenta toda su figura, encendía un cigarrillo, me lo pasaba a la boca.

—¿Y qué haces ahora? —preguntó. El establecimiento se iba llenando de gente y de murmullos de gente, ya nos hacían falta.

Extraigo conejos de un sombrero de copa. Así he logrado convertirme en un próspero negociante en pieles.

Me gustaba su risa apagada entre pulgar e índice.

—¿Y cuándo te salen palomas?

—Esas sí las llevo al parque, ahora te las muestro. Ellas también te esperan.

Se notaba como un esfuerzo en su rostro al preguntar:

—¿Me esperabas hoy?

—No, creí que habías muerto la semana pasada, anoche te invoqué con unos amigos.

—¿Los que mataste?

—Y con otros. “Si el espíritu de Claudia vaga en un lugar del espacio, que se manifieste en alguna forma”.

—¿Y qué pasó? —reía toda ella.

—Alguien invisible empezó a desabotonarme la camisa, entonces supe que estabas llegando.

—¡Hola, compañeritos! —saludaba Gonzalo Arango sonriente y cazurro, manchados los dientes por el cigarrillo, manchada su alma por los poemas, manchada su frente por el

pelo que abundaba. Había en él algo de profeta manchado, en incendio todo él, pequeño y grande.

—Lindo tipo este Gonzalo —decía Claudia. Y hacíamos el amor, si eso puede hacerse. Hacer un muro, un camino, una casa, hasta un libro, es asunto fácil; pero hacer el amor es meterse en tareas mayores.

Bueno, hicimos el amor, ese doloroso y largo recorrido entre dos cuerpos, ese lento oficio de los desocupados, la distancia más larga para llegar a lo evidente, o para nunca llegar, los amantes jamás saben estas cosas.

En la mesa de noche, con páginas dobladas, estaban "Peleas y Melisanda" y "Abelardo y Eloísa" en viejas ediciones empastadas i mi amor, la penumbra les daba un aire familiar. Al principio se burló también de "Dafnes y Cloe", después se fue viendo ella misma en algún recuerdo ancestral, y los ojeaba con ingenua ternura.

Isolda la de las blancas manos —le decía si la veía en decaimiento—. Yo te defenderé de Aguinguerrán el Rojo, ese cobarde senescal del rey de Irlanda.

Claudia accedía a mi manera torpe de payasear, éramos casos perdidos. (Yo recordaba a Gloria, no quiero pensaren su cuerpo dorado. ¿Estará en Granada, en Lloret del Mar, en Florencia, en París? Fue un descanso en mi vida ese junto a su piel dorada por Tolú y por unas pequeñas islas caribes. Nos contábamos historias que deseábamos creer porque eran ciertas, entonces la verdad era una especie de invención, siempre lo ha sido).

Ahora estoy sacando punta a un lápiz de dibujo, como sacara punta al pasado para que él mismo se dibuje lejos de mi voluntad. La máquina sigue tecleando fatigada y briosa, o en

aquellas insensateces altisonantes de La Bienal.

¡Soy ateo, como Dios!

¡Y dele con este alto personaje! A Dios debería crearlo el silencio, en Balandú hacían mucho escándalo con él. Y cuando perdieron la fe —o le tomaron confianza al diablo— empezaron a pecar con goce avergonzado, lleno de orgasmos impetuosos y tristes. Después en las procesiones los uniformados de luto con sus capuchones y capirotes, a paso lento y rimado, las andas donde iba tieso y bamboleante y clavado El Santo Cristo de los Farallones. Ahí la presencia del Dios. Yo lo miraba de adolescente, entonces me conturbaba la idea de un suicidio divino, pero me tranquilicé al comprobar, con simpleza de escuela primaria, las tremendas limitaciones de Dios; pues aunque todo lo puede, no podría dejar de existir.

Cuando Velero me mostró un a modo de manifiesto arrasante y lo critiqué por discursero e imitador de Gonzalo Arango, se quedó mirándome con lástima y acentuó el veneno de las burlas que seguía endosándome a escondidas. Sus palabras le salían como largas madejas, y en ellas se iba enredando: comprendí lo prisioneras que deben sentirse las momias egipcias.

—Silvio —le sugerí—, podrías ser hombre inteligente y eficaz. Pero en el alma tuya espantan.

Se quedó callado porque no le mentía. Miraba insistentemente a Claudia, olía a colonia fina. Claudia agachó los ojos, pesaba su mirada sobre el embaldosado. El gato se le subió, ella lo sobaba.

—Cuidado con el demonio —seguí de buena fe cuando leí el folleto—. No le hagas parodias de poca monta.

—Yo lo tomo en serio.

—¿Y él? Dejarse llevar por el diablo es una de las buenas tentaciones del hombre.

—¡Yo me hundo solo!

—Hasta en eso necesitas ayuda. Sólo sos fuerte para hundir a otros.

Me miró con rabia recordando el entierro de Pedro Escobar.

—¿Suicidarme, yo? —había aclarado no obstante sus prédicas acerca de la muerte obligatoria antes de los treinta años—. No, tengo mucho aprecio por este tipo —se señaló a sí mismo— y guardo mis razones para no hacerle daño.

En aquellos días sus amigos hicieron circular en mimeógrafo dos páginas que escribí en respuesta a sus burleterías por mi manera de tomar la vida y la literatura.

VENDEDOR DE PAJA

¡ Y tanta tierra estéril por escasez de músculos!

León de Greiff

—Le vendo el alma, compañero Satanás.

El diablo se puso a mirar esa cara de trasnochado, empezó a creerse confundido con un buhonero.

—No compro baratijas —intentó decir, andaban mal últimamente sus negocios.

—Se la vendo, ciudadano Satanás, ¡soy un poeta maldito! —exclamó exagerando un cansancio muy desmayado para los aires que se daba. Abracé a La Muerte como a una

hembra en ce!o sobre mi lecho florido, siempre me rechazaba La Felicidad, enemiga astuta de la grandeza...

Id demonio volvió a mirarlo, incrédulo, y sonrió cuando al descolgar el otro su lira llevada a modo de carriel, vio cómo por los corredores emprendía despavorida carrera la vieja Polimnia; el vendedor no se amilanó, venía a negociar su mercancía.

Oiga mi poesía sexual —añadió con voz sigilosa, como si esperase una respuesta agresiva. Y cuando el diablo rio abundantemente, el buhonero protestó: >

¡Yo también he conocido infinidad de mujeres!

El diablo mermó volumen a la risa, cambiable por un aire de ei ¡tico mal intencionado.

Su poesía no pasa de ser tetona.

¡Maestro!...

Una nodriza es lo que le hace falta.

¿No me ha leído? Mi desprecio por El Mundo fue prepa-rando la tumba de los negros presagios, en ristre mi lanza contra La Hipocresía de los mortales.

El diablo encendió un cigarro y pareció encender una fogata según el humero. Observó entre las bocanadas enroscando los labios para fabricar volutas sin rumbo, pequeñas aureolas que caían sobre la cabeza del vendedor, su mirada se quedó un momento en ellas. Cuando desaparecieron habló el diablo como si echara más humo:

- Allá queda El Limbo —señaló su índice humeante y cansado. El peticionario se puso un brinco nadiforme, echó al lado un mechón de su frente, pálida como

debió ser la de J ulio Flórez.

- ¡Soy un poeta maldito!

Por supuesto, por supuesto...

El demonio debió pensar en Poe, en Sade, en Villon, en Genet, en tantos marginados de la otra luz.

- ¡Soy el vate de La Nueva Oscuridad!

—¿Dónde queda esa cantina?

Abrió la puerta y se hizo a un lado, chasqueando índice y pulgar. El otro se metió su poesía entre las piernas.

—Si supiera de mi Tenebrario...

Con gesto desganado el demonio inventó una vela de cebo, que el vendedor rechazó en un principio, y al fin empuñó de mala gana después el demonio hizo aparecer a una vieja tía del vendedor, ya inventada.

Cámbiele ropa, señorita Florinda —dijo antes de retirarse. Hágale rezar El Bendito, póngalo a orinar y acuéstelo.

En cierto modo quise remedarlos con parodias inocentes o crueles, algo en ellos me atraía, con sus desplantes justificaban una risa alicorada:

¿Es destino del toro sagrado acabar en salchichón?

—¿Se puede catalogar el órgano de la reproducción entre los instrumentos de viento?

—¿Quién fue el bromista que castró a Pegaso?

O lo plagiado al final de sus discusiones:

—Ya que no podemos cambiar el mundo, cambiemos

de conversación.

—Aquí —les bobicé— aparece como inteligente el que sencillamente no es bobo.

—¿A quién te refieres?

—Bien caída la flecha en cualquier nalga.

Otro más bruto y bolsón

será difícil hallarlo:

tuvieron, para castrarlo,

que hacerle trepanación.

De tarde en tarde Velero acertaba como intuitivo, con otro fenómeno observable en ellos: elogiarse exageradamente unos a otros y autofabricarse frente al espejo en pequeñas prácticas de inmortalidad.

—Somos Los Arrasantes.

Claudia miraba y parecía no mirar, parecía no ver lo que la rodeaba y la iba envolviendo, hasta sentirse amarrada con cintas pegajosas de conceptos volubles, en la puerilidad llena de caretas de acomodo.

Entonces sacaba una moneda y tomaba el teléfono como pastilla para su aislamiento.

Aquí en “La Urna”, te necesito, ni siquiera Marrullero está conmigo. Libardo el mesero me preguntó por ti.

¿Por eso me recordaste?

No, ya te tenía recordado. Hoy amanecí queriéndote.

Devolvería lentamente el auricular a su horca, las

palabras seguuían llegándome en burbujas.

Y otros diálogos aproximadamente dislocados.

¿Eres tú, Bernardo?

Pues no estoy seguro. ¿A qué horas llegué?

Te llevaron. ,

Entonces sí soy yo.

Y al encuentro.

¿Tomas algo? —dijo cuando entramos en su apartamento.

—Sí, tu mano —y sentí la suya sin regateo.

Tómala doble —y me colocó la otra.

Copa frente a copa, una, dos veces.

Anoche me desnudé ante el espejo, bien mirada. Entonces pensé: “¿Esto es lo que tengo frente a Bernardo?”.

-Es todo lo que necesito.

—Por algunas horas, ¿cierto?

—Un espejo no muestra lo demás.

—¿Es que lo tengo?

Yo la esculcaba para encontrárselo.

—No creas mucho en los espejos. Conocí uno que fue envejeciendo y ya no recibía de buen humor los cuerpos que se le asomaban.

—Me haces cosquillas.

—Tu piel hace cosquillas a mis dedos.

En esa ocasión vi tras el armario un óleo sin enmarcar. Era un desnudo firmado por Pedro Escobar, de fecha reciente. No hacía mucho habíamos asistido a sus funerales.

—¿Y esto? —pregunté a Claudia. Ella pareció desorientada superficialmente.

—Basura...

Advertí la misma crueldad disimulada en su rostro.

—¿Lo conocías? — pregunté observando la pintura. Allí estaban sus facciones, el cuerpo era un poco inventado.

—Salgamos —dijo fríamente—, o llegamos tarde.

Siempre había un salir o un llegar, oportunos en sus interrupciones.

—¡Que aguarden!

Tomé a "Tristán e Isolda", leí: "Aparece la tropa del rey Marés. Vienen en ordenada marcha los furrieles, los mariscales, los cocineros y los coperos, luego los sacerdotes, y los mozos de jauría conduciendo lebreles y bracos, los halconeros llevando los pájaros en el puño izquierdo; los monteros, los caballeros y los varones van al paso, bien alineados de dos en dos, y da gusto verles, ricamente montados en caballos enjaezados de terciopelo, tachonados de orfebrería...".

Tenía señalados los volúmenes en párrafos que me gustaban y que servían para disimular disgustos o saltar de un

tema estorboso a una neutralidad deliberada.

—Lindas épocas —comentaba dudosa.

—Fueron las peores.

Y pasábamos de La Edad Media a nuestro derredor.

Y al encuentro en “La Urna”, bobamente:

—Estás pálida.

Se miró en el espejo transversal, dijo a la imagen mía en él:

—Perdón, el rubor se me quedó en el bolso.

Lo abrió para sacar la cajita donde un aplicador se untó del ruborizante, que fue desvaneciendo en sus pómulos, abriéndole los ojos al espejito bolsillero.

En el apartamento me intrigaba mirarle su tarea de arre-glarse, desde los preámbulos del peinado hasta la postura de su collar; y ese tomar el lápiz que recalcaba el nacimiento de las pestañas y realineaba las cejas, la brochita de rímel para los párpados, el esparcidor de polvo, el tubito de rouge, las pincela-das... Ponía en ello el cuidado de un pintor al hacer el autorre-trato que lo inmortalizaría.

—Estás linda —le comentaba.

—Lo que puede la edición —se contentaba por el resultado final.

Y ahora en “La Urna”, al acabar su fugaz desempalidecimiento:

- ¿Ya?

— Disimulaste el romanticismo.

Su sonrisa aumentaba la palidez.

Con lápices de colores pinté dos flores y un beso, y un sol para tu regreso con más alas y más flores.

Claudia, debería saberlo, se fue con el grupo.

CAPITULO V

El fuego que me dejaste es hoy ceniza de ayer, y el humo de mi querer es nube de cualquier parte.

—Estaba sola y tenía sed.

—¿Seguís con Tristán e Isolda?

—¡Cuál Tristán y cuál Isolda!, esa sed era mía.

—La sed los perdió, perderse así es salvarse.

—No hablo de literatura.

—Nunca estuviste sola.

—Tenía sed.

—Te ofrecí el vaso.

—Estaba vacío.

—Quería que supieras lo que era sed.

—Yo conocía la sed.

—No la conocías.

—¡Conocía la sed!

—Pero no en mi vaso.

El sueño nos reponía, si necesitábamos descanso. El día había entrado en la habitación, sin permiso de las cortinas; sólo en algunos rincones se rezagaba un poco de noche adormilada. Aquella mañana en la ventana había sol, Claudia empezaba a despertarse con sus movimientos habituales, sonrió al ver que ya era el día. Tomé de su almohada un largo cabello, lo puse contra la luz, recité:

—"En aquel instante, por la ventana abierta al mar, dos golondrinas que hacían su nido entraron jugueteando; luego, espantadas, desaparecieron. Pero de sus picos había escapado un largo cabello de mujer, más fino que un hilo de seda y brillante como un rayo de sol". "El camino se iluminó de súbito, como si el sol se incendiara a través del follaje de los grandes árboles, y apareció Isolda la Rubia".

—No soy rubia, Bernardo.

—No eres Isolda, Claudia.

De alguna manera hubiera querido ser Isolda y Eloísa y Laura y Beatriz y Dulcinea.

—¿O no?

¿Los sueños se habrán vuelto rutina? Porque aquella realidad de la fiesta...

Exagero, tal vez. Sin embargo, pienso que en el grupo no buscaban la verdad sino una verdad o una mentira que halagara sus aciertos y limitaciones o escondiera sus dudas; buscaban un parecido, buscaban ser nombrados. En el fondo, verdad para ellos era lo que la gente creía o necesitaba creer: una mentira necesaria sería, cuando menos, una verdad factible.

Aunque me rechazaran o me llamaran, no me agradó su actitud: querían hacerse pasar por inteligentes, esto no admite simulaciones. Si desarrollaron cierto tipo de fantasía para las formas, no obtuvieron imaginación válida por sondeadora, no por superficialmente hábil. A veces se aporreaban, desafiaban con el único fin de recibir el golpe o inventárselo y echar al aire su protesta en otra obligación para justificar su caída. De alguna manera me les solidarizaba:

Si no me puedo elevar

diré mi verdad primera:

caer es una manera

más profunda de volar.

Eli, Eli, lamma sabacthani?”.

Dios mío, ¿por qué me has abandonado”? —traducía

uno de los ingenuos, deslumbrándose al querer deslumbrar. Sin embargo, por ahí sonambulaba Eduardo Escobar con un aire entre San Luis Gonzaga y diablo joven, bello y caedor. No pretendas escribir con la pluma más alta que el vuelo, título-comienzo de un poema.

No están los mercados para la poesía

En un mundo así los músicos van sobrando

y las oportunidades son escasas

y adular es el arte de vivir.

¿Lo quisiste, Claudia?

¿A quién?

A Eduardo.

¡Cuál Eduardo!

Por lo menos lo empezaste a querer.

Yo no sé querer, Bernardo. Estoy triste.

Gran invento ese de la tristeza.

Quiero estar sola.

¿Con quién?

Con vos.

Nadie puede estar solo.

¿Creés?

Él está solo.

¿Quién?

Eduardo.

Nunca estará solo.

Lo había contagiado la fiebre nadaístas y se le adivinaba, entre marihuana y amanecidas, su “Invención de la Uva”, que un fin de mes le publicamos, enamorado de Claudia. Ella también lo quiso un tiempo de olvidar, como para metérselo en el bolsillo y recordar la huella que iba dejando.

Y Darío Lemos, voz varonil y dientes hermosos, ojos claros y turbios para la oscuridad donde se metía. Ya desde entonces venía pergeñando su “Sinfonías para máquina de escribir”, venía ensayando cojear por fuera y por dentro, algún día le serrucharían una pierna; su poesía, entonces, sería fuerte y desgarrada.

Me he alejado del mundo de los hombres pero sigo siendo un brujo en carta a Juan Luis Mejía—. “Cambio todos estos poemas por una silla de ruedas”. Y versos inaguantables para los buenos vecinos: Mi alma no soporta los lugares. Me duelen los kilómetros que anduve cuando viejo. Este mi cuerpo más flaco que los los alambres donde viven los pájaros.

También Riverita —Orlando Rivera— encendía su cachito, pintaba y cantaba contentamente sus propias canciones: “Abarca de tres puntás” y aquella que acompañaba al son vallenato, su habilidad para el baile: Mira cómo vuela la torcaza, / mira cómo canta el codorní. En uno de esos bullosos y espléndidos carnavales de Barranquilla, Riverita organizó para una de las reinas la más espectacular carroza, andaba disfrazado de payaso; la reina no llegó, él montó en la carroza, carnaval adelante, cayó y murió, alegre su rostro pintado.

Así de la alegría al silencio, del dolor al grito, de la espera a la desesperanza. O la evasión para morir en cantidad escasa o para la baraúnda de impertinencias sin para qué.

— Dios bendijo el incesto al aceptar que los hijos de Adán se reprodujeran, y al bendecir en su modo anticuado esa unión que hoy todavía —¡Siglo Veinte! — se niegan a admitir.

O ergosungurrungueando sus tiplecitos existenciales en un oscarwildeísmo de paruma:

—Por obvia razón, la única profundidad de las mujeres es la de su sexo.

—"Las mujeres que piensan demasiado son generalmente mujeres en las que nadie piensa" —J. B. Shaw.

Sí, continúo de inquisidor interesado en condenar, como si tuviera derecho para las acusaciones. De verdad en esos grupos había muchachos inteligentes y valerosos que ventilaron el aire retórico y estancado de este país y abrieron un camino para la marcha —desesperación y muerte al fondo— y un humor negro sacudidor de tantas momias: fue un espectáculo necesario.

—..arán los maestros de La Bienal cuando pase el desfile —reiteró Silvio Velero.

—¿Cuál desfile?

—El del Traje Perdido, cada uno diseñará el suyo. Nuestras más hermosas... Claudia llegó esta tarde.

Que lo supiera antes aumentaba mi torpeza, esos días los había pasado en prácticas para el olvido, vaso en mano, vida por el suelo como en la peor ranchera donde yo también señalaba una como en coplas de este corte:

Quería tirarme al tren

anoche cuando te fuiste,

pero el tren llegó tan triste

que me tiré en el andén.

De tarde en tarde salía a buscar recuerdos, ya iban escaseando, sólo dos o tres por ahí perdidos entre el monte o mimetizados en un rincón oscuro, en algún sitio del viento. Frente a todo un se veía el mismo, pero en otras circunstancias, como en una imagen especular, en la que salíamos perdiendo el del espejo y yo.

Me estás haciendo falta, mucha falta, de verdad...

Escuchaba el bolero, cerraba el libro, salía a las calles. La luz fuerte del primer aviso sacaba de mí una sombra compacta.

Shh —susurraba a la sombra—. No hagas tanta bulla por cualquier tropiezo.

Ese tropiezo era el amor, y el amor no pasaría de ser esa yerba mhestre, ignoraba hasta qué punto venenosa.

I a mata de hojas anchas seguía creciendo, llegaba a la parte baja del marco del retrato de ella, hecho en una tarde con lluvia. Isa lluvia parecía fertilizar la mata.

Sólo por aquellos días bajaba de Ziruma al apartamento de la Calle Perú. Porque mi tiempo consistía en ese tiempo distinto de la montaña, donde los días no eran siquiera una constancia del tiempo sino un sereno atestiguar la luz y la sombra. Bajo las estrellas, en la noche, seguía siendo tan pequeño...

Ahora en “La Urna” se encontraría ella. No únicamente allí. I st as calles, Claudia, cuántas veces las recorrimos. Avisitos de gas neón, los ciegos de las aceras con su violín pedidor, las buscadoras de cama, los perdidos en su noche total, los que todavía creían en la posibilidad del camino. Gradas de La Basílica, el órgano de acordes ahondados en una entrega fugaz, los jóvenes de flauta y caramillo mirando en el indio y el negro la identidad perdida. El tiple y la quena, el tambor y el lloro y la cumbia, siempre la queja del hombre, el trasplantado.

O El Barrio con vecinos sobre bicicleta y patines, jubilados en sus avaros recuerdos, mujeres en el heroísmo de cada día, con la larde y la noche obligatorias, sus cafés y sus cantinas, sus agazapaderos y sus talleres de hojalatería y carpintería, sus graneros de charlas al azar de las horas, la esperanza del estudiante, la malicia del camaján, la canción del borracho, la música del traganíquel, el niño que nace, el anciano que se va, la vida simple y bella y azarosa.

Una muchacha fugaz, un niño sobre su triciclo, una niña de bomba roja, su hilo amarrado al índice, dos señoras asomadas por la ventana, cuatro palomas grises espulgándose en el caballete del tejado mayor. Y otras jóvenes de pantalones ceñidos que mostraban el altorrelieve del sexo, nuestro pan de cada día.

Puertas, balcones, líneas y manchas en los aleros, luz y sombra aires arriba, rostros en las ventanas, esquinas de tertulia y soledad, figuras de cansancio urbano. Niños que juegan y gritan a la pelota de trapo, viejos que callan, carteles a semidespegar al final de la calle. Y la vida que empuja y aprieta y adormece en las habitaciones, tras unas paredes de colores fatigados, o en matices alegres al paso de los transeúntes.

El Barrio —Manrique, Aranjuez, La América, Boston, Buenos Aires, San Benito—, sus tejados grises y la locura y la poesía en el trajín fuera y dentro de las habitaciones, esas cuevas que el hombre se inventó para el descanso y el sueño, para el silencio y el insomnio, para la amargura discreta del que sabe que va a morir después de un rastro pasajero. El Barrio, donde la vida limita con todos los puntos cardinales, cercanos y acosantes, con pocas hendijas para desear el mundo abierto al deseo de vivir más lejos de la noria cotidiana.

En todas esas calles veíamos el circo humano, lo duro del olvido, el recuerdo en categoría de valores, la ansiedad y el tedio, la rutina trazada como un pueblo de calles largas y almacenes, de inmovilidades al borde del salto. Calles recorridas por las suelas cansadas, por los ojos de fatiga insólita, por lo que deseaba romperse. La calle. Estas calles tendidas para el recorrido viejo y nuevo, el bolero y el tango y la cumbia y el pasillo y el bambuco, la frase perdida en el labio, el amor sin definiciones. El amor, esa palabra tonta y definitiva.

—Yo buscaba el amor.

—Lo atropelló un automóvil a principios de siglo.

—¿No hay salvación?

—Tal vez.

—¿Cuál?

El amor.

Jugueteando anodinamente sobre todo lo que debería tomarse con seriedad, en ello se mezclaba el miedo, un rehuir las responsabilidades que su existencia traería.

En esa volubilidad aceptada apenas se me ocurría recitar apartes del Génesis por diluir en el aire mis diluciones:

“De la costilla que Dios había tomado del hombre formó a la mujer, a la que puso frente al hombre. Y el hombre dijo: Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne... Será llamada mujer.

Por ella el hombre dejará a su padre y a su madre; se unirá a su mujer, y serán una misma carne.

“El hombre y la mujer estaban desnudos, sin experimentar vergüenza alguna”.

Así cumplíamos con nuestros deberes religiosos.

¿O no?

Y tus vulnerabilidades, las medias, las pantaleticas, el refajo de franja adorable, el brasier sostenedor de la pena y del goce merecidos, la blusa con dos botones menos, el cinturón de ojales vagos. Era el tacto, era el descubrimiento de tus senos pequeños, vi a el beso en las aréolas y la tetilla estremecida y el vello cálido en la axila y en el sexo, crespo y sedoso para el recuerdo ensortijado. Era el amor.

¿Y de Lujuria? —preguntaba.

—Viene en tus ausencias.

—Pues entonces no volveré a viajar, palabra que me dan celos.

Lujuria, una pequeña y joven y hermosa bruja que se me aparecía en noches de insomnio; tenía la agilidad y la desviación de su nombre y gustaba mostrarse en la desnudez de las llamas al viento de la noche.

No me nombres más a esa tal Lujuria, nunca me reemplaces con ella.

—Entonces, ¿con Brújula

—¡Con ninguna!

Tal vez sus celos fueran parte de su coquetería, me parecía una de las formas peores de la atracción.

—¡Celos de un ser inventado!

—Lo inventaste porque lo necesitabas.

—Lo inventaron tus ausencias.

De alguna manera también le mentía, y también experimentaba celos retroactivos, ¡celos de una persona muerta! Porque el fantasma se imponía.

—Claudia, he pensado en él.

—¿Quién es él?

—Pedro.

—¡Déjame!

—Esconder algo no equivale a ignorar que existió.

—Ya no más.

Bajaba su cabeza, giraba hacia el lado izquierdo, donde estaría el olvido.

—La tristeza es un montón de cosas grandes y grises que se nos juntan.

—¡Bah!

—Irlas diciendo puede ser ir desenredando el hilo.

Hacía gestos de entrega.

—Estoy triste.

—Tal vez por encima.

—Quiero romper todos los hilos.

—¿Sobre todo el que nos podría unir?

—¡No! En ese quiero enredarme.

Y nos amábamos, si ello era amarse, para caer de nuevo en el día distinto después del salto. En eso se nos iba todo, y en aplazar lo demás, ya sabido. Me ofuscaba que sus días fueran provisionales, ese esperar sin afán, sin buscarlos, los verdaderamente suyos, como quien espera sin mayor interés a una persona empecinada.

—Lo conocí muy poco, Claudia. Por lo que recuerdo, era un tipo bueno. Hablábamos de Barba-Jacob, León de Greiff, César Vallejo, Aurelio Arturo...

—Muy cultos —ironizaba ante los nombres invocados, de ellos tenía las noticias que yo le proporcionaba, aunque sabía conmoverse en los poemas sin necesidad de luna.

—Copió unos versos que le entregué, quería ilustrarlos porque le cayeron bien. No sé más.

—Yo tampoco.

—Vos no le decías versos: tenías tu cuerpo. No podía recitarte.

El vos, el usted, el tú se nos confundían según el ánimo: familiaridad, distancia, cercanía, o cuando ya nosotros éramos

otros en el vaivén de las horas y sus acaecimientos.

Y el recurso de siempre:

Vamos al parque, Bernardo.

Y la solución de siempre:

—Está bien. —Nos levantábamos, recogíamos nuestras pertenencias ambulantes, en la mesa quedaban las figuras de papel. Te pones una o dos pantaleticas, y salimos.

Marrullero no quiso levantarse de su silla: un sentido casi perdido parecía decir que la lealtad era otra invención de la conveniencia, otra obligatoriedad.

¿Vamos al morro de El Salvador?

—Estoy cansado, Claudia.

- ¿Qué te pasa?

—¡Y lo preguntas vos! Maté a Aguinguerrán el Rojo, el codiciador de Isolda la Rubia, el cobarde senescal del rey de Irlanda. Estoy cansado.

—¿Cansado por esa peleíta?

Fue que también liquidé al dragón en fiera y desigual batalla.

Tapaba con tres dedos su sonrisa, seguía el juego.

- ¿Cómo era el dragón, Tristán?

—“Tenía cabeza de serpiente fenomenal, los ojos rojos como carbones al fuego, dos cuernos en la frente, las orejas largas y peludas, garras de león monstruoso y escamoso el cuerpo como el de un grifo”.

Claudia fijaba los ojos, no en mí sino en mis palabras sobre aquella entrañable locura.

—Estás loco.

-Estoy recordando las preguntas del rey Marés cuando Tristán se hacía el loco.

—Decílas.

—“¿Y qué coges, hermano, cuando pasas por el río?”.

“Cojo todo lo que encuentro: con mis azores, los lobos de los bosques y los osos enormes; con mis gerifaltes, los jabalíes; con mis halcones, las cabras monteses y los gamos; las zorras con mis gavilanes; las liebres con mis esparavanes. Y cuando vuelvo a casa de mis huéspedes, sé manejar bien la maza, repartir los tizones entre los escuderos, templar mi arpa, cantar dulce música, amar a las reinas y arrojar por los arroyos astillas bien cortadas. I n verdad, ¿no soy un buen cortesano? ¿Habéis visto ahora cómo sé esgrimir el bastón?”.

De esto hace dos o tres siglos, no lo sé bien, fui aprendiendo la paciencia sin tiempo de las dunas viajeras.

En ese entonces era un poco indefenso, como hoy: me podía el recuerdo con el peso de todos los días que compartimos, las cosas que ella miró, la ausencia de sus manos en mi cuerpo. El tocadiscos resbalaba mi pena intrascendente, lo que ya no más sería. Dónde irías ahora, dónde, / amor en retirada, / canción sin quién la cante, / beso solo... Tal vez nada fue cierto. Pero la mentira es verdad y duele donde debe doler y sigue amando donde se debe amar.

Le había dejado una nota, acorde con algunos momentos:

Perdona, estoy de afán, tengo que ir rápidamente a mi muerte. Llámame mañana. — Bernardo.

Y el mal gusto, como siempre, en mis adentros:

Florcita de caracucho,

yerbita de mejorana, dejaré para mañana decir que la quiero mucho.

CAPITULO VI

Antes de llegar a verte sólo una pena tenía, porque entonces no sabía de la pena de quererte.

—Te has vuelto caprichosa, no me pidas tanto.

—Pues quiero El Everest.

—Está comprometido, lo sabes. Puedo ofrecerte el Aconcagua o el Nevado del Ruiz.

—Allá no vive El Abominable Hombre de las Nieves.

—Te estás volviendo demasiado exigente.

—El amor tiene su precio.

—¿Tan alto?

—Ocho mil ochocientos ochenta y dos metros.

—Déjamelo en uno con setenta y nueve, mi estatura.

Claudia se quedó mirándola.

—Por hoy —y fue desvistiéndose lentamente—. Por esta noche, no más por esta noche.

"...Y tu sexo, como la huella que deja una gacela en las arenas del desierto".

Pero no era esa vieja poesía desnuda, era el ardor pánico, era la sangre apretujada, eran los músculos tensos para el arrebato. Era un lejano morir por urgencia, amorosamente. Era saber que lo verdadero siempre ha tenido un nombre propio, y en mí se llamaba Claudia: cuando escribía, cuando amaba, cuando daba con la navaja en la madera; cuando en la noche los ojos se quedaban abiertos y apretaba la boca para no llamarla.

Y endosaba a los dioses todas las ausencias.

—¡Que venga, que venga / y que nadie la detenga! —repetía la magia popular en la oración desesperada, esparciendo en la oscuridad del rincón el humo de mi cigarrillo, sus cenizas. O cuando invocaba poemas de otros que me adivinaban. Todo lo llenas tú, todo lo llenas. O cuando sin compañía recorría La Playa, Sucre, Buenos Aires, Carabobo, y me sacudía el espec-táculo permanente de una ciudad arrebatada.

—¡Otro que se tiró del Palacio Nacional!

Era frecuente esa voz de alarma, costumbre lanzarse desde la azotea de aquel sombrío edificio. Durante el tiempo que trabajé en sus oficinas me tocó presenciar una de esas caídas dramáticas, después subimos a la terraza mayor, y leímos sobre los ladrillos del piso las últimas palabras de aquel desesperado: Le tengo miedo a mi mujer, pero no a la muerte. Y se lanzó, era otro aspecto de la ciudad.

O mi desolado itinerario sin rumbo, cuando únicamente la gente andadora era el camino. O hacia el Palacio Municipal que erigiera Nel Rodríguez. O hacia la plazoleta de la Veracruz y su pequeña iglesia, Ermita de la Vera Cruz de los Forasteros, donde las piedras dejan constancia de unos siglos que a veces callan sus campanas dobladoras.

O regresaba al apartamento, desamparados los ojos, y esculcaba anaqueles y gavetas en busca de lo no perdido, porque lo no encontrado seguía ausente.

—Ese Balandú tuyo, ¿dónde queda?

—Entre la neblina.

—Eso no es una dirección.

—Es la dirección de Balandú, el país de la niebla.

La que sube de los arroyos, la que baja de los páramos, la que rodea a cada persona, la que va dejando el recuerdo. La niebla de los muertos cuando sueñan en vano. La del olvido cuando se pierde el amor en otras nieblas, las que al evaporarse dejan los llantos solos.

Y en otra niebla tu sexo. Claudia, tu sexo lejano...

"...Como la huella que deja una gacela en las arenas del desierto".

O era la poesía, manera de vivir con la sinrazón lo que ya el cuerpo había vivido en su primera razón de ser. "La dulce gruta húmeda, donde el hombre encuentra un pequeño descanso en su camino hacia la muerte". Nada dirían las palabras, el verbo ignora lo que la sangre dice. Ya no habrá más nombres propios pero los años llegan, trataré de seguir vivo.

—¿La recordás todavía? —volvió Silvio, no quise advertirle nueva mala intención.

-Como si la tuviera al lado.

Rio sin causa y sin alegría, vicio que dañaba sus facciones. Empezó a inventar una sonrisa pegajosa y enamorada de sí misma —que no perjudicara su angustia— y una quietud insobornable en la manera de mirar; me exasperaba ver cómo cuando la mirada se iba acabando, empezaba, más congelada y pegajosa, aquella sonrisa en una complicidad absurda.

Somos inocentes —y la frase redondeada en la lectura:

-Sólo el inocente es capaz de pecar —reiteraba para

decir que quería traicionarme. Y, naturalmente, sólo el que se refugia ni los barrizales llegaría a santo, en lo que pretendía ser sartreano .m pasar de sarrasartroso. Aunque:

¿Rousseau?, ¡pobre Rousseau!: el hombre nace corrom-pido, la sociedad lo castiga.

En cuanto a Dios, ya está en uso de buen retiro.

Entonces me salió aquella décima:

A mí me hablaban de Dios,

yo de Dios sólo callaba

pues lo que se predicaba

lo borraba uno por dos.

Jamás escuché su voz

pero su ausencia presencio,

tal vez por eso sentencio

lo que logré descubrir:

Dios sólo puede existir

cuando lo crea el silencio.

A Velero le gustó, quizás por recordarle su ser aldeano.

— A Dios lo veía como a un tipo más o menos desamparado, él, que todo lo pudo y todo lo tuvo, ya pocos creían en su existencia, se opacó y yo quería despedirlo. —“Viejo, nos han derrotado” —iba a decirle en solidaridad, pero no me hizo caso y se fue alejando definitivamente: cogió lo que había hecho y se largó, el hombre quedó como una

opaca memoria suya. El hombre, la mirada olvidada de Dios.

El respondió, pero era mejor hablado que escrito, al transcribirse la redacción se emperifollaba con mayúsculas y rodeos sin enjundia en el detalle.

—Es merecido el olvido en que los hombres tienen a Dios —continuaba—, fue él quien empezó por no creer en el hombre...

Fumaba, tosía las palabras de vana esencia:

—...Claro, trabajó mucho, tiene bien ganado su cielo.

Y desviado el sentido:

—Cielo, infierno, dos campos paralelos, dos campos paralelos —se entusiasmó—. "Prohibido a los materialistas estacionarse en lo absoluto".

Que rimaba el sentir del grupo:

—"Si le parece bueno, hágalo", ¡viva el lema hippie!

El Mulato aplaudió, entre los dientes su flauta.

—¡Viva!

Viéndolo alejarse hacia un baño noté cómo era un hombre joven que había violado todas las normas y maltratado todos los sentidos. Cuando miraba, sus ojos mostraban degradación, no podían ser los de un iluminado como en ese entonces se creían los hippies, en un remedo de impacto.

No, Claudia, no quiero ser el duro de la partida, sigo siendo un pobre diablo enredado en las telas de araña que llegamos a tejer para atraparnos a nosotros mismos. Silvio era solamente uno de los hilos, débil como aquella noche en que le

sobrevino otro envión de asma, ahí, escondiéndose, buscando contra los muros un poco de aire, su respiración cansada, su olor a loción elegante, su orgullo vulnerado. Entonces lo sentí como a un hermano menor, desamparado.

—Calma. La vida ganará algún día.

Volvía a reponerse y continuaba sobre las horas.

En cafés, heladerías, billares, plazoletas, cabañas, aparta-mentos, consultorios abandonados y callejones oscuros soplaban sus flauticas existenciales, soberbios y desprotegidos, rebeldes y suplicadores. Su reino eran la noche y las amanecidas, la pastilla y la marihuana, el acierto y la descomposición, el reniego y el amor acongojado.

Veían todo ofuscadamente, distorsionando así los fenómenos; o indiferentemente, no sé si se daban cuenta de que habitamos un inmenso estallido del tiempo y de los objetos; que somos hijos del vacío conmocionado.

—¡Viva La Nada!

Usaban las mayúsculas desorbitadamente, y elogiaban su desparpajo: primero iban al vicio liegamente, después lo documentaban, inventaban su justificación y su disculpa. Como si les gustara ser inconclusos: estar al borde de ser un buen dibujante, un buen novelista, un buen autor teatral, un buen poeta, un buen pintor, un excelente guitarrista, un compositor, un bailarín. Organizaban escándalos, exposiciones, vacunales (así escribió uno), becerradas... Dos o tres me trajeron su muestrario.

“La luna se metió en el agua; antes de ahogarse volvió a subir, pero a la media hora vimos el mareo, y se vomitó en las nubes que la rodeaban”.

Neorromanticismo.

“El sol iba contento en su alto cielo, algo lo detuvo y emprendió la fuga. Las gallinas cacarearon, se asomó la luna puta y yo me vine a fumar mis cachitos de marihuana. Lean mañana en los periódicos la noticia de mi muerte”.

Agregaba que le ocurrió la cosa más extraña del mundo: Jiaber nacido. Todos se quedaron con la boca abierta.

- ¡Ah, carajo!

No que yo deseara cambiar rumbos; a veces uno mira al árbol y puede entender que la hoja que cae es la única hoja viva. Cada cual, con sus liliputeces, intensidades o macroputeces, tampoco al hombre lo han acabado de inventar, sigue siendo un pobre camino del diablo. No, lo que me molestaba era su estilo, o ese ostentar carencia de estilo; su descarriada sin profundidad, ni siquiera la profundidad del hundimiento.

Bajen, bajen.

Sin embargo de pronto a Silvio le llegaba la exaltación, y era suficientemente regocijada su manera de exaltarse.

-Muchachos, aquí estoy vivo, es la magia. La nada existe no sabemos dónde. No, la nada no existe porque no hay sitio dónde caber, la nada es todo y nosotros somos todo, entonces tampoco existimos.

Esa insolente inocencia me atraía, los oía respirar y quejarse y los sabía con sangre en sus venas débiles y sensaciones humanas que contrarrestaban su acartonamiento. Pero allí estaban ellos y Gonzalo Arango y Amílkar U. y Fanny Buitrago y el negro Billi y Barquillo junto a Humberto Navarro y Eduardo Escobar y Darío Lemus, escarbando en las

oscuridades, levantando su mirada a la noche de un cielo perdido, todos ellos capaces de acariciar al demonio y condolerse ante la imagen de Nuestra Señora de las Angustias.

— Profetas de la nueva oscuridad.

—Pero tenemos ideas claras.

“Porque ya se sabe que cada cual llama ideas claras a las que se hallan en el mismo grado de confusión que las suyas” — Proust.

Yo me evadía por instinto de conservación a nuestros Día Domingo con suplementos literarios y tiras cómicas, unas horas de sueño después del trasnocho, cuando en la cubetera de plata alemana aún sobrenadaban tronquitos desgastados de hielo.

A veces, si yo llegaba tarde a la mesa, Claudia había hecho figuras con servilletas de papel, me gustaba su habilidad en los dobladijos de donde salían barcos, ranas, palomas... Libardo informó que tenía en un estante la colección completa.

—Guardo lo que dejan aquí, en esta mesa de ustedes.

Todos guardábamos lo de Claudia. Cuando me acompañó al apartamento de la Calle Perú, estuvo mirando el mapamundi sobre el escritorio de mi abuelo, también de comino crespo como el del suyo. Hablamos de viajes, los posibles y los imposibles, nos seguía atrayendo el azul de lagos, mares y océanos en esa redondez. Hasta la redondez de un bombón de palito pegado, y su manera de hacerlo disminuir. O cuando pedía, chupándose los labios:

—Quiero un cono de todos los sabores.

La muchacha le preparaba uno de vainilla y chocolate y

fresa y mora y curuba y piña y guanábana, encima unas pasas de consuelo y dos barquillos sumergidos, no sé qué milagros hacía Claudia para irlo mermando con labios y lengua sensualmente contenidos: mirándome ejercía este lento ritual.

Después, al ver la maceta con la mata de hojas anchas bajo su i di ato, puso mirada preguntadora.

Para vos.

Midió la distancia entre la planta creciente y el retrato, sobó las primeras hojas anchas. La bomba verdeazul con luz de estrella nos alumbraba desganadamente. Miró el reloj de su abuelo.

Y este —lo señaló—, ¿en qué va?

Me está cayendo peor.

¿Resultó incumplido?

Únicamente hace sonar las horas que faltan para tu viaje.

Regáñalo en mi nombre.

Está bien, Eloísa... ¿Oíste, Reloj?, ¡quedas regañado!

O asistíamos al Cine-Club paramuna retrospectiva de Orson Wells y Alfred Hitchcock y Charles Chaplin, o recorríamos La Playa empujando las hojas secas, su crujido debía doler en alguna parte. O arrimaba a la florista habitual.

¿Para quién estas rosas? —preguntaba Claudia.

Para María. Vamos al cementerio, quisiera hablar con I Efraím. Es hermoso el monumento que les hizo Tobón Mejía.

O entrábamos al Circo, donde tocaban Sobre las Olas

mientras una pareja de maromeros rompía el aire en sus vaivenes de litrpecio.

Claudia se conmovía con la eterna historia del payaso dolido que tiene que hacer reír, las mallas remendadas de la trapecista, el smoking veteado del presentador, el tigre desdentado y un camello al que acabó de jorobar su vida pobremente ambulante. Y el desastre de la carpa rota, y la música en discos rayados, y el escaso público, y el olor a cosa deteriorada que un día fuera ^imponente, cuando La Divina Rosa de Fuego que anunciaban estrepitosamente iba por los veinte años, pintarrajeados ahora.

Como si no tuviéramos qué hacer si no querernos y desconfiarnos, lo de Pedro Escobar siempre estuvo en nosotros. Pero ella ejercía sus oficios, yo los míos, sucede que sólo digo lo que fue quedando de ese tiempo, en un repaso sin misericordia, pero con amor.

—¿Te gusta la boina?

—Me gusta en tu cabeza.

—¿Y esta chaqueta?

Me gusta.

En mi cuerpo, claro —sonrió.

Dio una vuelta de modelo antes de sentarse, halagada.

—En serio —le insinué—, ¿por qué no ensayas en diseño y confección? A ver... Confección es un extranjerismo, lo cambiaremos por otro.

—¿Y fundo la Boutique Claudia!

—Algo por el estilo.

—Mejor pido otro helado.

Pero le vino bien que la tomara en serio y creyera en sus posibilidades. Aquella tarde adquirió revistas y breviarios de moda.

- ¿Y tú?

—Pienso escribir El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha, ¿te parece original?

—¿Vas a seguir dictando las clases?

—Tal vez.

—No te aísles tanto.

Y me aislaba. Ahora comentarán: “Es un hombre solo”. Hay quienes creen que estar solo es no estar visiblemente acompañado. “El pasado no existe” se podría repetir, o “el recuerdo es otra mentira”, como el olvido: en ese ángulo de las cosas todos deberíamos estar de acuerdo, seguimos habitados por fantasmas entrañables.

—O enemigos.

Sí, estoy reiterando negocios de otra vida que no vale la pena; bueno, me da la gana decirlo. En ese deshacer los pasos te parecías a tus actos y a tus cosas, a la boina gris, a la boina azul, a los vestidos, a los zapatos, a las pantaletas con franja perla, a tu maletín. Y el vacío que dejabas al alejarte, se te parecía tanto... Y todo puede parecerse a este recuerdo.

Hay recuerdos de una insoportable vigencia, que ameritarían pedir perdón a nosotros mismos por hacerlos presentes. Lo sabe el mapamundi, lo saben esos rincones, lo

sabe el reloj, lo sabe la bomba verdeazul a la izquierda de nuestra cama. Lo sabemos.

Un día ella no estaba, volví a mirar el óleo que le hizo Pedro junto al retrato que yo le dibujé, y vi toda su desesperación. ¿Tuvo que imaginarse el cuerpo de Claudia lleno de contenciones o de impulsos amables, el que lo desvelaba?

Me desazonó ver de nuevo esa tela botada detrás de un mueble, había en ella algo que quería decir vida y muerte, fui donde un amigo para hacerla enmarcar y la coloqué frente a mí, en la cama doble. Claudia no me lo perdonaría. O tal vez sí, el perdón puede ser una secuencia del remordimiento.

Lo mismo —confirmábamos a Libardo en "La Urna". En olio rincón, solo y esquivo, Jaime Jaramillo —X-504— se pegaba de un libro, un ojo más avizor que el otro, una frente grande para tanto poema y tanta búsqueda, descubridor de su lenguaje, escuchador de los sonidos del mundo al desplazarse, mirador de las imágenes que le llegaban como pájaros, con la sencillez del agua.

Hoy tengo deseos de encontrarte en la calle,

que nos sentemos en un café a hablar largamente

de las pequeñas cosas de la vida...

Claudia y yo doblábamos las servilletas de papel.

—¿A qué se te parece la a? —preguntabas, dibujándola en la servilleta.

—Con ella empieza amor.

—¿A qué se te parece? La veo inmóvil de cansancio.

—Toda una señora preñada.

Cuando agotábamos el alfabeto, utilizábamos un idioma suavemente inventado y que nada quería decir, lo mismo que los demás idiomas. O jugábamos con los números ante la soñolencia de Marrullero.

—1: ¡Firme, mi Coronel!

—2: La culebra se alista a inyectar su veneno.

Con mano y brazo remedabas una mapaná sobre la mesa de marmolina

—¿Estaremos locos?

—3: El que más alto vuela.

—Si se pone horizontal.

—La más arriesgada ave marinera.

—4: Hace cruz con el pie derecho para sentarse en sí mismo, tiene miedo.

—No, es carrizo lo que hace, posa tranquilo.

—5: Corre que corre en patasola.

—Brinca-que-brinca el cojineto.

—Pobre hoz dañada por mala conducta.

—6: El 9 cayó de bruces.

—Colgandejo y trapecio de los pescados obedientes.

Dos lunarcitos pequeños

entre tus senos, mi vida,

son el punto de partida

de mis ojos y mis sueños.

¿Lo besaste? ¡Yo vi cuando te besaba!

-Tranquilo.

—¿No es verdad? —remedaba sus celos.

Sereno.

—¿Vas a decirme que no es verdad que te besaba? Claudia hizo ademán de tirar algo lejos.

—Si lo hubiera hecho tampoco se caería el mundo.

Otro ademán de coger lo que pareció tirar lejos.

—Sí, es verdad. Pero a medida que él me daba unos cuantos besos, yo me los iba borrando.

Se frotó sus manos, las apartó mirándome entre burlona y culpable.

Nada quedó al fin. ¿O se me notan? —y mostró orgullosamente su boca llena de frescura.

Y la cita vespertina en la mesa donde me esperabas con tu taza de café detenida entre el platillo y la boca, o te esperaba yo con el cigarrillo encendido y el vaso de ron, me gustaba el color que tomaba el vidrio, el olor y el sabor y el sonido del hielo cuando lo agitaba junto al oído para saborearlo.

—¡Salud! —decía a mi vaso, y el vaso respondía heladamente.

—Ya viene —lo animaba, y su opaques me mostraba la

gente, esa prolongación de nuestras desdichas.

Ya llegará.

¿Y si no llega? - preguntaba el vaso.

Llegará —aclaraba mi deseo.

Cerré el libro cuando llegó, desde antes de entrar mostró una sonrisa cansada; yo le ofrecí asiento a esa sonrisa, más que a ella.

—¿Qué estás escribiendo?

— Por ahí, vainitas.

Antes de sentarse abrió el libro, leyó lo que acababa de escribir en una página suelta:

“Ella besó al más hermoso de los jóvenes, con amor de estreno: inmediatamente vieron todos cómo el apuesto muchacho se iba convirtiendo en un sapo croador”.

Su sonrisa hizo algún comentario, el revés de la trama, respondí:

—Alguien debió escribirlo antes; una cosa tan evidente no tiene por qué ser original.

Y el saludo retardado:

—¿Qué hubo, chica? Cómo te va palabras tontas con que todo empezaba, y tu manera lenta al sentarte y acomodar era costumbre— la correa de tu cartera en el saliente superior de la silla, y encender el primer cigarrillo de la tarde —casi noche — y detener el humo entre los dos, sobre la boquilla dorada.

—¿Dónde está Marrullero?

Esperándote.

Acostumbrado a nuestra presencia de cada tarde y cada noche, el gato angora subía a tu regazo. Cuando sobabas su ronroneo tranquilo, él apagaba y encendía sus ojos. Y cuando ya habías cambiado tu taza de té por el vino, y el vino se iba haciendo sangre y palabras de una precoz incoherencia, hablaba tu voz con la suavidad de los movimientos del gato:

—La cola del gato sólo sirve para decir: Aquí se acaba el gato y tu mano caía en el final de todo. El gato combaba su lomo, torcía su cabeza y esperaba el nuevo sobar, reclinadamente. Y la pregunta:

—¿Qué hay del mapamundi?

—Girando frente a mí y a tus retratos.

—¿Qué hay de ellos?

La mata que sembré tapará el que te hice.

—Somos seres desaparecederos, ¿no?

—A lo mejor la planta no es perdurable.

—Pero el olvido dura toda la vida.

—Y un poco más.

Y a la quinta copa, ya para cerrar, Marrullero se iba hacia su tejado, y tú, Claudia, parecías quedar sola, con mi vaso de ron y el humo de mi cigarrillo y las palabras más lentas cada vez para decir que nos queríamos, y el reloj era también lento en su horario al trivial juego de palabras que disimulaba cada situación.

—¿Jugo de mandarina?

—No: mando de jugarina.

—Muy jugoso el juego.

—¿Qué pasó con Pedro?

Se mordió los nudillos del dedo índice izquierdo, miró en la piel las huellas blancas de sus dientes, sobó el collar de perlas. Espació el tiempo buscando una respuesta adecuada, la respuesta quedó en cero.

—Para vos, ocultar una cosa equivale a la inexistencia de esa cosa, algo no te quiere madurar.

—Yo no sé nada.

Nunca quieres saberlo. Dos noches seguidas estuvo cerca de nosotros. Nos miraba, estaba triste.

—No me di cuenta.

—Nada me dijiste de él.

—¡Apenas lo conocí!

Con sus grandes botas, sus manos de leñador, su pelo revuelto, sus ojos pedigüeños, su pintura buscadora.

Después aparecí yo, en alguna forma me utilizaste. El sufría, sin yo saberlo.

Hasta sus cabellos se pusieron pálidos, eran pálidas sus sílabas, pálido su rostro.

—No puedo más.

Se miró en el espejo transversal del muro, parecía mirar

al ausente.

—Es tiempo de cambiar disco. ¿O seguimos bailando el mismo son?

Como si yo fuera la amenaza, como si la vida fuera la amenaza. Del pintor sabía poco: asistió desorganizadamente a varios talleres de artistas y estuvo en el seminario, allí tomó esa timidez sexual excesiva y cierta agresividad pacata y tierna.

En el espejo desapareció la imagen de Pedro Escobar. Yo me había dispersado en ella, la dibujaba para grabarla mejor. O cambiaba el dibujo por palabras escritas.

—¿Qué estás haciendo?

—Apuntes para otro cuento: Un tipo se enamora de una hermosa mujer, de su independencia y su manera libre de ser y contemplar el mundo, de su desfachatez y esa como indiferencia generosa hacia las cosas y los seres...

—¿Por qué no escoges algo provechoso?

—...Al enamorarse y juntarse y exigir, el tipo destrozó con el amor aquello de que se había enamorado. Entonces...

—Vamos.

—Conmueve tu fe en mí.

Por instinto rechazaba la literatura; es decir, el que yo la practicara. En esos años todavía algunas mujeres miraban en cualquier hombre una posible salvación, y la literatura no llevaba consigo la más débil promesa.

Y como si improvisara, decidida a cualquier hundida, en una de sus salidas inesperadas:

—¿Qué tal si vivimos juntos?

—Pero no revueltos —bromeé. Y seriamente:

—Tu buen gusto no aguantaría el mal gusto de los días sobre otros días...

No, no podría ser ese su ideal, o lo sería a base de renunciaciones que después echaría en cara. Esa vida consistiría en mínimos asuntos que se irían acumulando hora tras hora, hasta que se llenara de ellos para el otro vacío.

—"Cositas, cositas" —se decepcionaba sin arraigo—. "Nada grande que sacuda".

Planchar, cocinar, quitar polvo a muebles y rincones, trapear el piso, ordenar objetos, correr y descorrer cortinas, prensar sandwiches, hervir café con leche, hornear carnes y postres, intercambiar visitas, ir a cine, comentar lo nunca sucedido, lamentar el suceso pasador. O callar con ira lo que no debe decirse. O al azar la lectura del periódico. Se vende vestido de novia sin usar. Se cierne la amenaza de una guerra nuclear.

Salgamos.

Después encima la noche, Calle Junín, luces de neón, campanas de La Metropolitana, Parque Bolívar, las bancas al cansancio que no era cansancio, a las manos unidas y el beso sin afán y el amor que todavía se resistía a perder su nombre: la letra a para empezar a nombrarse, la letra m para decir mío, la letra o para la oscuridad en asombro, la letra r para la retirada... Esa palabra amor, nunca pudimos conjugarla cuando se transformaba en verbo y el tiempo metía su mano.

-Sigues engañándome.

—¿Por qué?

—Dijiste que me llevarías en el corazón.

-¡A veces pesas tanto!

El amor llegó a ser por trechos un verbo en pasado, entonces me fugaba al paisaje. El cielo y sus bocanadas de nube, el tren y sus bocanadas de humo, la montaña y sus picos altos. El paisaje.

Silvio Velero continuaba merodeando, vigilador.

Eres una mariposa —le decía—, naciste para volar libre-mente, no para aferrarte a un muro —le susurraba, y agregaba su desconfianza en mí. Pero seguía buscándome, nunca acabé de entenderlo.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —volvió a insinuarme.

—¿A dónde?

—A la casa de Raquel.

—¿Quién es Raquel?

—Ya sabes, la judía despampanante amiga de Claudia.

La rehíce juguetonamente, ella intervino ante Claudia en mi contra, era costumbre del día.

—¿Ese escritor tuyo? —la regañaba—. Vas a tener mal novio para toda la vida.

Los demás corroboraban su idea, siempre trataron de dañarnos los pequeños días que nos iban tocando.

—Tienen razón —aprobaba yo ligeramente

envenenado, metido en unos libros imposibles: la mano que señalaba mi literatura era más poderosa que la sangre al lado suyo, más fuerte que su desazón o que su desengaño.

Manuel Mejia Vallejo

—Esto es lo mío.

Señalaba los papeles, señalaba un mundo imaginario donde yo tampoco podría llegar.

Raquel reiteraba aquella idea de las incompatibilidades. Sus piernas de andar —rectas hasta las rodillas, muy curvados los muslos, y la anchura de la pelvis... En el recuerdo molestaban esas curvas, eran mucho arco para tan poca gloria.

Y sus ojos azules. Si estaban apacibles, en su mirada parecían nadar sombras de peces de colores; si no... Demasiado cautelosa esa mirada, imposible creerla franca, su dueña debía ser alguien acostumbrado a cuidarse.

—Nunca he mentido —dijo a mi reclamo, su afirmación era ya desmentidora. Si nunca tuvo por qué mentir, eso no hubiera sido virtud en ella.

Cuando estudiaba bachillerato era una joven de verdad atractiva y ambiciosa, hacia atrás los hombros para resaltar el busto, abundante sobre ellos la cabellera, ávidos y descontentos los ojos que miraban más allá de donde sus condiscípulas miraban. Vivía con su padre, un viudo opaco y desengañado, negociante al por menor aburrido en su soledad, boca en rictus pesimista, corvado de espaldas, nariz caída al labio inferior, orejas que exageraban su tamaño.

Si ella le reprochaba el cambio de casa por otra mal situada, él seguía empacando la escasez de sus pertenencias,

como quien guarda algo de su propio cuerpo.

—Algún día se compondrán las cosas.

Ese día nunca asomaba, sólo acallaba su derrota recordando un país —distante y ajeno— que tampoco le dio una oportunidad: persecuciones, miedo, botas, voces de mando en la noche, fusiles, campos de concentración.

—Un día vendrá...

Pero Raquel se había trazado una meta —que borrara la imagen del padre y el acoso por limitaciones— así su primer marido representó un salto en el ascenso.

El marido. Sueño papandujo de las desesperadas por falta de algo en su futuro que no fuera marido: un cartón de grado, un llegar sin haber caminado antes, renuncia a la libertad que la vida traería consigo.

Era hombre maduro y rico, y al entender demasiado tarde que conocerla y casarse fue lo peor que pudo ocurrirle, se dedicó a

horrarla, a convencerse de que jamás había existido, pero eso equivalía a liquidar diez años de vida, a reconocer su error, ya i .taba viejo para desprenderse de tantos años.

Vendría escrito...

Lo que había hecho era esconderse del pasado, más que esconderlo, y reducirlo a unos cuantos actos pueriles. Después quiso situarse en ese pasado; es decir, sentarse en él y así cambiar lo disgustable y ordenarlo a su amaño, también fracasó. Luego pensó en un incendio total pero tuvo miedo, retiró el pensamiento para no quemarse.

Entonces vio la necesidad de un mejor escondite, y

decidió morir voluntariamente —quiso darse esa ilusión— señalando al azar un día en el almanaque. Y ese día, al fin —cansancio, fastidio, desgano—, le ocurrió algo que ya no podría olvidar: dejó de vivir.

Fui para ella una escala —dicen que dijo poco antes de su muerte—, me utilizó para subir, y para subir tuvo que pisarme: no como una bailarina sino como un peso pesado.

Nadie entendió su conducta sin odio. Agregaron una posible explicación.

Era jovencita y le prometí hacerla feliz.

Yo estaba en “La Urna” cuando Velero reiteró:

—Tienes que ir donde Raquel con nosotros.

Volví a extrañar ese reiterar la invitación, hasta entender una de las razones:

Irá Claudia.

El nombre me trajo su presencia, y una sensación de mirarla ante un espejo, desnuda. ¿Dónde el amor que no tenga vello suave para el arrebato y la ternura? ¿Dónde la vida que no sea 'renegación desesperada? ¿Dónde nosotros, hijos de nadie?: solemnes, marrulleros, incapaces. ¿Dónde la palabra que nos diga y nos recuerde? ¿Dónde la muerte compañera? Y Claudia, ¿dónde? Claudia...

A veces vestía un traje sin adorno, su blusa con gran cuello cerrado de aprendiz de monja, que sobrepasaba sus hombros, la cara recién lavada, los ojos en actitud de Dolorosa de Semana Santa en Balandú. La infantilizaba su expresión, con sensualidad desvalida y sin embargo provocadora, que me hacía sentir casi violador.

O ya en su apartamento:

—¿Leiste el libro, Isolda? —le pregunté mientras servía el vino del pequeño bar.

—Lo leí, Tristán —repitió haciéndose la trágica—. No equivoquemos el brebaje.

—Desde antes la copa venía destinada —y le entregaba la suya, y bebíamos en plenitud. Yo decía, sin declamar:

—"Llegado el tiempo de entregar a Isolda a los caballeros de Cornualles, su madre recogió hierbas, raíces y flores, las mezcló en el vino y compuso un poderoso brebaje. Acabado éste con ciencia y magia, lo vertió en un frasco y dijo a Brangania:

—"Hija mía, has de seguir a Isolda al país del rey Marés, ya que le profesa un amor leal. Toma, pues, este frasco de vino y recuerda mis palabras. Ocúltalo de manera que ningún ojo lo vea, que ningún labio se le acerque. Llegada la noche nupcial y en el instante que queden solos los esposos, verterás este vino de hierbas en una copa y la presentarás al rey Marés y a la reina Isolda para que apuren su contenido entre los dos. Procura, hija mía, que sólo ellos prueben de este brebaje pues tal es su virtud, que quienes lo beban juntos se amarán con todos sus sentidos, con todo su espíritu, para siempre, en la vida y en la muerte".

Claudia estaba llorando.

—Salgamos.

Y el susto callejero, cuando un gamín o un atarván acosado robaba un collar, unos aretes, un reloj, una cartera a la señora desprevenida, el grito inicial y los que le seguían entre

carreras desaforadas.

—¡Cójanlo!

—¡Atájenlo!

—¡Un ladrón!

Y el policía que lo maltrataba, la joya había desaparecido mágicamente. Después el ritmo normal de una ciudad loca. Porque la ciudad fue perdiendo su carácter desde que empezaron a derribar las viejas mansiones del centro y el ensanche general destruyó el colorido de las calles, sus aleros, sus ventanas arrodilladas. Y un presuntuoso afán de cambio...

—¡Tumben!

—¡Construyan rascacielos!

—¡Ensanchen!

Tal vez no pueda ser adorable lo que tanto cambia. ¿O solamente la muerte no puede cambiar? Me gusta cuando la ciudad despierta, cuando el alba respira y se palpa su respiración, cuando transpira en los mediodías y se enciende en la noche con su trepidación para arrasar el sueño: cuando se pueden ver sus pesadillas, su descaro, su ternura al lado de los afanes vanos, del reniego y del amor.

Y a mi otro reclamo sin ton ni son, o con ton y son y canto y cantaleta:

—Nunca buscas nada para cambiar las cosas.

No supe qué quise decir, o simplemente deseaba tenerla para mí solo, a mi amaño, bajo mi influencia y sin obligatoriedad de compartirla.

- ¿Y tú?

El acorralamiento bobo por los bobos reclamos.

—¿Yo? —mentí—. Estoy contento con lo que me llega.

—No será demasiado.

—Permaneces inactiva, así justificas el aburrimiento.

Intentaba jugar con la tapa de la azucarera. Molesto por mis observaciones quise anudar lo tercamente inanudable.

—A veces amanezco cansado.

—¿De qué?

—El sueño cansa, muchacha, a pesar de las figuras que se nos aparecen.

Veíamos desfilar las figuras, algo nuestro se iba tras ellas. O no pasaba de ser figuras de sueño lo que nos ocurría en ocasiones, así, para olvidarlo fácilmente.

Y a mi pregunta sobre Pedro, casi obsédante, ella tardaba en hilar su tono fatigado.

—Sí, él me seguía, un pobre diablo. No hubiera podido quererlo.

—¿Te lo propusiste?

—Nunca.

Y sin énfasis:

—Me seguía a cualquier hora con sus botas grandes, tímido y servil. Al principio lo acepté, después no me lo aguantaba.

Y casi en secreto, con alejado temblor:

—Una tarde arrimó a decirme que se mataría, que la vida no valía la pena si yo no estaba a su lado. Me encerré veinte días...

Recordé el discurso de Marcela en El Quijote, recordé dos telenovelas, la vida continuaba lo mismo. Yo no tenía ganas de reclamar, estaba enamorado.

Manuel Mejia Vallejo

—Sí —aceptó—. Después volví a verlo en su casa, sólo una vez.

Me miró como si desde antes pensara que no le creería.

—Sólo una vez.

—Relaciones puramente comerciales...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Cuando lo averigüe te daré una respuesta.

—Si así arreglas todo...

—Esto no tiene cara de arreglarse.

Su boca le tembló como si la acabaran de morder.

—¿Estás cansado de mí?

—De tus vaguedades.

—Claro: eres un Dios...

—Soy un pobre diablo. Si no puedo arreglar una cosa, la dejo. O me deja ella.

Arqueó sus labios hacia abajo como en un imperceptible homenaje a su barbilla. También cayeron sus palabras:

—El quería viajar. “Bien lejos”, me dijo.

—Queda cerca el cementerio. Claro, un largo viaje.

Le molestó mi torpeza.

—No ha sido este nuestro mejor día, ¿verdad? —y jugaba con el collar, preocupada.

—Verdad —contesté y sonreí para contrarrestar la caída de sus labios, así se nivelaron las bocas y quedaron en paz.

—Vámonos.

Al levantarse y zafar la correa sostenida al espaldar, su bolso empujó su copa, la copa se hizo añicos.

—Nada ha pasado —acudió Libardo, caricontento.

—¡Qué pena! —se disculpó Claudia. Al mirarme le vi ganas de llorar.

Y la acompañé, ella estaba agradecida y asustada.

—Tengo mucho susto —dijo en el apartamento.

—¿Cómo cuánto?

—Se me saltó el corazón.

—Yo te lo recojo.

De verdad el corazón le saltó del pecho, dio tal brinco que le cayó entre las piernas. Arrimé cuidadosamente, lo tomé en el cuenco de mi mano derecha.

—Tranquilo, corazón, pájaro-loco —dije como si arrullara, ella apretó el interruptor de la luz e hizo la noche en el cuarto.

I ti sombra de tu paso

Y después, entre silencios también discutidores:

-Podríamos establecer El Día Universal del Perdón. Seres humanos, países...

—Aceptarlo, ¿no equivaldría a confesarnos culpables?

Todos somos culpables. Yo, tú, él...

Nosotros, vosotros, ellos.

Pero le vi su conducta valerosa, y de su aparente frivolidad salía un carácter firme en las decisiones. Así, aquella idea sobre diseño y confección se le fue haciendo obsesiva, aunque disimulada por su manía de las lentitudes. La veían averiguando en librerías y agencias, escribiendo cartas, estableciendo relaciones que no parecían un interés momentáneo.

Te saldrás con la tuya, muchacha.

Al saberlo, Silvio fue uno de los entusiastas y le entregó varios elementos que podrían servirle, hasta en diseño de modas resultó documentado. Fue pretexto para ligarse más a ella y tratar de separarnos.

Es empujoso este Silvio —me comentó Claudia, su sonrisa equivalió a un estar de acuerdo con aquella presencia, aunque junto a mí se les advertía que no contaban todo.

Pueden hacer una buena pareja —respondí, ella se

enojó.

No entendés las cosas —dijo—. Todo mi tiempo es tuyo.

Me acostaré con el tiempo.

Sos imposible, Bernardo.

—¿Sigo inventándome?

Yo había escogido una profesión, y era más importante que las personas y las cosas. Todos sostenían que no pasaba de ser un fracasado, lo repetían aquellos que se dejaron crecer el pelo y las ideas. A veces yo también lo creía, especialmente en mi manía de jugar con palabras, eran mi entretenimiento esas pequeñas muestras de la desocupación.

SEÑORES, SIGUE LA RONDA

La vida es una enfermedad mortal.— Esteban Jaramillo.

a) El sostén de la familia:

—¿María?, sí, era decente y juiciosa; pero con la muerte del tío...

¡Murió el tío!

— Pero con la muerte del tío, la pobre huerfanita quedó sin sostén.

—¿Y quién fue el desgraciado que se lo desabrochó?

b) Consejo post-conciliar:

Bueno, María: Puedes pecar la primera quincena o hasta comienzos de la tercera década; pues los últimos días del mes debes pensar en la ofensa a Dios y en el arrepentimiento si

quieres gozar del perdón divino — del nuevo perdón divino—, válido por tres meses a partir del instante de su comisión.

c) El camino trillado:

Extraño, no ha vuelto María.

Tuvo un hijo.

—¿¡Cóoooooomoooooo?!

—Como todas. Ella nunca fue muy original.

d) Ultimo consejo:

Ahora, ¿qué quieres, María?

Una manta.

¿Para qué una manta a estas horas?

Para el frío de la muerte.

Óyeme un consejo, María: puede ser peligroso morir en ayunas.

Simplemente trataba de poner humor, así fuera negro y flojo, para evitar otro desgonzamiento en las comisuras labiales; trataba de ganarle unos minutos a la hosquedad de las horas.

Claudia seguía en sus decisiones de convicción. Sobre todo, en su decisión irrevocable de ser una mujer amada.

CAPITULO VIII

Ganas de nunca querer, persistencia en el olvido. Como una sombra, tendido el amor que pudo ser.

—No, a veces no te engañé.

—Una mañana me prometiste la planta que daba una rosa inmortal.

—Sembré muchas plantas. Pero como la inmortalidad también cansa, las rosas lo pensaron antes de nacer, y no nacieron.

—¡Ni una siquiera!

—Yo era tímido, no quería romper la armonía del mundo.

—Disculpas.

—Seguí engañándome en la fugacidad de las cosas, sólo es inmortal lo que no tiene vida.

—Mentiste, no te lo perdono.

—Pero te di la ausencia de la más bella rosa.

De pág. 101 pasa a pág. 103

De pág. 102 pasa a pág. 104

De pág. 227 pasa a pág. 229

De pág. 229 pasa a pág. 228

De pág. 228 pasa a pág. 230

Engaño inventado y engaño real, entusiasmos de préstamo, desazones, pelea contra lo cotidiano hasta imponerse la otra cotidianía.

—¿Qué quieres, Claudia?

Hizo un movimiento brusco para ella.

—Todo.

—¿Qué es todo?

Mermó la brusquedad del movimiento.

—Nada.

Y dejar que la vida se contara a sí misma, que las cosas llegaran sin buscarlas, sin desearlas, sin esperarlas ni quererlas, al amaño de cada hora, las circunstancias dirían su propio afán, el azar lo solucionaría. La vida carecía de sentido, seguía siendo un juguete de los dioses, divertidores a costa de sus criaturas en la interminabilidad del tiempo. Rodaba la bola en calles, cafeterías, fábricas. Rodaba la bola...

—¿Qué te pasa, Claudia?

—Estoy triste.

—¿Tristeza a estas horas?

—Uno de mis pasatiempos.

Y dejabas quieta la copa como si hubieras dicho algo importante o merecieras el golpe que esperabas y que por

tanto se avecinaba: adquirías altura por ello, por los seres desesperanzados, la simple criatura para la rutina.

—¿Por qué se cae del nido un pichón?

O:

—De chiquita me gustaba voltear en la puerta giratoria del Hotel Bristol, les daba lidia arrancarme de ella... Es lo que hago ahora, girar y girar y cansarme en el mismo sitio.

—Trata de evitar el mareo.

—...A veces sueño que monto en un carrusel interminable, como en la puerta giratoria: nunca llego a nada.

—Llegarás.

—¿Y seré una buena chica que te guste?

Fabricaba atentamente una palomita de papel, de mí a ella turnaba sus ojos. Yo anudaba una conversación empezada antes:

—Sí, me gustaría una buena chica, pero tú sentirías remordimiento de ser una buena chica conmigo porque en el fondo piensas que yo nunca mereceré una buena chica.

La sentí apretar sus puños, se le dañó la figura de papel que había empezado.

—Estás diciendo una cosa horrible.

—No. Tú necesitas ser amada, tampoco te bastaría un amante...

Estrujó totalmente la hoja.

—Cállate.

Cogió otro pliego, empezó a doblarlo, la paloma cobraba vida nerviosa en sus manos, era la mejor de todas. Me quedé admirándole su habilidad para transformar una hoja de papel.

—Tampoco te bastaría un disgusto, necesitas muchos disgustos repartidos más o menos equitativamente.

—Y te ha tocado la peor parte.

—Toda máquina falla, la felicidad te cansaría.

Dudaba al decirlo, esa duda empujaba la convicción.

—Conmigo has tenido un poco de lo mejor, no te das cuenta porque en el fondo no crees en personas ni en cosas. Tal vez. yo me encuentre en las mismas.

Volvió a estrujar la figura de papel ya terminada.

—Esa palomita —dije— era uno de tus buenos momentos.

— Y lo destruí - concluyó, disgustada.

—La vida tiene la fragilidad del papel. —Y para rehacer lo olvidado:

—Llegarás lejos si pones en práctica la idea.

Comentó sin mayor ánimo:

—Soy elegante. Soy joven. Soy la más inteligente de la gallada...

Iba enumerando en los dedos sus condiciones, burlonamente./ casi triste. /

—Soy la que llegará lejos, a nadie podré encontrar

porque desaparecen desde tal distancia...

—Yo te encontraría.

—¿Te reconocería yo?

Con ademán diluido regresaba a la copa.

—¿Crees que el gato maúlla? —y sobaba su ronroneo en el rincón habitual—. No, el gato marrulla como este Marrullero.

O cambiaba careta.

—Aquí se acaba el gato —la remedaba, ella le estiraba la cola, lentamente.

—Los gatos nunca se acaban.

Yo pensaba en otras urgencias que nada significaban, o si el día permanecía a mi favor, en remosteces inaccesibles como escribir la más honda novela de amor, Claudia y yo de protagonistas. O caía en lo bobalicón, sería un borroso contador de cuentos infantiles y reuniría el auditorio, y todos los niños se llamarían Claudia y estarían atentos, y atento a su atención contaría lo más pueril, así caería en el descrédito.

“Este era un rey que tenía tres hijas, / las metió entre tres botijas, / y las tapó con pez...”.

Después la vana expectativa en el vano intento de todas las vanuras.

--“... ¿Quieren que se los cuente otra vez? / Este era, pues, un rey que tenía tres hijas...”

El cuento se mordía tontamente la cola y ellos se decepcionarían y Claudia pensaría mal de mí, ya no importaba:

infantilizar- nos era rehuir ser grandes para la caída.

¿O la salvación? Aquí, allá, cualquier sitio debería esconderla, importante buscarlo. Como cuando le daba por caminar sin objeto y arrimar a las vitrinas, o extraviarse en zonas de peligro donde miraba el trabajo de los soldadores, el de la costura mecánica en cueros para valijas y zapatos. O frente a los mecánicos de labor engrasada y los pintores de brocha gorda. Y las construcciones para una ciudad vertical, y los depósitos de café y cacao y h utas de trópico: piñas, cocos, guanábanas, aguacates, chirimoyas... O atisbaba el afán de mujeres de vida pasajera, los músculos de los cargadores desnudos cintura arriba, el imprevisto desfile militar o la manifestación obrera, el estruendo de buses y camiones de carga en sus establecimientos, indiferentes a palabras y a miradas golosas. O simplemente abstraída.

O ya conmigo, en los parques frente a los maromeros: un padre y sus dos hijos pequeños, flexibles y perdidos, hasta cantaban al final de su acto, jadeantes y agotados, dos canciones dedicadas a nosotros. Entonces yo daré la media vuelta, / y me iré con el sol cuando llegue la tarde....

Les daba un billete, ellos seguían su cantilena mientras nos retirábamos. El padre extendía su sombrero al honorable público...

—En mi casa había un loro —decía un gamín . Se llamaba Timoteo y pedía cacao.

—Yo tenía un miquito de Urabá - aumentaba el otro—. Se me subía al hombro y me miqueaba día y noche. Una tarde se largó p’al monte.

—¡Protégeme, Santo Cristo de la Noche! —clamaba alguien hacia un árbol oscuro.

—¡Recojo sueños perdidos! —pregonaba otro moviendo en el aire una jaula pequeña—. ¡Tengo un lugar para los sueños!

—Necesito un lugar de esos —dije a Claudia—. Mis sueños se han desperdigado.

Se sintió ofendida.

Tú eres el único sueño que me queda —le mentí, y seguimos andando entre los pregones.

-En el sueño me siento libre. Yo no dirijo mi sueño, algo lo hace funcionar para alegrarme o asustarme.

Los sueños salen huyendo, como pájaros.

Nosotros somos el espantapájaros.

Las bancas del parque eran rojas, le iban bien al color de sus i rajes, nos iban bien al ánimo esa noche: sabíamos que dentro de nosotros estaba contenta la noche. Una brisa movía las hojas, movía el cabello, movía la necesidad de estar libres. Después Íbamos a “El Venado de Oro”, donde a ratos la orquesta acertaba si sus cinco integrantes uniformados lograban ponerse de acuerdo.

Así un día y otro, por lunas menguantes o crecientes, de lunes a domingo, de soledad a compañía.

La mata de hojas anchas seguía creciendo, ya tapaba las manos del dibujo de Claudia. Algo tembló en mí, como si el dibujo lo fuera cubriendo.

El amor, entonces, era un pasar el rato, un abrir las

piernas y i errarlas pensando que con ello se descubría el mundo, abrirlas equivalía a caminar hacia la nada en estremecimientos sin avance, la posición horizontal de la caída.

Somos jinetes desesperados.

¿Y el descanso?

¡Espolea en los ijares, que nos alcanzan!

Pequeños y desgarrados remedos de la muerte, a donde confluía todo esfuerzo y toda vana pregunta. Quizás estábamos Inventando el amor, íbamos inventando la pena. Yo recordaba al pintor caído, su ropa descuidada, sus huesos flacos, sus botas mandes, sus ojos ardidos.

De esta manera les asistí a un Viernes Cultural: peludos, cada cual custodiando calidades de genio: Ni Dylan Thomas en sus mejores salidas, aunque varios disfrutaban endémicas o periódicas manías transexuales.

Al entrar vimos un hombre con barriga de no sé cuántos años, y que salía para perderse la fiesta: Un rostro de tantos, desprovisto de interés como un zaguán demasiado recorrido, como gruñido de perro que gruñe por protocolo. Pero le advertí una satisfecha semejanza con el sapo, me cayó simpático ese detalle y sonreí esperando que creara protocolariamente. Sólo dijo:

—¿Cómo están?

Silvio anudó lo que venía contando:

—Íbamos al restaurante, allí podíamos comer carne a la brasa o comernos a la que atendía, amor a la colombiana; y si el cliente era marica, podía comerse al portero.

—Cuidado con tus empujones.

Llegamos a casa de la judía: instinto de esconderse para ser buscada, de mostrar aquello que más se admira y acredita. Desde el jardín de entrada —con mangos, naranjales, enredaderas— se veían las luces de la ciudad, daban al valle y sus laderas una sensualidad anochecida. Regueros de automóviles por las avenidas, regueros de gentes buscando, buscándose, cuando se afanan por llegar o cuando su meta es cualquier esquina donde la brisa mueve bordes despegados en los afiches de las carteleras.

Escalas, fachada, portón vistoso, ornamentos, la dueña se parecería a sus cosas: Grabados del Mercado Común Artístico, antigüedades más o menos viejas (aseguraba tener un plato de Bernard de Polisay), y obvias repeticiones en cerámica y cartelería y mobiliario extravagante. En cuanto a muebles, los cambiaría frecuentemente: más que muebles, debería tener un equipaje.

Como me ocurre frecuentemente, no acerté en estas suposiciones.

—Magnífica la casa —elogié su lujo exagerado, donde Los Botero, Los Obregón, Los Grau, Los Negret resaltaban aquellos muros, bajos para el tamaño de tanto arte.

—Aficiones de mi primer marido —aclaró.

Cuando este se eliminó, ya no lo quería; pero como su muerte la libró de él y representó su bienestar económico, fue tomándole afecto a medida que él iba envejeciendo como epitafio; si no

I ii sombra de tu paso

Como una estrella,

la muerte

alumbrará nuestro camino.

—...Sí, vamos —regresé a ese momento con Silvio Velero, Claudia en la niebla. Lo dije porque él volvió:

—Raquel insistió en que te llevara.

Yo desconfiaba de sus simpatías.

—¡Esto hay que celebrarlo! —y pidió trago. Dio tres vueltas a su anillo, dio tres vueltas en derredor de sí mismas, imaginaba que estaba por orinar. No me equivocaba:

—Tengo lista mi novela, tenéte fino —avisó. Por lo que le conocía, debía tratarse de una obra porno erótica a base de un vanguardismo cascabelero; o a lo mejor lograra acertar, porque tenía capacidades, enredadas en esa baraúnda de ideas crudas, vanidad y desaliento para la disciplina.

—¿Necesitaste cesárea? O algo te sirvió de abortivo...

Trató de reír, falsamente. Aun no entiendo por qué me buscaba, sin contar la cercanía entre Claudia y yo.

—Vos siempre tan rural, te crees...

—No soy bueno, pero soy mejor que vos.

—Y eso no es ninguna gracia.

—Ninguna.

Me puso una mano en el hombro, el hombro no la extrañó.

—Deberíamos ser más amigos —convidó—, ¿No

estamos en las mismas vainas?

—No sé. ¿Qué hay de lo tuyo?

—Tengo ideas...

—Sin chicanear.

—...Las ideas me van saliendo por algún sitio de la cabeza como salen del avispero las avispas. Vos que sos montañero me entendés.

—¿Ideas venenosas? Demasiado ácido fórmico.

—Quiero decir...

—Como rústico puedo entenderte: ¡ya! tus ideas podrían curar el reumatismo.

—Aunque no te importa, en alguna forma todos seguimos el hilo de tu vida.

—Amaneciste muy original, ¿sabes?: con ese hilo mi madre arrancó el primer diente flojo a su primer nieto.

contrae otro matrimonio, hubiera acabado enamorándose del difunto, con retroactividad.

Arrimó el chofer. Edad: cincuenta años uniformados de azul; conducta: muy precavido, muy tieso en el recado que transmitía a la señora, también fue herencia del marido; físico: cara ancha, como si se le hubieran sentado contra la nariz cuando él estaba todavía fresco; señales particulares: culibajo y patisambo, constante tic de matar los ojos. La última frase, ancha y gruesa, pareció salir por la boca de una ballena trasnochada. Fue ancho el sonido de su voz:

—La llamará mañana, señora.

Raquel señaló el lugar donde algunos ya habían dibujado sus ingeniosidades.

—¿Por qué no me escribes algo en aquel muro?

A lado y lado del muro se ladeaban en sus soportes varias cerámicas precolombinas.

—¿No te enojarías?

—Tengo capacidad de perdón.

—¿Más que capacidad de ofensa?

—Te la cambio por tu capacidad de olvido.

—¿Y si se me olvidó olvidar?

Me entregó el marcador, que estampó con letras grandes una solemne chambonada ante la expectativa trivial de pocos asistentes:

PROHIBIDO ORINARSE EN LOS JARRONES

NO UTILICE COMO CENICEROS

LAS URNAS KA TIAS Y QUIMBA YAS. ES UN DEBER PA TRIOTICO.

Le agregué un dibujito que remedaba aquella fuente del niño en Bruselas, orinando. Raquel estiró los labios a las sonrisas de los miradores, fría como la imagen de un espejo en el Polo Norte.

Perdona, asunto de tragos.

Se escuchaba la voz de un poeta ya maduro, aficionado a la metafísica, recitando extemporáneamente a Paul Claudel en su

Discurso a Pétain: “Porque la humanidad seguirá comportándose como un enjambre de miserables insectos, atraídos invenciblemente por las llamas”.

Sacudió la melena, se acomodó las gafas y todo él se puso de perfil.

-Más cansón que tres en una hamaca —trató de humorizar. El Mulato de bluyines, manías de pintor y poeta, ojeándolo mientras ajustaba su bragueta al salir de un baño.

Raquel saludaba al grupo de amigos que acababan de llegar, v atendía presentaciones; dos de ^stos últimos querían conocerme, así se vio obligada a cumplir el protocolo. Me miró como si mirara un reloj cuando se hace larga la espera, sin paciencia: casi aparté los labios para sonarle la hora.

Hora de que Claudia estuviera con nosotros, de que estuviera conmigo, así fuera en aquel mal humor momentáneo porque nada salía bien o porque lo equivocado era una especie de predestinación.

No haces sino fumar. ¿Qué sacas haciendo humo?

—Saco humo. Lo fabrico espontáneamente.

-Mucha gracia.

—A nadie cobro por mis volutas.

O cuando inventaba pequeñas supersticiones y estaba alegre, por ejemplo, si el último fósforo coincidía con el último cigarrillo de la cajetilla. Su lengua hacía juego a su sonrisa mentirosera.

Estás como chupándote un secreto.

Que te quiero, ya no es secreto.

—¿Quién más lo sabe?

—Tú, y estas calles.

-Entonces moriré contento.

Después escuchábamos la canción para el recogimiento desolado o para el diálogo silencioso, frente a frente. En qué calles o noches, / en qué llanto inútil tu recuerdo. O nuestros boleros en "1.1 Venado de Oro”, esa música despaciosa, esas letras ingenuas y marcadoras. Bésame, bésame mucho, / como si fuera esta noche la última vez...

—La compuso Consuelo Velásquez a los quince años. Quince años llenos de amor.

—Esa canción la hice yo.

O cuando recuperábamos otros hilos:

¿Cuál es tu palabra de hoy?

—Gacela. Góndola. Golondrina. Girasol.

—Todas empiezan por ge.

—Guanábana también, es una palabra tetona.

—Seriedad.

—Glaudia. Glaudiola...

O cuando le inventaba preocupaciones, como si no las tuviéramos al lado. O en una manía de alejarlas.

—Nunca me lo perdonarán.

—¿Qué has hecho ahora?

—Maté a Dios. Nunca me lo perdonarán.

Ella fingía solidaridad en la hora mala:

—Declararé en tu favor.

—No hay salvación, el jurado es La Corte Celestial, de fiscal actúa el diablo.

—Nos iremos juntos.

—¿Con él?

—Con él nos vamos.

—Gracias, muchacha.

Pero le interfería con un a modo de remordimiento porque aquella figura de Pedro Escobar no se me borraba. Pedro Escobar y sus pinturas desesperadas, Pedro Escobar y su mirada tímida y audaz, Pedro Escobar y su figura escuálida, Pedro Escobar y sus manos anchas y sus botas grandes y su voz de ceniza.

—Hay asuntos que se olvidan como si nunca hubieran existido, el olvido es un borrón, ¡tas!, nada existió, vamos al Parque.

—No es tan fácil, Bernardo.

—La vida sigue y quedan los muertos, ya se defenderán sin compañía.

—Estás haciéndolo todo más difícil.

—Lo fácil es no saber.

—¿Qué querés de mí?

—Nada, Claudia, nada. Nunca lo entenderías —y sentía molestia. Molestia, un estado habitual en el hombre. Me moles-taban las toallas cafés y los ganchos en el cabello de las jóvenes y los sombreros bombín y los paraguas abiertos en las aceras apretujadas; me molesta el habla de los políticos y la cháchara de borrachos y presuntuosos y la mirada de los hipócritas y la verdad de los convencidos por herencia; me molesta la vida de los muertos, Pedro Escobar uno de esos muertos estorbosos.

En Claudia me molestaban sus silencios culpables y las frases que disculpaban esos silencios sin futuro.

Después de amarte y odiarte

y algo más, por lo que vi,

tan fatigado volví

que ya ni puedo olvidarte.

Pero no ya la copla. Toda una vida / me estaría contigo. / No me importa en qué forma, / ni dónde ni cómo, / pero junto a ti. El bolero derramaba un almíbar sentimentalón, y bebíamos su miel al tararearlo, al bailarlo, al escucharlo quietamente: la vida podía ser también música fácil y a su compás las horas dirían su fatiga y su entusiasmo, resbaladizas contra la enemistad de la corriente.

Aunque a veces mirábamos oscuros los días, negros como la lengua de una guacamaya vecina y con su pico negro para taladrar la blanda madera de que estábamos formados. Sabíamos cómo debía haber una víctima, era necesario matar al oso para el abrigo en invierno, y para yo tener mi ruana de lana

cruda se requería quitársela a la oveja.

—¿O no?

Pero sé que cuando ella llegaba la vida trataba de ser amable, de su cuerpo se desprendía una especie de temperatura que llenaba el ambiente, que la desbordaba sin proponérselo; con ella uno podría salvarse. Si estábamos en paz, los edificios se humanizaban, sonreía la gente, y el sol y el viento se sentían en los árboles como en su propia casa: tranquilos y juguetones. Y las noches nos invitaban en su aire acogedor, al aire de las calles o en la fiebre de un cabaret.

Tú me acostumbraste / a todas esas cosas, / y tú me enseñaste / que son maravillosas —regresaba el bolero en su cálido son, lento para el ensueño, lento para el amor de medianoche. Y al terminar:

—Te noto preocupado.

—Estoy más acorralado que un barco en una botella.

—Pero yo voy en ese barco, ¿o sí?

Pensé en un naufragio sin río, sin océano, y le retuve las manos libias; algo en el corazón se puso tibio. La sentí débil, por un momento la borré con altanería derrotada, al saber que siempre ganan los débiles.

Porque la vi fatigada, y su fatiga parecía mermarle estatura.

—No puedo más —dijo, y la frase acabó de achicarla. Se transfirió en la pregunta:

—¿Estás cansado?

—Sí, quedé cansado después de esa gran pelea.

—¿Cuál pelea?

—En fiera y desigual batalla maté a Morolt el Gigante, no me odies por eso.

—¿Estás cansando de mí?

—Soy Tristán de Leonís, el siempre acongojado.

Pero salíamos, y en La Playa un viento fuerte nos aclaró las caras y formó una polvareda en remolino, luego alborotó hojas de plantas bajas, después las faldas de las muchachas, y al fin subió por sacudir las ramas de los árboles. Dos o tres pájaros volaron como si fueran hojas.

—Todo está bien.

Viento retozón en las calles, palomas en los capiteles, nubes sobre las cúpulas, en la mirada se metían retazos de un azul imposible, aquellos paisajes que un día soñamos.

Los días marcaban su ritmo, y pensaba que la presencia de Claudia hizo bien a cada una de mis horas; y que si algunas de ellas sabían perturbar, también supieron estar presentes en las noches del júbilo.

CAPITULO IX

Contra el mal de haber querido me dijeron que olvidara; . hoy digo al que aconsejara que mi mal es el olvido.

—¿Por qué está ella aquí? ¿Quién es?

—María Victoria, no la invité yo.

—¿Dónde la conociste?

—En un catre.

—¡Es el colmo! ¿Cómo vino?

—En su automóvil, o caminando.

—¿Caminando? Ella no camina, ella se menea.

—Entonces vendría meneándose.

—Sí, meneándose... ¿Cómo hace una persona para ir por las calles como si estuviera en la cama?

—Lo llaman sexy.

—¡Es una perdida!

—Era, porque ya la encontré.

Así, perdiéndonos en mínimas cosas que tomaban importancia si nos fijábamos en ellas. O en vórtices oscuros, en laberintos que inventaban las horas. O en tantas naderías indispensables.

—¿Y qué hay por el cielo?

—Te mandan a decir que bajes a la tierra.

Bueno, seguía el Viernes Cultural, y a oír aquellos asuntos espasmódicos que amenazaban estallar en cada párrafo: estilos aerofágicos y flatulantes; poemitas de eyaculación prematura o imitaciones de Antonin Artaud, Kavafis o Sylvia Plath. Como la gelatina, iban cogiendo la forma del molde donde se vaciaban. Y encima culpaban al buen lenguaje por falta de creatividad y sostenían que en lenguaje descuidado o escribiendo deliberadamente mal, se acercaban a la creación.

Esporádicos encuentros con Silvio Velero y sus alegres muchachos, diálogos en que se volvía abrazo la ofensa, copas sonadoras, cháchara intermitente.

—Toman la sartén por las hojas, para confundir dos refranes.

—Mi vida se volvió un invento de tu odio.

—Van a sobrevivir en la misma cantidad en que yo los deteste.

—"La literatura es el lenguaje cargado de significado" —Ezra Pound.

—Hay errores ilustres nacidos de muertos con talento, y en esos errores los tontos se extasían y documentan.

—La historia se repite.

Cada día es eco del anterior, cada siglo copia el precedente, y cada hombre corrobora a sus antecesores. Unos hechos nacen de otros hechos, y lo aparentemente nuevo no pasa de ser ligera acomodación para estatuir lo desde hace

milenios estatuido.

—¿O no?

Se nace, se ama, se odia, se lucha, se procrea, se recuerda, se muere. Se nace, se ama, se odia, se lucha, se procrea, se recuerda, se muere. Se nace, se ama... Todo como eco de todo, copias en papel carbón.

—Pero...

También el pero se repite. Pero...

Seguía pensando en Claudia, cerca estaría revisando su maletín azul claro, lo que imprimía cansancio a su postura, como si en él cargara todo el peso, a riesgo de su mano.

Las letras sólo dicen boberías personales frente a tantos estrépitos de guerra y catástrofes en este final de siglo. Aun en su agonía, el hombre recrudece pequeñas heridas del amor. Además, hay cierta sensualidad en prolongar las cosas.

- ¿O sí?

Continuemos. Caer puede ser un gran destino, y algunos de ellos intentaban hundirse más cada día, hasta el dolor; porque también llegaban al dolor, ellos, pero insistían en el vicio no por un sentimiento del mal sino porque estaba prohibido y se había puesto de moda: superficiales hasta en el hundimiento, así diría si buscara venganza.

—¿Nacer? El hombre no nace el hombre cae en una celda.

Y sus iconoclastias. Hicieron del chisme un mérito literario y artístico. El escritor o el artista con tema auténtico era para ellos “rural” y “folclórico” o “agropecuario” el que tratara de crear sobre su propio barro, parecían haber nacido sin

antecedentes; no podían entender el paisaje, rota ya la comunicación con las cosas esenciales. “¿De qué sirven las estrellas y los árboles y el amanecer si no entran en nuestras vidas cotidianas?”, dice un personaje femenino de E. M. Forster.

Oyéndolos descubrí también que lo único en que los pequeños pueden ser grandes es en el odio y la envidia; pero si en algunos jóvenes de auténtica rebeldía la violencia nació como una forma de la desesperanza, para el resto esa violencia equivalía a otro desplante de resentido. Pocos se salían de este molde estrecho.

Lo pensaba mientras atestiguaba aquel Viernes Cultural, hasta que apareció otro de cara retardada, poesía con pañalitis y metáforas rociadas con talco Johnson, y autointerrupciones que debió creer despampanantes a juzgar por la humildad rebuscada con que las decía.

/—La nada, un vacío que yo ocupo; es decir, un vacío entre otro.

—¡Jálele por ahí, mi negra!

—¿Qué es la nada?

—Un chorizo sin forro —dijo el hijo del carnicero y que habría oído anécdotas de Efe Gómez.

—Un círculo sin circunferencia —dijo el aprendiz de matemático.

Un ojal sin botón —dijo el hermano del sastre.

—Un huevo sin yemas, sin clara, sin cáscara —dijo el más engallecido, sobrino del criador de gallinas.

—La nada es palabra vacía —concluyó Silvio Velero—.

Yo apenas leí Pantagrúa y Gargantuel.

Apuntes forzados de traba mediocre. Versolibristas o rimadores, asustadores de oficio —diría mi enojo—, inocentes que creían tener adentro el demonio, demonio que no pasaba de un temeroso remordimiento.

—Debió ser paciente El Rubicundo Apolo para convivir con las señoras musas.

—Vivían en El Parnaso, o en Cerroetusa. Parnaso, Helicón, El Pindó... Eran hermosas, no cabe duda, putas y sensuales.

Fue una Nadatlón para alcanzar la palabra con el mínimo pretexto, o con el de La Bienal, de la que todos dependían y que les hacía probar sus informaciones.

—En varias obras observo un regreso al Arte déco, que a su vez es otro regreso al Art Nouveau y consecuencias, que sigue regresando hasta encontrar la nada.

—Me interesa. ¿Qué has sabido últimamente de La Nada?

—Nada de nuevo.

—¿No sos nadaístas?

—Nada de eso.

Velero habló de La Nada como de la tienda de la esquina, como de una vecina sobre quién debe hacerse un chiste de doble fondo. Hasta le hincó el diente a Sartre, aunque su no ser me pareció un simple olvido, una laguna en su trasnocho alcohólico; ese no ser equivalía a un estar ahí, agüevado.

Y los eternos diálogos ajenos e invasores:

—Me gustaron unos juguetes de luz, que sonaban.

—Arte sonolumininocinético.

Porque La Bienal recién inaugurada, como las anteriores, había puesto de moda lo artístico, hasta en los buses de escalera se oían expresiones trilladas por los medios de comunicación.

—El arte comestible me abre el apetito.

—Interesante esa vaina del Arte Cinético.

—Me llamó la atención la esculto-pintura.

—En cuanto a Los Geometrismos...

Intenté huir a Balandú, su iglesia y su plaza y sus calles y sus casas de balcón, como si él autónomamente hubiera subido hasta detenerse por cansancio recuperador; me provocaba firmarlo y enviárselo a una novia lejana.

Balandú... Cuando se iba la luz, en las noches oscuras los relámpagos alcanzaban a alumbrar un duende que se balanceaba colgado de un badajo de la campana mayor. Sonaba el bronce unas pocas veces al columpiarse, el duende desaparecía. En una esquina

I parque, Asdrúbal dirigía a la torre su ojo torcido.

¿Por qué no participas?

Creo que no estoy aquí.

Difícil salir sin que pareciera ostentosa la salida, difícil quedarse. Entonces me refugié en Claudia y sus pequeños

momentos, cuando regresaba.

- ¿Qué palabra te gusta hoy?

-No sé. Tal vez algunos nombres de calles y sitios de Medellín. Calibío, Juanambú, Nutíbara, Balcón de la Serranía...

—¿Otras?

Almendra, espliego. Y paloma y fuego y ceniza y espuma. O heredad, recuerda a mis padres, a mis abuelos, gente apegada a su querencia. Me gusta la palabra palabra.

Cada vocablo andador nos llevaba a su apartamento.

Esto lo llenó el olvido -pensé que había dicho señalando los rincones.

Hay que fumigar el olvido —dije con habitual mal gusto y remedando los tejemanejes de un fumigador, al conjuro:

-Retírate, Olvido, que todo sea claro otra vez.

Ella observaba esas maniobras, recostada contra la pared, entretenida.

—¿Te fijas?

-Me estoy fijando.

—Ya se ve claro: en este rincón nos amamos la primera vez.

—La primera vez no fue aquí.

—Entonces la segunda.

-Hubo muchas segundas.

-Pues que no haya últimas.

—Aquella tarde yo tenía fiebre.

—Y me la contagiaste, el amor necesita sus temblores.

Y fumigando echamos el olvido: del sofá, de las repisas, de las poltronas, del cielo-raso, de los rincones, de las cortinas, de puertas y ventanas, y volvió eso de querernos como en los días mejores. Así, recuerdos nuevos reemplazaron los recuerdos cansados, y el amor sollozaba su contentura.

Porque no ya sólo en su apartamento o en el mío: nos amábamos en cualquier sitio: en un automóvil, bajo un árbol, contra un muro, en un zaguán, sobre una escalera o un sillón, contra el suelo, en un escritorio, en una hamaca, en una bañera, bajo la ducha, entre las olas, sobre la arena, en el sótano más hondo, en la más alta terraza, al viento y al sol, bajo un cielo azul o con brava tempestad Alguna vez nos sorprendió un terremoto, fue más acelerado el ritmo total de nuestros cuerpos.

—Larga historia, ¿no?

—Bonita y larga.

Pero eran muchas las horas en que pasábamos sin desearnos con sangre y piel, cuando charlábamos para saber alegremente que estábamos vivos y que eso era lo importante de cada día. Buen humor, sencillez absoluta en cada acto, diálogos desprevenidos, sonrisa fácil para saludar el sol o la sombra, el deseo activo de vivi i en paz.

—Todo podría ser tan claro.

—Fumiguemos también la oscuridad.

—¿Me ayudas?

—Siempre.

Fuera, Oscuridad. ¡Andando, que te agarra la noche!

Un celador cruzó por la acera con su radio encendido; cuando oímos al pequeño transistor la palabra alangilán, miramos al cielo.

—Sí, parece el nombre de un pájaro grande.

—¿Y qué es?

—Una planta aromática de Filipinas. Bebería debería producir alucinaciones.

—Va volando, viene volando el pajarón.

El venga-y-vaya de los días, el tejemaneje de las conversaciones...

Claudia cumplía dieciocho años. Nadie se los celebraría, andaba de disgusto con sus familiares. Afanosamente obtuve una torta en El Astor y dieciocho masapanes de color; de vuelta conseguí dieciocho velitas que sabían prenderse y apagarse, y manzanas y racimos de uvas. Sentí ese escozor de lo cursi en películas bobaliconas, entendí que la vida es amiga de lo torpemente sentimental.

En el apartamento coloqué bombas también de colores, y unas serpentinas que partían de la mata de hojas anchas e impedían el paso. Colgué de la lámpara del comedor dos cometas que encontré encima de un escaparate, puse al reloj un sombrero de papel de seda azul para que se guareciera del tiempo, y colgandejos en los muros, y en la mesa central dieciocho rosas rojas.

—Las mejores —advertí a la vendedora de flores de la calle Junín, ella sonrió porque me sabía enamorado. Encendí

las luces alternas del arbolito de navidad que había traído de Ziruma, llené un pliego con el rostro de Claudia, le puse al pie una vela grande en su candelero, la prendí y salí por ella, ridículo y contento: las calles eran una celebración de la vida, toda la ciudad cumplía dieciocho años.

Al entrar miró despaciosamente sin variar de expresión, y se sentó en el sitio habitual, lentos los ojos al recorrer objetos y ambiente. Destapé una botella de brandy que Guillermo Angulo un había traído de Francia, llené las copas.

No irás a llorar ahora.

Gracias —dijo al recibir la suya, y fue larga y lenta esa bebida, sin palabras. Hasta que puse nuestra canción.

Levantándose como si despertara, anudó sus brazos en mi cuello, la humedad le abrillantaba los ojos.

Lo demás fue encender velas y partir el bizcocho y beber y cantar un canto de ceremonia.

¡Dieciocho! —y se tocó las mejillas, el buen humor las arrebolaba, se me arrimó para el baile lento.

Tengo dieciocho años, vos treinta y seis —calculó coquetamente sobando mi barba de dos días—. ¿No es mucha diferencia?

Depende: Hoy tengo el doble de tu edad; dentro de ocho unos tendré mucho menos del doble, y sígale... Cuando cumpla ciento cincuenta y tres, vos cumplirás ciento treinta y uno, ¿es mucha la diferencia?

Te estoy entregando mi juventud —reiteró.

—¿Apenas? Yo te estoy entregando la vida.

Destapó su risa, y en ella:

\ —Te quiero.

—Pues afánate para alcanzar mis treinta y seis años.

—Te quiero mucho.

En esos días las nubes eran algodón de azúcar, o las huellas que dejara en el cielo el vuelo de las palomas; era mentira la mentira y todo podía tener transparencia de mirada de niño.

—¡Eso es caminar! —la piropeó un camaján detallándola—. Lo demás es dañar piso.

Y el otro, ordinario:

—Yo con una mamá así, no volvería a salir a la calle.

Abarqué la cintura de Claudia, blandamente. Según avanzábamos olía a rodajas de piña, a tajadas de mango, a flores cortadas, a ropa de estreno, a tasajos de carne sobre carbones en el Parque

Bolívar, a críspelas de maíz. Y a gente que andaba de compras o vagaba después del trabajo, o vagaba sin trabajo alguno. Regó a su lado unas críspelas, le gustaba alimentar a las palomas. Cuando ya no me quieras / no me finjas cariño —entonaba un dúo perdido.

—¿En qué estás pensando?

—En que es lindo el sol de la tarde.

—¿En qué más?

—Que esto de quererte es lo mejor que me sigue sucediendo. “Ayer” y “mañana” son invento de gente sin

oficio.

—Deseo temblar.

—Esta noche temblarás con más razones.

Claudia se ruborizó, no frecuente en ella, los pregones de la ciudad detrás de nuestros pasos. En mi cuarto seguía girando el mapamundi y sonando el reloj sus horas disipadas, y penalum- brando la bomba verdeazul Allí enmarcado mi apunte a lápiz y el desnudo de Claudia, donde Pedro Escobar se acababa de fugar completamente. Y la mata de hojas anchas creciendo hacia arriba, cubridora paulatina de todos los rasgos, el olvido acechaba.

Con este amor que has herido

sólo he dado torpes quejas;

pero este amor, si lo dejas, puede dar un gran olvido.

—Anoche soñé con un tigre —disimulé.

—Lindos los tigres.

—El tigre me mató.

—¿Y no te defendiste?

—Simplemente adapté mi garganta al mordisco.

Algo la impresionó, dijo por asociación de animales:

—¿Qué habrá de Marrullero^

- Pobre tigrillo domesticado. Ya llegará a tu falda, así acabamos todos.

—¿Quiénes son todos?

—No te enojes, el amor es un animal domesticado.

—¡Cállate!

Yo dibujaba un tigre en la servilleta de papel, turnaba vaso y bolígrafo.

—A veces muerden los animales que dibujo.

Claudia puso una mano en otra mía, era blanda y tibia su garra.

Perdóname, Claudia.

¿Qué?

Lo que estoy pensando.

1 al vez fue un llanto lo que diluía el maquillaje. Sus párpados y MIS pestañas también estaban tristes.

Lo mismo, Libardo.

Y después las calles, pasos lentos de acera a acera, controvertidas nuestras sombras en los muros, en el pavimento, en otros muros, en nada.

Estoy contenta —improvisaba. No había qué hablarlo, se respiraba como el aroma del café recién molido.

Todo el mundo debería reconciliarse.

Establezcamos El Día Universal del Olvido. El Día Universal d< l Perdón.

Saber, tal vez, que no hay nada que perdonar.

Adorable es otra palabra devaluada. La dicta mi invocación de i lla, manera de nombrarme al nombrarla para

que las cosas se hagan menos oscuras.

¿Vamos?

Vodka en jugo de naranja, ginebra en jugo de lima, un Martini y su rodaja de limón en los aburrimientos, el piano del negro que tocaba nuestra canción —nuestras canciones— si nos veía entrar a "EI Venado de Oro”, y los boleros de Agustín Lara y Rafael Hernández, y la semioscuridad para el baile en una pista confidencial.

Aquella noche le di a Claudia un reloj que marcara el tiempo nuestro, hay interés personal en todo regalo. La empleada de la joyería, con sonrisa llena de dientes perfectos, puso al estuche una cinta de seda verde con ribetes dorados. Hasta el sábado siguiente, Marrullero tuvo en su cuello esa cinta, con un moño que le hizo Claudia para su sonrisa y la mía. El gato se veía un poco maricón.

—También guardo la cinta de Marrullero —nos dijo Libardo el día lunes cuando vimos vacío el cuello del pequeño animal—. Él no lo entendería...

Y al salir:

Me gusta la palabra cinta —habló ella—. ¿Qué palabra te gusta hoy?

Manzana. —Miraba su boca—. Mordisco.

—Es palabra peligrosa.

—La palabra Claudia me gusta. ¿Peligrosa también?

—Y algo más.

—Hoy quiero el peligro.

CAPITULO X

Colgamos del corazón

el odio y el buen querer:

nunca dejamos de hacer

cartelitos de cartón.

—¡Se me quemó el pan!

—Me gusta el pan dorado por ti.

—Se me quemó el pastel.

—Se te doró.

—Está quemado, ¡soy un desastre!

—Me gusta el pastel Desastre, ahí veo tu estilo.

—¡Estilo!, no te burlés.

Desánimo, comida ligera, el vino.

—¡Se te quemó todo! —la remedaba en el ardor bajo las sábanas, en el suelo, en la cama, en la alfombra con punto negro de una colilla. Ella reía y se movía como quien se está quemando.

—Es mi estilo... —y se quejaba.

En la cocina ciertos fines de semana, entre la familiaridad del ajo y la cebolla, entre un montón de zanahorias y remolachas, rábanos y coliflores, yerbas y tomates, ensayaba fórmulas basada en un libro de la abuela, con resultados idénticos:

—¡El masato que salió! Sí, soy un desastre. Pero me han salido bien algunos ensayos, ¿no?

—Te quedan muy bien mal hechos, madame Savarin.

—Salgamos, pues.

Ya éramos familiares para el fotógrafo de caja y lienzos negros, para el vendedor de helados, para el dueño de los periquitos de la buena suerte.

—A ver, periquito, escoge una tarjeta a esta linda joven —decía el dueño con sonrisa desdentada—. A ver, decí qué le ocurrirá el día de hoy.

El periquito verde entregaba la boleta, Claudia se timidizaba cuando la leía en los andenes del parque.

—¿Qué dice el papelito?

—Que te quiero mucho.

—Muéstramelo.

—Mejor que no guardes el secreto —entre leí sobre un hombro.

—Qué tontería, ¿no? —dijo, sobaba la corteza de un gualanday, esperaba.

—Mejor que no lo guardes.

—¿Qué asunto? —dijo mientras nos sentábamos en una banca frente a la estatua.

—El secreto.

—Yo soy una idiota sin secretos.

—Ocultas algo. Tenés una mina escondida.

—Sos inaguantable.

—Las cosas podrían ser tan claras...

—¿O nos lleva el diablo?

—No estaría mal, el diablo mantiene unida a su clientela.

—Déjalo quieto.

— Y lo juro aquí entre nos / por San Pedro y por San Pablo / que nos va a llevar el diablo: / ¡Qué tal si nos lleva Dios!

No sabía si celebrarme o regañar.

—Seriedad: artículo descontinuado —dijo.

—Para tipos serios, San Hilarión —informé desacordemente.

—¿Quién era San Hilarión?

—Colega mío.

Dibujé sobre mi cabeza una aureola.

¿Sabés que San Hilarión, a punto de exorcismos, logró < K pulsar de su camello un demonio que lo tenía fregado?

¿A quién?

Al camello, como que ese animal no era católico.

¿De dónde sacas tantas bobadas?

- Del Almanaque Bristol, soy un gran lector. Y de aquí señalé la frente—. Soy un genio descontinuado.

—Apura.

Aquella noche me fui más temprano que de costumbre. Pero a la tarde siguiente le llevé a “La Urna” un diccionario de nombres con todas las horoscopadas del mundo. Ella celebraba al leer los Elementos benéficos del nombre’, visible el capítulo

referente a Claudia.

—“Joya que hay que llevar: anillo de oro con turquesa”.

Extendió su mano, comentó antes de seguir:

—Es lindo este que me trajiste de España.

—Recorrí toda Europa y parte de la luna buscándotelo. Al fin se lo robé a una gitanilla.

—“Perfume ideal”: Cuero de Rusia.

—Fea esa palabra cuero. Digamos: Piel de Rusia.

—Está bien, profesor.

Levantaba la vista, volvía al libraco:

—“Flor favorable: alhelí. Planta benéfica: Íride”.

Repetía la palabra sin pronunciarla, tratando de recordar un viejo cuento.

—¿Qué es íride?

—Una flor iridiscente, me huele mal ahora... Digamos que es La Flor de Lilolá.

—¿Y esa?

—¿Lilolá? La más extraordinaria de todas. Florece en las leyendas y en algunos sueños.

—“...Metal correspondiente: Estaño”.

—Reducido a hojas sirve para fabricar espejos. Quienes se asomen en ellos se vuelven maleables.

—“Piedra protectora: Zafiro”.

—Cuando la tierra se vuelve cielo distante.

—Días propicios: Jueves... ¿Qué día es hoy, Bernardo?

—Toda la vida es jueves.

—“Días no propicios: martes”.

—Borrémoslo de la semana.

—¿Con qué lo reemplazamos?

—Fundaremos el Lunes Segundo. Uranes, por ejemplo. Ya inventaremos otro.

—“Días favorables para las relaciones sentimentales: 24 de agosto, 25 de octubre, 20 de febrero y 21 de abril” ... ¿A cómo estamos?

—A 24 de agosto, 25 de octubre, 20 de febrero y 21 de abril.

Claudia se mostraba como un niño en La Ciudad de Hierro. Seguía su lectura sermoneante, iba agachando contra la palma de su mano disponible cada uno de sus dedos a medida que contaba.

—“Números favorables: 5, 9, 28, 32, 37, 42 y 46. Colores que atraen la protección del destino y la felicidad: Violeta claro”.

Todo el cielo parecía un violeta suave para el amor. Por eso no seguimos leyendo aquella tarde.

Ahora...

Tal vez alguien notó mi sonrisa cuando volví a la realidad por tanto runruneo. Los vecinos de recital ponían ademanes, gestos, miradas, giros de cuello y alma, con ganas

de ser locos o, cuando menos, tener siquiatra de cabecera. Ya tenían afiladores propios:

—¿La vieron entrar?

—Claro, se ha dañado bastante.

De joven era bonita, pero muy distraída: una tarde dejó olvidada su virginidad en la cama de un desconocido.

Mi vida fue dulce, podría pensarlo, aunque mi mujer se encargó de ponerle el vinagre.

Dios inventó el mundo.

- Pero le robaron la primera patente, y el mundo se quedó en ensayo.

Por ahí circulaba un señor que no acababa de encontrarse, como caído de un planeta no descubierto, sonriendo a nada y por nada, haciendo reverencias hasta a los sillones; se inclinaba al saludar, al escuchar, al frustrar su despedida... Imaginé que al fin se erguiría difícilmente de su lecho, inclinaría la cabeza tres veces y moriría del todo.

- ¿Estamos preocupados por la tardanza de Claudia?

Me molesto esa pluralidad —¿ficticia?— de Silvio Velero. Aprobé bobamente y respiré hondo para repetir en mí la invocación de nuestros indios del Sur:

“Luna nueva, tú, que la añoranza de los seres queridos provocas, oprímele el corazón y haz que regrese a mí con amor”.

En esas llegó un conjunto de muchachas que habían desfilado al empezar la noche: previa a la inauguración de La Bienal hubo una presentación del traje, con diseños de artistas

participantes, donde la originalidad se peleaba con la extravagancia y la frivolidad con cierta búsqueda ingeniosa.

La piel sigue siendo el mejor traje, el más descomplicado y pino. Los primitivos cubrieron su desnudez con otras pieles atesadas del tigre, calurosas del antílope y el oso, ademadoras o rechazantes. Pero seguían dueños de su propia piel, vestido eterno por sensual e intransferible.

Se usó como defensa ante las reacciones del tiempo, como disfraz ante el peligro, como hábito en el ritual religioso, como implemento del teatro y la danza, como sello en las solemnidades. Y al resaltar la presencia fue instrumento de coquetería en ese instinto sin nombre que es el deseo de agradar. Ligereza en los vientos de verano, recato en claroscuro para los fríos de infierno, el traje para el amor y el traje para la despedida: así nos convertimos i n seres desnudos hechos para llevar un vestido; y así el bien llegaría a ser un ropaje severo que cubriría el mal, esa atractiva desnudez.

Y aunque se lleva deportivamente descuidado o en ejercicio de la más rigurosa etiqueta, el desnudo seguirá siendo la ausencia de traje, y el traje su perfecta insinuación. Porque el vestido no puede ser algo que disimula con vergüenza sino algo que insinúa las formas halladas en una elaborada superación de los siglos. Así se llegó a lo irrepetible, el cuerpo de la mujer.

Entonces vino la afirmación de lo sensual, cuando lo sensual es sensibilidad inteligente ante lo que perdura: el brillo de unos ojos, la oculta serenidad de una frente, el vello en las nucas jóvenes, la curva del seno en su vitalidad, y la del hombro que se desgonza con discreta audacia a la invitación de la mano. Sensualidad de la ^pierna y el pie, desde donde lo femenino empieza a erguirse como descanso y compensación

en el camino del hombre.

En esa fiesta de vuelos y pliegues los artistas resaltaban el arte del desnudo, creado mucho antes de que ellos existieran, en la i espiración tranquila, amiga del sueño y el descanso, o en el frenesí de la danza y la música invitadora a la danza. En la amorosa fatiga del cuerpo después de haber amado, y en la espera silenciosa de lo* que esperan amar.

Escultores y pintores efectuaron aquella fiesta, esa recuperación de la alegría y la libertad. Y del arte, porque también el arte sigue siendo el juego supremo del hombre, en que todo se lo endosa para hacer menos transitorio su paso, más contento y dadivoso, Hasta que en la hora esencial los ojos cansados puedan, todavía, contemplar la sensualidad de la muerte.

Muerte, vida, posible sobrevivencia, los torpes actos de cada día, eran nuestros los días en aquellos años.

—Sí, ya voy, estoy pensando un cuento.

—¿Más?

—Figúrate que una potente empresa cinematográfica solicita por radio, prensa y televisión un actor nuevo para representar a Drácula... El mismo Conde acude para desempeñar el papel... Lo escogen, y se enamora de la protagonista con quien actúa. En el momento culminante hunde de verdad sus colmillos en el hermoso cuello.

—Vamos a llegar tarde.

—¿Llegar tarde equivaldrá a ser retardado?

—Salgamos ya.

—¿Y mi cuento?

—Vamos.

Y salíamos para tantas cosas, un concierto, el Tout Medellín en éxtasis deliberado. Claudia también.

—Están tocando a Hayden.

—Yo te toco a vos.

—¿Cómo te pareció el concierto?

—Debió ser maravilloso: me despertaron los aplausos.

Y comentaba lo mal educado que me pareció el de la varita en traje de etiqueta, durante toda la función estuvo dándole la espalda al honorable público.

—No tenés remedio.

Me disculpaba reiterándole que yo era un hombre culto, pues leía meticulosamente el Almanaque Bristol, El Tangón y la cartelera cinematográfica.

O cumplíamos con una fiesta de amigos, un coctel, una exposición, una obra teatral, una partida de fútbol, una corrida, la desbandada... Y en el camino el grupo estudiantil en huelga, sus letanías fatigantes y esperanzadoras, tirando piedra y corriendo.

Una negra vieja miraba a los policías o soldados con sus escudos protectores, miraba a los estudiantes en estampida, repetía el grito:

No corran, desgraciados, ¡la revolución no se gana i oí riendo!

Y ante el reniego de alguien que cubría con su

pañuelo ensangrentado una pequeña herida en la frente:

Aunque chorree la sangre... ¿correr?: ¡ni pa tomar impulso!

Mirando y escuchando pasábamos parte del tiempo: sin embargo, ya el tiempo lo ocupaba Claudia en la idea de su pequeña industria. Adquirió escuadras, mesas, sillas, taburetes, triángulos, li/as, carretes de hilo, metros, tijeras, telas, reglas, máquinas de coser y bordar... Parecía un niño en navidad al mostrármelas.

Será el comienzo, ¿no?

Pensemos en un nombre.

¿Para qué?

—Para tu fábrica. C. C. = Confecciones Claudia.

—Ni riesgos.

Vimos algunos locales, escogió el que tenía buena vista a la ciudad. Raquel también creyó y propuso hacerse socia, fue quien más le colaboró en aquellos días, ahí echaba puntadas a Claudia en mi contra.

¿Qué vas a esperar de un escritor en este medio? —recalcaba Si es que sirve como escritor...

Pues según lo desordenado y equivocado en la vida, yo no pasaba de tener cabeza de fósforo.

-Sigamos con la pequeña industria —respondía Claudia—, lo mío me lo dejas quieto.

Y más tarde:

—¿Sabes qué, muchacha? —le decía yo, intranquilo.

Nos mantenemos tensos, así no sabe uno cómo es el amor.

—El amor es cuadrado.

Nadie ha podido cuadrarlo.

—Es lineal, entonces.

Se tira de cada punta, y ¡pum!, revienta.

—El amor es...

—El amor no es...

Quería conocerlo en su catadura verdadera, satisfechos ya los ocios de la carne, cuando al amor le queda como refugio la ternura y algo así como un sereno afán de no llegar a las cosas.

—Sería importante que el amor no pidiera nada, que nada esperara. Entonces sería El Amor.

—Y que no existiera.

—Que existiera, pero no con urgencia de simple revolcamiento.

Aquella vez Claudia y yo volvimos al Circo en función de las tres de la tarde. Era un buen circo, y las señoras estaban encantada* con sus niños gozadores, con los maromeros, con los enanos.

A la salida, mientras ella revisaba facturas de su industria de confecciones, escribí mis tonterías sobre el Circo.

LOS ENANOS

Un seno honrado produjo a veces

malvado fruto. — Shakespeare.

Niños, vayan a jugar.

Las señoras continuaban entretenidas sin mirar a los niños que I retozaban en el prado y se aventuraban rastrojo adentro.

—Tan contentos desde que fueron al circo la semana pasada, ya ni dan guerra... Aquí no más levantó carpa ese circo.

Felices las mamas repasando el vecindario con chismes risoteados entre puntada y puntada —jugaban cartas, basteaban peque-] ñas faldas, bordaban manteles, tejían dramones , mientras niñas i y niños gritaban, elevaban cometas, jugaban escondidijo tras las piedras, entre los árboles, en el rastrojo.

—Me gustan los enanos del circo —decía una niña, coqueta su I sonrisa entre el rosa voluptuoso de sus diez años, videntes en los j ojos y en la sinuosidad de su boca.

Nos hicimos amigas de los enanos, toldaban por aquí —añadía otra sacando de su carterita un espejo para su mirada saltarina.

Hay uno más amigo de nosotros —intervino un pecoso ligeramente amanerado, como quien se posesiona de un juguete—. Nos dio maromeritos de madera, de los que saltan en el trapecio.

Vayan a jugar, no interrumpan a las mamás —decía una señora pendiente de otra, mofletuda y altoparlante. Los oídos del grupo de mujeres parecían mirar, más que oír. Los ojos escuchaban las palabras infladas de la mamá papanduja y alegre. Al fondo se oían gritos asustados, carreras, pujidos, risas, llantos tenues, silencios.

Deben estar jugando al circo.

Cuando vuelva el circo volveremos a llevarlos.

Al ver desarmar aquellas carpas, los niños quedaron como abandonados. Amanecían de ojeras las niñas, los niños igualmente ojerosos.

¡Un año es mucho tiempo! —braveaban.

Hasta que las madres empezaron a notar amaneramientos de vanguardia en los pequeños, y senos sobre vientres que se iban hinchando.

No volvieron a salir las señoras al comienzo de la falda en las i olmas, donde acampara el circo; no volvieron a sacar a sus hijos, Las conversaciones se hicieron secretas y oteantes.

Creíamos que todos eran niños.

Por la estatura. Pero había dos enanos...

¡Ese maldito circo!

Escucharon ellas, escucharon los niños, se reunieron ojerosos y esperantes a planear la próxima temporada.

El año entrante tendremos nuestro propio circo —dijo una, como si cantara a sus muñecas una canción de cuna. Así los niños amanerados y las niñas madres resolvieron su futuro. El de algunos años, por lo menos.

—Malo y cruel —acertó Claudia al desechar mi literatura de ocasión.

Perdonó, la próxima vez escribiré Hamlet.

Pero sigo con algunos incidentes de aquella reunión.

-Aquí llega Gloria Valencia.

—Inteligente y hermosa.

—No se le conoce otro vicio.

—Aquella es Gloria Zea.

De lo importante, como para exportación.

—Las Glorias del país.

\ —Falta Gloria Mejía.

—¡No, qué mujereral! — jugueteó Gaviota, diletante gestual, dueño de una fluida y atractiva insensatez.

—¿Y la que viene al lado?

—Otra profesora.

—¿Qué enseña?

—Las piernas. —Quiso avergonzarse de su apunte—. Enseña glamour, suena a otro ismo eso de Glamour, yo fundaré el Cataclismo donde desaparezca lo bello prefabricado.

Con las modelos llegó un representante del arte conceptual, emperifollada su baja estatura.

—¿Crees que esa migaja pueda tener algún concepto?

—¿Y quién dijo que hoy se necesitan conceptos o altura para sobresalir como artista?

—A esa maga nadie le gana en la creación de Happenings.

—El anti-arte tenía que imponerse.

Gaviota señaló a La Gorda.

—Sus nalgas y su busto son una muestra de Arte Blando, o Arte Mullido.

La gente seguía entrando, varios madrugadores iban saliendo —Y Los Maestros, ¿cuándo llegan?

—Deja, están orinando.

—¿Ellos también? Ya no hay esperanza.

La dueña se ofuscaba pensando que algo pudiera fallar.

—Esta reunión hará época, no te preocupes.

Tres meses preparándola. Hice construir aquella terraza especialmente.

¡Oigan al ciego Taelonius Monk!

—Allá asoma Rogelio Echavarría, silencio de río hondo. Que hagan bulla los superficiales.

Todas las cosas simultáneamente morirán cuando cierres los ojos, y nada crecerá cuando todo lo ignores.

—¿Qué hay del rey tu padre, Santiago Mutis?

—Ahí, viviendo. Y escribiendo.

A la sombra del tiempo, amiga mía, un agua mansa de acequia me devuelve lo que guardo de ti para ayudarme a llegar hasta el fin de cada día.

Alguien explicaba el sentido de su poema a un caballero canoso y obsecuente, con cara inteligente de no entender absolutamente Hilda.

Sí, ya entiendo —dijo al fin y bajó la cabeza, ese

entender le produjo cansancio mental.

Hasta que se sintió como un anuncio sin nada exterior que lo dijera, y apareció Claudia: lenta al andar, lenta al detenerse, lenta al mirar, lenta al llevar la cartera a su pecho, lenta al enfocar los Hi tipos. Y lenta al quedarse mirándome desde su distancia. En mí indo fue sacudimiento distorsionado por otra realidad.

¡Claudia, al fin llegaste! —saludó la dueña, y saludaron otros efusivamente. Sonrisas y palabras lentas fueron disculpa.

Estaba invitada a cenar...

Ya lo sabíamos. Entra con toda tu belleza y tu elegancia.

Ayúdenme a llevarlas, pesan mucho.

Le lucía esa a modo de timidez con que respondía a lo que los piropos no podían callar, y un sonrojo natural que parecía otro recuerdo de coquetería discreta, la timidez añadía sensualidad a su figura.

Aunque a veces esa lentitud no dejó de exasperarme, porque llegaba tarde a las cosas: si la leche o el café al hervir estaban por derramarse, arrimaba a ellos después de haberse derramado; si el teléfono timbraba, descolgaba el auricular cuando la llamada se había cansado de esperar; si un niño amenazaba con derrumbar una cerámica, llegaba al romperse la cerámica contra el suelo. Y si yo necesitaba un mínimo apoyo, este venía cuando su presencia fastidiaba, o a lo menos hacía tambalear al amor, como a los juncos en el viento.

Mi fijeza era otra vez interrumpida:

—Su vida fue un derroche que algunos tomaron por magnanimidad —sentenció alguien. Y otro:

—Mi corazón no ha dejado de ser un permanente campo de batalla. Hoy sólo quedan cruces.

Casi me santiguo, me retrollevé a “La Urna de Cristal”.

—Gracias por el libro suyo —dijo Libardo—. Estuve leyéndolo esta mañana, voy en la página ciento treinta y tres. ¿Cuándo se acabar^ La Violencia? Esta noche lo termino, me está gustando mucho'. ¿Lo mismo?

—Gracias, Libardo.

Claudia estaba decaída aquella tarde.

—¿Siempre habrá desconfianza entre nosotros? —reclamó — Así no podemos seguir.

—No podemos.

Giró su cuello largo y hermoso para ver mi expresión seria le miré el collar, tres de sus dedos en él.

—¿No podemos?

—No.

—Todo puede arreglarse, el corazón me lo dice.

—Pues no le creas, tu corazón ha sido mentirosongo.

Tenía ojos tranquilos, como de cristal, por eso me impresionaron.

—Yo quisiera que todo se arreglara. —La mirada era una tarjeta de invitación, las pestañas alejaban el humo de su mirar.

—¿Ocultando?

Estrujó en sus manos una paloma, no le obedecieron los

dobla- dijes en la servilleta de papel.

—Nada sale bien si no hay claridad.

—¡Ufff!

—O a lo mejor tenga componedero. ¿Sabes? Luis Arango manejaba en Balandú un taller de reparaciones, y puso encima de la puerta este aviso que recuerdo cuando estoy dormido:

AQUI SE ARREGLA TODO.

—¡Vamos a cine!

Le gustaban estos remiendos, por eso quedaba algo pendiente entre nosotros. Se había vuelto tan evasiva como Marrullero.

Lo que fácilmente se perdona a un extraño, no se perdona a quien se quiere: característica del amor eso del reclamo en los detalles, los hacíamos. Pero guardamos silencio en el cine, lo guardamos al caminar al apartamento. Había empezado a llover, en esa época la ciudad sabía de lluvias.

Y ya adentro:

—Claudia, no olvido su mirada.

—¿Mirada de quién?

—De Pedro Escobar, era un desolado.

Ella salió mientras yo llenaba un vaso. Había salido porque la puerta estaba cerrada y nadie conmigo en el cuarto. Sólo el desnudo con su cuerpo inventado pegado al muro, como reclamando desde un más allá.

Quise abstraerme en el cielo-raso, en las repisas, en

colgandejos donde unos búhos en cerámica se repetían para sonar sus choques. \ armadillos y tortugas y palomitas de artesanía popular, y vasijas precolombinas, alcarrazas, ollitas con ranas a los bordes, en alto relieve. Y libros y libros y libros y cuadros y el reloj que tictaqueó el momento de su partida.

Sobé una urna de barro sobre un escabel del rincón disponible, abrir la ventana. La lluvia seguía mojando los edificios e imponía orden: limpiaba el cielo, despejaba de peatones las calles, hacía que la gente se mirara de nuevo y conversara. La lluvia caía y caía, no me importaba que cayera, sabía que todo, la lluvia también, era mi culpa. Menos mal que caía hacia abajo. Recordé mi montaña, los líos que la cruzaron. Y a ella.

Aunque tranquila en el fondo

por lo que va reflejando, el agua pasa temblando de ver el cielo tan hondo.

CAPITULO XI

Los pasos de tu llegada, la llegada de tu voz, me están diciendo que sos la voz por siempre esperada.

Pero en tu lentitud había un atractivo juego de la espera: al levantar tus brazos, llevarlos a la espalda y desabrocharte el brassier, doblarlo y ponerlo en su sitio; al sobar muslos y

cintura antes de ir bajando tus pantaleticas hasta los tobillos, levantar un pie, agacharte y apartar el pelo que caía sobre tu rostro inclinado.

—Estás linda —o algo de lo que se dice o se calla en la penumbra del cuarto y de los días cuando la tarde iba ocultando su sexo. Y andar despaciosamente a la cama, separar las sábanas y meterte bajo las cobijas como si metieras a un niño acabado de dormir. Y extender los brazos, quietos en el aire, y en medio tu sonrisa quieta.

—¿Y el reloj?

—Juega con un duendecito.

—¿Cómo es el duende?

—Orejón y simpático, le faltan dos dientes.

—Ese duende es amigo mío.

—Vive en tu reloj.

—En el tuyo. Cuando estaba conmigo no tenía duende.

Vos eras el Duende. O La Duendesa, revuelas en mi imaginación.

Cosas así en salpicón de acelerados, temerosos del adiós que siempre deja sus resquebrajaduras, grietas que forma la separación

En la fiesta sucedía todo aceleradamente.

Cerca, viendo y dejándose ver, se movían unas jóvenes vestidas con aciertos y extravagancias impuestos por revistas y televisión, simpáticas y culiprontas aunque de alma más o menos retardada, algunas habían integrado el Desfile del Traje

Perdido.

—¿Ellas? —exclamó Gaviota—. ¡Ay, sí, parecen una muestra de Arte Psicodélico! —Sobó la barriga de Fausto el galerista, le sobó el collar tairona y gesticuló como quien muestra una obra moderna.

—¿No les parece muy Kitschl —y siguió en sus perendengues.

—¡Rico todo!

Desde cualquiera de los rincones llegaba el olor de la marihuana; se la turnaban en intensidad ritual, clandestinamente ostentosa. Entre el humo fosforecían a hurtadillas los ojos de una muchacha de cuerpo excelentemente cuidado. Al arrimárseme —y tratando de ignorar a Claudia— descolgué mi careta moralista y me la acomodé (O témpora! O mores!, Cicerón, páginas amarillas del Pequeño Larousse Ilustrado): los percances de esta juventud vienen de la manera desorientada como vive. Disuena que tantos mocosos den base a otra moraleja reaccionaria. Por eso dije a la joven modelo, con quien pasé un buen medio año.

—Eso, ¿vivir? Ustedes recogen anécdotas, vivir tiene otras salidas.

—¿Las tuyas?

—Tal vez no, pero hay más que fumar marihuana y hacer el amor y prepararse para La*Feria de las Flores. ¿Sabés? La vida verdadera no hace tanta bulla.

—¿Entonces?

—Te espero mañana en el apartamento. Sin bulla.

I o dije por humor desorientado, por nerviosismo ante la

aparición de Claudia, por incitación, por tontería de quien se aísla Hincho tiempo. Yo seguía esperándola.

¿Y qué haces ahora? —preguntó una de sus últimas veces. Busqué respuestas distintas a la pregunta igual, no las encontré.

-Siembro matas, a veces. Una ya va tapando tu rostro, lo sabes. Hojas verdes con manchas blancas.

-No necesitas matas para borrarme.

-No, Claudia, existe el olvido.

—¿Existe? *

Enredadera que todo lo cubre —añadió mi retórica.

Ya en Ziruma de tierras altas sacudía los gajos de chirlomirlos y astromelios, incitaba:

- ¿No van a florecer, muchachos?

Y florecían a mi ingenuo mandato, y el jardín se llenaba de lodos los colores como para recibirte. O iba a la huerta, y con tu nombre animaba al cilantro humilde, a la enredadera de pepinos, a yerbabuenas y tomillos y albahacas, a todas las buenas plantas que mejoran la vida. Altamisa, eneldo, mejorana... Los recatados tréboles, el eucalipto encumbrado, el sietecueros, el yarumo, el maraboy bajo lunas menguantes. ¡Cuántas veces se perdió tu nombre entre las hojas! Ese nombre lo sabían el saúco y el tomate de árbol, la uchuva encapuchada y la auyama prepotente, el calabazo de cuello largo y La Flor de Lilolá... Y la yerba que no existe y el botón que no existe y nosotros dos, inexistentes.

Al acabar el verso de tono lastimero se nos arrimó la compañera de la modelo, celosa ante la risa no compartida, en

su mirada ondulaba un desdén que no alcanzaba a humorístico.

—¿Qué pasa? preguntó, y juntó sus cejas como si juntara crispadamente las manos. La amiga le respondió un pedido de perdón imperceptible.

—“Olvídalo” o algo susurrado de mala gana, como si de verdad accediera al perdón; pero un perdón sucio que terminaba por echar más en cara la culpa.

Debí citar mentalmente a Newton, un día lo metimos en otro problema de manzanas, ¿recuerdas? “La fuerza con que se atraen dos cuerpos es directamente proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de sus distancias”. La recién llegada apretó un brazo a su amiga. Y como si hiciera moños en rebeldía recién anunciada:

—Me caen mal los hombres.

—¿No te caen encima?

—Que no me caen bien los hombres.

—Habitualmente saben caer.

—¡Digo que me caen mal!

—Pues hazte a un lado, chica.

Tenía una mirada buscapleitos, de esas que insinúan la puñalada. Un tipo alto con botas de puntera cuadrada cubrió mi campo de visión, hizo girar su cuello y salió solemne y prepotente, como si saliera de la historia patria.

Claudia se iba acercando en cuanto lo permitían sus galanteadores, maricas en su mayoría: tuvo sus mejores amigos entre estos simuladores y desparpajados habitantes del tercer sexo, agradables, inteligentes y bravos; el chisme en ellos es un

divertimento con agudeza en los matices. Allí Gaviota exhibía una de sus escandalosidades, moviendo en el aire las manos como si estuviera cerca del mar.

—Yo apenas entraba en la adolescencia; pero cuando quise entrar en el cuarto de la sirvientica, mi papá agarró un viril de toro que mantenía como látigo, y me dio qué formidable paliza.

—“¡Para que no hagas porquerías!”.

Las manos de Gaviota aleteaban juguetonamente, sus ojos móviles saboreaban el goce.

—Desde entonces me aficioné al viril, por eso todos me llaman marica. No busquen más razones.

Alguien aclaró bobamente:

—¡Pura paja! Sencillamente le pusieron unos supositorios, y le crearon hábito.

Claudia también escuchaba, para mí su manera de sonrojarse. Cuando logró arrimar abrió más los ojos, siempre parecieron dos preguntas. No fue una sonrisa, fue como si recordara una sonrisa, tristemente.

—Qué hubo.

No fue la voz, fue la sombra de otra voz.

—Qué hay.

Un saludo que nada quería decir. Porque tampoco fue una mirada sino el recuerdo de una manera de mirar y un beso junto al pómulo, que fue como el eco de otro beso en los labios, tiempo atrás.

—¿No esperabas verme? —preguntó.

No esperaba verte.

¿Se te sacudió algo?

El corazón —le mentí para que me creyera, a ella le gustó en un tiempo mi manera de no decir toda la verdad.

¿Cómo cuánto se te sacudió?

Nueve o diez grados en la escala de Richter.

Alguien había puesto música de bailar. Se removieron asientos \ piernas. Con boca y cejas Claudia señaló a Velero, debió agra- Jaime su ironía al señalarlo, al pensar que en ellos también había deterioro.

Quien disimula tan bien su inteligencia tiene que ser muy inteligente.

Lástima que su capacidad la gaste en exceso de modestia pitia que no se le note.

Velero supuso que lo juzgábamos, porque aumentó volumen a lo que venía hablando con ton sin son:

A la matriz llega el espermatozoide más fuerte; es decir el más bobo, el crítico de la partida.

El tuyo como que aún no ha llegado intervino Fabio Acevedo, profesor dueño también de su amargura. Voz taimada y servil, con ella cobraba en pequeños detalles de odio la avaricia de la vida con él; como todos en alguna forma oscura serían culpables, vivía insultándolos en inacabables monólogos, empatados y animados por una mirada hostil.

-Ah, ¿el famoso Fabio Acevedo? —reviró Silvio—.

Precisamente hoy estaba pensando en vos y di una cuotica para El Niño Diferente.

Porque vos sí sos igual a todos.

Y un acento cercano:

Sólo cuando la crueldad se haga poesía, será posible aceptar la deslumbrante y depravada condición del hombre. Porque allí está la armonía, porque allí está la compasión.

Hablaba el poeta turista en la metafísica, autor de versos con muy buenas intenciones.

—...El hombre, su capacidad de repetirse debido a la protesta como fuga en su seña de identidad, como búsqueda desesperanzada. Por su ánimo de reformarse y sin saber de dónde viene ni para dónde va. La embriaguez, la irresponsabilidad deliberada, el deseo de perpetuarse en lo que menos vale, su frívolo afán de ser como individuo y no como especie. El habla gritona en el vacío.

El Metafísico utilizaba la presuntuosa facilidad de quien ha dictado clases por mucho tiempo y acude a tertulias de aficionados parlantes.

—...Al fin de cuentas el hombre sería un camino, la humanidad no sería más que un camino en fuga, desubicado en su apariencia de estabilidad; esa amenaza, la conciencia de seguir acorralado, implicaría para él su compromiso final.

—¡Conferencia tenemos, camaradas!

Ojalá lleguen rápido esos artistas famosos.

Allí también se movía en campo suyo el tumbalocas de oficio, supremamente bien plantado y agresivo, acostumbrado

a ganarlas.

— Me gusta, por lo que veo —dijo La Sexótica golosamente.

—Cuando vea lo demás se dará un verdadero gustazo.

Ella desafió, tumbadora a su manera.

—¿Siempre es tan ordinario?

—Depende de quién tenga al frente —ademán dudoso ante una mercancía de repetición, ante el riesgo de equivocarse—, lo que ahora tengo no es para darse ínfulas.

En los ojos de ella era belicoso el modo de mirar, sus manos contenían el impulso violento, le tembló la mandíbula como para decir "¡Fuera!". Se resignó a embellecerse con una ira disimulada en pasos fuertes hacia otro corrillo.

Parecían de baratija la conquista y el desdén a que jugaban. ¿También Claudia y yo apostaríamos en esa ruleta?

—¿Sabes? —dijo—. En un vuelo me tocó viajar con El Tumbalocas.

Imagino que el Capitán anunció por el altoparlante: "Señoras y señores, favor abrocharse los cinturones de castidad".

Su sonrisa produjo un pequeño sonido gutural.

Y una noche, mientras pensaba algo que deseaba escribir sobre ella:

—Yo sé, en tu cara veo la pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Sobre Pedro...

No pensaba en eso, había aceptado ya sus hermetismos.

—Ocultas tanto tus cosas, que deben ser valiosísimas.

—Sólo deseaba...

—Tienes vocación de caja fuerte, yo no soy abridor de película con bandidos y detectives al fondo.

Estiró el labio inferior de tal manera que quedó encima del otro, dominante.

¿Es que no puede haber tranquilidad?

No actúes como una niña a la que debe perdonársele todo, o viene su rabieta.

Aunque se atropellaron las palabras, la ira sirvió de amortiguador.

No te lo perdono, Bernardo. ¡No te lo perdono!

Yo estaba decidido a terminar, dije con voz y ademanes tranquilos:

Me cansó el papel de niñera. Te vas al diablo con tus misterios idiotas.

Y después, sereno en el ciclón:

—“Hagan juego, señores. Rueda la bola...”.

Hasta quería olvidarme del sexo.

—¿Por qué estamos juntos, Claudia?, nadie nos obliga.

—Lindo que no sea una obligación.

-Entonces, ¿por qué estamos juntos?

Antes hablaban de amor.

—Antes.

—¿Y ahora?

—El amor no puede ser un reclamo sin fin, debería ser lo bueno que nos falta.

—Quiero estar contigo, eso nos debe faltar.

Tal vez ahora sonreirás frente a estas páginas, tu carta me ha hecho rebujarme en busca de lo que en tantas partes había guardado. ¿Cómo decía la telenovela de que nos burlábamos? —"Quisiera que volvieras para cubrirte de besos". Si tenía frío en la montaña, me cubría con un poncho; si vos tenías frío, te cubría con la manta. ¡Y con besos, qué mal gusto sigue teniendo la vida!: desde la frente hasta el pecho, desde el hombro izquierdo hasta el derecho, del cabello a las uñas de los pies, de los dedos de una mano a los dedos de la otra cuando te crucificabas sobre la cama.

Pero tomaba tu mano, Claudia, mostrabas el anillo que te había dado meses antes. También recitabas, más o menos:

— "Ya lo sabes: Si vuelvo a ver el anillo de jaspe verde, ni torre, ni fuerte castillo, ni prohibición real, me impedirán hacer la voluntad de mi amigo, sea discreción o locura".

Y llegaba nuestro domingo, hasta en el cielo descansaban las nubes. Domingo en el vuelo de las palomas, en camisas y blusas y zapatos de los transeúntes, en los niños con globos de la mano, en las campanas, en los carritos de papas fritas y críspelas y helados, en las plumas de los pericos adivinadores, en el pelo y en los ojos y en la falda de Claudia.

Y entrábamos a cualquier cafetería, era grato humedecer el pan en el café con leche, también se suavizaba la vida, blanda y dulce-salada. O el café solo, su cucharada de azúcar, el cigarrillo ritual, el humo encima del pocillo decorado

Hasta el severo Milton le cantó: “Una gota de café bañará lo» espíritus decaídos en delicias y los llevará más allá de los ensueños" “Negro como el diablo, caliente como el infierno, puro como un ángel, dulce como el amor” —remachaba Talleyrand.

—¿Sabes? Bach escribió una Cantata del Café. ¡Oh, cómo es de suave el café al paladar! / Más agradable que mil besos, / más dulce que el vino moscatel.

—Conoces un montón de cosas importantísimas —se burlaba Claudia.

¡Salud! —le respondía sin embriaguez, alto el pocillo.

—¡Qué hubo, compañerito! —saludaba Gonzalo Arango, que pasaba con Amílkar U.

—Qué hubo, pues —decía Amílkar. Y a Claudia:

—Cómo te ves de linda.

—¿Y tu obra?

—En mi novela está lloviendo.

Claudia los captaba y los quería, como yo. Y al irse ellos hacia el Metropol o al Miami.

—Tienen su duende, de todos modos.

Se quedó mirándolos hasta que desaparecieron. Habló después.

—Nombres mucho los duendes, ¿cómo son?

—¿Los duendes? Como Lujuria, como Brújula...

—¡Déjalas quietas!

—Son seres pequeñitos y traviesos que saben volverse invisibles, viven en el monte o cerca de los caminos o en casas abandonadas. y les gusta enamorar a las muchachas bonitas... ¡Cuidado con un duende que anda!

Claudia fumaba de mi cigarrillo, apoyaba un pulgar en su barbilla, presionaba con su índice el labio inferior.

—Seguí le.

—A veces molestan y se ceban en algunas habitaciones.

—¿Cómo vos?

Si esa habitación es la tuya... También les gusta mucho la música. La única manera de echarlos es colgando por ahí un tiple destemplado: no lo aguantan y se van con su música a otra parte. Como yo.

Entonces conseguiré un tiple bien, ¡pero bien templado! Gracias.

Se quedaba como pensando, ancha su mirada en mis alucinaciones.

¿Qué palabra te gusta ahora?

Mandul, un árbol. Caracol...

Mucho caracoleo.

Alúa.

¿Qué es alúd?

Luciérnaga. Luciérnaga también me suena. Y yarumo.

Entonces florecía el Mandul y fructificaban los mameyes, y yo pensaba en Ziruma y en los páramos altos. Éramos superficiales, puede ser. ¿Qué es la superficie sino el comienzo de la profundidad?

Y en el apartamento, cuando me vestía:

—"Tristán abrocha su jubón, se pone el brial, calza las estrellas polainas y las espuelas de oro, ciñese la cota, fija el yelmo sobre la celada. Y monta y espolea a su caballo hasta la llanura y aparece con el escudo erguido contra su potro gritando":

—¡Claudia!

—Soy Isolda.

Isolda la dulce. Isolda la del claro semblante.

Hagan juego, señores, rueda la bola...

Claudia había establecido nuevos contactos para su industria naciente. Durante la decoración del local me agradaba verle un rocío de sudor en la frente y encima de la boca. Hice llevar un espejo grande, una mesa redonda para la inauguración, una silla mecedora para su descanso, tres afiches premiados que había traído de España y unas botellas de vino rejuvenecedor. Hasta Raquel estuvo cordial con mi presencia, hasta Silvio Velero y sus amigos de casa.

Cuando todos se fueron retirando, Claudia ocupó su chaise longue de cuero con dispositivo para sostener la cabeza. Fue invita- dora la lentitud de sus brazos al tendérmelos, y sus labios con sabor de vino, y su cuerpo en oleadas de un mar

nuestro. En ese entonces el tiempo también, como el mar, tenía su suave, su duro oleaje.

—Venga...

Había una dulce queja en el aire cuando ella decía “Te quiero yo pensaba en ese asunto de querer a una persona y querer a otra sin daño, trataba de entenderlo. En cualquier forma uno es supletorio, siempre seremos el pequeño reemplazo. Ese “Te quiero equivalía a su facilidad de querer a otros, posibles o inmediación con el mínimo dolor de traspasarse. --“Quiérame”. Olía el aire a loción fina, a un deje de abandono. Todo tiritaba en las penumbras.

Más tarde pensaba en otros tiempos, cuando las sirenas cantaban pasillos y boleros y bambucos y cumbias al viajero Ulises, un paisano, y pensaba en la Penélope de las fidelidades. Pensaba en Claudia, en su cuerpo, en su figura, cuando se ponía elegante o cuando anudaba al cuello su pañoleta, que le daba aspecto de campesina en día festivo. O cuando se desnudaba...

Importante el sexo. ¿Y lo demás? A lo mejor yo seguía los pasos del Tumbalocas, y en Claudia sólo veía el vacío de mi deseo, la ausencia de su piel y sus respiraciones, la almohada sin su pelo castaño. Tampoco vería en ella su lucha interior, su esfuerzo por imponer proyectos que se ingeniaba y en los que iban muchos desvelos, opaco su color.

—Claudia, perdona mi superficialidad.

Anochecer, madrugar, estar dormido y despierto, andar la vida, estar muerto...

¡El viejo vicio de amar!

Y en el aeropuerto otro adiós. Llevaba un vestido sastre

gris, bufanda perla, su boina ladeada como para foto de anuncio, en su boca un poco de lápiz labial, lo hubiera borrado un beso de despedida. Su frente contra la vidriera, una mano alzada, un pañuelo bordado al viento de las turbinas, y bajo las alas el silencio de lo que nunca se dijo.

—No sé por qué callé que eres única —debí decirle, pero ya se perdía en las nubes. Y regresar solo a nuestros sitios y echar críspetas a las palomas y mirar el vuelo a las ramas donde se detenía su mirada, otro vuelo sin dónde llegar. Y oír el reloj de La Basílica y ver aclararse las montañas ante un sol fatigado.

Y esperar el regreso, su presencia, el saludo temblador, pregunta.

—¿Qué haces ahora?

Y la respuesta para congregar:

—Soy adivino. Tomo mi bomba verdeazul...

—¿La de luz de estrellas?

—Esa. La tomo entre mis manos (por ahí deben andar el turbante y los anillos mágicos), recito mis invocaciones ocultas y te me apareces.

—¿Y qué ves?

—Prohibido para menores.

La sonrisa se iba perdiendo en una a modo de seriedad reticente.

—¿Has querido a muchas?

—Dos o tres.

—¿Quién fue la primera?

—Clara, una muchacha campesina. La recuerdo y me dan ganas de llorar. Yo no sabía del amor.

—¿Y ahora?

—Menos. Nunca se aprende.

—¿No me sabes a mí?

—Estoy aprendiéndote.

—¿Qué has aprendido?

—Que tu cuello tiene una pequeña cicatriz.

—¿Qué más?

—Aquí está tu boca, de cuando en cuando me llama.

—¿Qué más?

—Aquí hay dos lunares entre tus senos.

—¿Qué más?

—Que tus senos tienen la medida de mis manos.

—¿Qué más?

Aquí escondes lo que quiero.

—No se te olvide la lección.

—Sí, profesora. ¿Y para mañana?

—Bastantes sumas de amor.

—¿Nada de restas?

—Nada.

—Llenaré el mundo con mis tareas.

Y su mirada desconfiada, y la pregunta.

¿No hubo otras?

¿Fuera de Lujuria y de Brújula!

¡No me hables de ellas!

Sí, hubo una.

¿Dónde anda?

La olvidé —y me quedé pensando en la simplicidad de mi respuesta—. La olvidé después de ella ignorarme.

Si ahora la recordaba, seguía existiendo. Aunque tal vez en ese entonces era yo un malito de provincia que intento advertirle desde antes los peligros del bien, pero se hundió en el bien como i ii un pozo profundo sin salida: allí debería seguir sin esperanza de recuperar su ingenuo descontento, su derecho a la libertad.

Bueno, lo dirá mi amargura. El hecho es sencillo: Lucía me olvidó tanto que logré convencerme de que a quien yo amaba no era a ella sino a una vecina pecosa de enfrente, bonita y coqueta. cualquier día me dio una foto enamorada.

Ahora Lucía también estaría reverenda —más apta para inspirar ternura—, le inventaría un drama cursi.

En tus mejores vaivenes

me dejaste en media calle.

Hoy que engordaste de talle

te dejan hasta los trenes.

Inútil también el sueño, si se ha vivido en su repetición.

—No soy nada —pensaba Claudia, lo dudaba yo.

—Ponéte las pilas. —E injustamente—: ¿Qué sos vos?

Nada.

Tan parecida esa palabra a la palabra todo. ¡Decí algo!

Me ofuscaba que no hubiera lucidez a la mano.

- ¿Sabes cómo se define Emily Dickinson? “No tengo ahora ningún retrato, pero soy pequeña como el reyezuelo y tengo el cabello rebelde como el caparazón de las castañas y los ojos como el jerez que el huésped deja en la copa”.

—No soy Emily Dickinson. No soy Isolda.

A ratos para mí era todo, con nombres ajenos, sin nombre alguno, con sobrenombre. O transferida a la canción de suaves lentitudes. Humo en los ojos/ cuanto te fuiste...

Y a la realidad:

—¿El? Sí —concedió una tarde—. Seguía persiguiéndome, tomaba apuntes con su lápiz.

—Aquí está el cuadro. Aquí estás, desnuda.

—Nunca me le desnudé.

—En alguna forma debió haber una contribución para su muerte.

—¡Bernardo!

—Si vos y yo no hubiéramos intervenido, estaría vivo

Pedro Escobar. Silvio fue otra disculpa.

Y someramente alarmada:

—Así no se pueden poner las cosas.

—Entonces arreglémoslas.

—¿Cómo?

—En mi casa tengo un manual para resucitar jóvenes desorientados.

Se levantó, supe que se había levantado porque de pronto la silla vacía se mecía sola. Y un sonido de vasos, de botellas, y un í ausencia en la silla mecedora, que se diluía.

—Caerá bien —dije al recibirle el vaso. Mis labios quedaron mojados, como su mirada. Ahora en la fiesta llevaba a la boca un vaso distinto.

De otro rincón salía un humo de incienso ambientador, lleno de desconfianzas. Entre tanto lujo apareció una mujer salida de años, flaca y con vestido oscuro para su derrota: era de las queen la cocina ayudaron al éxito de la reunión. Un alfiler azul sostenía en sus cabellos grises el sombrerito heredado, y con él desapareció, tímidamente ganosa de fugarse totalmente, de la fiesta ajena y de la vida. Seguían también las discusiones.

Puedes negarlo —decía un pintor desgualetado—, pero ahí está mi autorretrato, que él lo diga.

—Ah, perteneces a la corriente del Arte de Deshechos.

Era una voz espinosa, como hecha de ángulos agudos que desearan ser flechas; por eso molestaba al oído.

—Y cuando usted duerme, ¿deja agotar tanta cantidad de ingenio?

—No tenía por qué lucirme delante de usted.

—Es evidente que no lo hizo.

Humor desechable en sus posticismos, como cuando uno encuentra un camaján auténtico y advierte la diferencia con los de imitación, repetidores de fórmulas y posturas para colocarse i n la onda. Y en la onda nos removíamos.

Sí, un escritor que sufre de agrafía.

¿Aquel? Es un Dekor minucioso, pura mariconada.

Del Batic al Bauhaus, de estos al Neo-collage, de aquí a la Piedra del Peñol.

¡Genial!

¡Sensacional!

¡Fenomenal!

En su léxico estas exclamaciones seguían mezclándose con las rotundas de la liberación. Y aunque no alcanzaran a inventar vocablos, adoptaban dichos ajenos.

—¿Ella? Sexótica.

Rajapública.

—Fantabulosa.

Hacían referencia a la compañera casual de Velero, atractiva por su ayuda y ese cuerpo que amenazaba con explotar. Usaba oíos rasgados y anunciadores, que prometen y jamás cumplen; MIS labios curvos resaltaban esta impresión.

La dueña de casa el pelo chorreado sobre su frente rubia—cambiaba de preocupación al repetir su voz apagada como al final de un rezo:

“Ya sé, Señor, que somos el pueblo elegido. ¿Por qué de vez en cuando no eliges a otro?” —Fiddler in the Roof, por Sholem Aiche.

Tal vez recordara al padre, su derrota, su nostalgia, su aislamiento, su rencor. Había recitado libro y autor en el tono de la cita, mirándome resentidamente. Cerca de ella, El Mulato traía el aire hindú de Shirikan Varma, usando la flauta como batuta.

La sombra de la rama

sobre el río,

es un ciervo con doce cuernos

que se detuvo a tomar agua.

Pidió turno otro de estilo tan alharaquiento, que daba la impresión de haber escrito con pluma de guacamaya.

-Gracias por escuchar mis poemas soberbios.

Lo siguieron poetas de nuevo cuño, paseadores por Seferis y Kavafis y algunos gringos iluminados. No podía faltar Fausto, crítico y administrador de una galería renombrada. Los homosexuales se la juegan, me caen bien, pero no los que toman MI homosexualismo como profesión y le sacan provecho, seduciendo artistas jóvenes bien parecidos o cuando menos disponibles, y colgándoles en sus muros esos asuntos que acaban por desorientarlos. Fausto colaboró en el derrumbamiento de lo rulo con Claudia.

Transcribo mi visión para entrar en atmósfera.

HONOR AL MERITO

El bruto irradia. — A. Posada Ángel

Se llama Fausto y es, además, crítico de último giro al tanto de los cambios, en ocasiones se les anticipa.

—“Bruto al día” —así quiso definirlo un malqueriente. Claro, cada cual marcha a sus intereses: el ladrón no ve en el transeúnte un ser humano sino el portador de una cartera con billetes; el hambriento ve comida, el sediento sueña oasis, y compañía el solitario. El crítico... Tal vez la persona que menos ve de esta gallada letrada y artística, porque tampoco ve claro lo que desea, fuera de su frustración endosada.

Fausto lleva un gran collar de jade tairona con rodajillas de oro, pero su amaneramiento carece de ciertos detalles armónicos que los hacen entrañables, y su voz es adhesiva, serviría de atrapamoscas en época de verano. Su inspiración no pasa de revistas decorativas, fotos, catálogos, chismes artísticos y manuales de modernidad sospechosa.

—¿Qué tal este collar? —me pregunta ostentando como condecoraciones su radiante colgandejo.

—Siempre te han colgado baratijas.

Una mirada se le quedó quieta en los ojos superficiales.

—¿No puedes dejar de ser tan anticuado y provinciano? —dice cuando suelta la mirada, o cuando la pone en movimiento venenoso.

—No es tan nuevo el uso de collares —respondo con estudiada inocencia—. “Provinciano y anticuado”. Pero el tuyo

no me recuerda un collar sino un cencerro.

Miré a las puertas sin Claudia, miré los cuadros sin verlos, recordé una esquela con su letra desparpajada:

MAÑANA SALDRE. SI NO VIENES ESTA NOCHE. ME TIRARE EN LA CAMA. DOS O TRES BESOS DE ANTICIPO.CLAUDIA.

Estábamos por sonreír en esos días, echábamos al ambiente cosas superficiales, donde se iba al diablo la poesía.

¿Cuál te parece la palabra más fea-fea de todas?

Alcornoque, también empieza por a. Se le perdona porque de ahí sacan el corcho, y el corcho me ofrece el vino.

—¿Cuál más?

Algunos nombres como Crótatas y Pancracio, Protacio y Nepomuceno.

—¿Y tu palabra bonita de hoy?

Ninguna se me viene. O tal vez almíbar, amanecí melcochudo.

Por ella no abandoné la sala con el gesto resignadamente asombrado de Subuso ante su mundo insólito. Silvio Velero debió advertirlo, porque se me acercó, dual y solidario.

—Al llegar a ciertos cerebros —señaló a sus incondicionales—, o ser pronunciados por ciertos labios, nos sentimos rebajados. ¿Qué hacer para liberarnos de los seguidores estúpidos?

—Si no fueran estúpidos nunca nos seguirían.

Creo que toda la noche estuve agresivo, debería culpar a Claudia. Ni que hubiera escuchado:

—Va para arriba este Silvio, ¿no crees?

—Silvio tiende a subir, pero como el humo: se esfuma en la subida.

—No seas duro —nonadizó Raquel. Y Claudia:

Bernardo tiene un corazón así —abrió los brazos para abarcar un mapamundi imaginario.

-Tengo el corazón grande como un escaparate, en él guardo la ropa.

—Y el veneno —añadió Claudia.

—Es verdad, en tu retrato.

—¡Cógela! —animó Raquel.

—Ahí llega Eduardo Escobar, de los nadaístas. ll

—Me gusta. Así debió ser Cristo cuando lo aporreaban.

—Y el otro, el de mechón canoso es Justo Arosemena, levanta en hierro unas esculturas sufridas y vigorosas.

Por no perder la sesión de Jazz anduvimos un trecho junto a La Sexótica; pues Velero escogió por aquellos días una de tantas “mujeres modernas” hechas en el país, y con ella salía como quien lleva un perro fino o un automóvil último modelo o una reina. Claudia sería otra posibilidad, la que limitaba con tul presencia.

Pero acreditaba la de turno.

—Una prima, te la presento.

Yo recitaba un comienzo del Levítico:

—“Ninguno de vosotros se acercará a la pariente próxima para descubrir su desnudez. Yo soy El Eterno”.

—Que siempre dura poco.

—Como todo lo eterno.

—Tu boca sea la medida.

Igual a todos nosotros, a veces practicaba el amor, a veces practicaba el olvido, y en estas tareas no parecía advertir diferencia alguna.

Sus maneras de mirar me dieron a entender que Velero forzaba su relación con otras mujeres, Claudia era lo importante para él mientras bebía la observaba sobre el vaso, como si se la estuviera bebiendo a pequeños sorbos: me pareció ingenua su actitud de hombre sobrado en todo.

—Mariposeas mucho —le comenté—. ¿Necesitas probar que eres hombre?

—¿Alguien lo duda?

—Creo que vos, a veces.

Claudia aprobó mi comentario, no sé si tenía interés en que él se asentara.

— Hagan juego, señores...

Velero contaba su relato malicioso:

—Algunas llevaban traje de baño, otras no llevaban ningún traje: estas eran las mejor vestidas.

Aparte, como si me soltara un secreto:

Este lugar está lleno de bobos.

No importa, cabemos todavía.

Quería dominar algo como un paisaje hecho de miradas detenidas en un sitio final, para de ahí salir definitivamente.

¿A dónde?

Claudia miraba a las jóvenes, miraba sus actitudes, me aba a ver si yo las estaba mirando, reavivaba su capacidad de impulsar celos. Disimulaba.

¿Te hice falta?

—Toda.

¿De mentiricas?

Siempre esperaba una carta.

No una, te escribí dos.

Fueron tres.

¿Las rompiste?

No. Allí las guardo, entre dos fotos y un sueño.

Acarició un botón de rosa, lo devolvió al florero después de llevarlo junto a su boca.

¿Y Lujuria!

Recordé lo de antes, debería recordarse lo futuro.

Aunque olvidé tu sabor en sueños veo tu estampa. El olvido es una trampa que nos prepara el amor.

No me digas que ha regresado esa tal Lujuria.

No, se mantiene triste porque no he vuelto a recibirla, ya ni quiere salir.

A lo mejor sos vos el triste, se te nota la falta que te hace... Y además de ser adivino, ¿qué has hecho? —preguntó entre el desbarajuste.

—Estuve en el mar, había tiburones.

—Les tenías miedo.

—Tanto como miedo... Junto a una boya merodeaba el más grueso y largo, como de aquí al amor tuyo, esperándome con paciencia infinita. ¿Alguien habrá profundizado en la paciencia de los tiburones?

—Seguíle, pues.

Allí nos cogió la noche. ¿Has pensado en esta frase?

—¿Cuál?

—"Apúrese, que lo coge la noche" me decían cuando niño V de verdad la noche me cogía por la garganta, por los ojos, por la barriga, y me tumbaba contra la hierba. Había rocío en la huerta donde me tumbaba la noche.

—Seguí el cuento.

—Pues cuando pensé que el tiburón se había aburrido, lancé al agua en la oscuridad, Brújula y Lujuria llamaban desde la playa.

—¡Dále con esas mugrosas! ¿Y qué pasó?

—Pues caí en el agua sobre el lomo del tiburón, que resultó corcoveador, parece que todavía no lo habían amansado. ¡Y dele mar adentro! Aunque estaba muy liso, no

pudo tumbarme, d| algo me sirvió haber sido jinete desde niño.

—Sí, sabes montar.

A medida que le inventaba, la actitud de Claudia se volví» ajena, como si tratara de recordar lo que fuimos un tiempo Como lejana. Como más triste.

—¿Sabes de esa noche? —seguí. Los aviones pasaban altos y no molestaba el zumbar: su sonido más parecía el recuerdo do unos motores acelerados, los que suenan cuando te vas. ¿Olvidaste la última vez?

Ella salió como de un sueño corto e hiriente.

—La historia.

—¿Cuál historia? Ah: toda una noche navegamos el tiburón y yo, hasta que me llevó a la isla de Cuba, allá me detuvieron por indocumentado. Cuando traté de explicar en la Aduana lo sucedido, dijeron que estaba loco...

—Estás loco, Bernardo.

Inclinó la cabeza por dar a entender que el pasado no nos pertenecía y que fueron sueños lo que nos ocurrió, con o sin culpa.

Te quise por olvidarte, por olvidarte te quiero, y al olvido con que muero lo quiero por recordarte.

—Dijiste que me ibas a soñar.

—Claudia, te soñaba.

—Aquella vez era importante para mí ese sueño.

—Esa vez estaba desvelado.

—¡Tus disculpas!

—Te soñé despierto, ensayando el sueño. Por momentos dormía un poco.

—Un poco, así ocurrió siempre conmigo.

—Pero te soñé.

—Fue un mal sueño, como si alguien me borrara.

—No te dejabas soñar.

—Yo estaba quieta.

—No te dejabas soñar, y esas cosas deben hacerse en compañía.

Siempre hay un rompedor de sueños, o alguien que los mal dirige en un viaje hacia la pesadilla. O quién los interrumpa, como hago ahora.

Me habían presentado nuevamente, antes de la sesión de Jazz, a una vieja amiga, otra liberada de la tradición y de vario* maridos liberadores; al último le atrajo su gracia y desparpajo, ella habla-bla-bla-ba, en un principio la creyó una manera encantadora de aparecer tonta para agradarlo, después pensó que en realidad era tonta, y vino la separación. El con sus errores ale-gres, ella con los riesgos del lesbianaje, así empezó a ver todo natural: que se reconciliaran las parejas o se divorciaran, que el mundo se salvara o se revolcara, y en ella hubiera visto natural terminar en trotacalles.

MUJER LIBERADA

Perdutto é tutto il tempo

e in amor non si spende.

Tasso.

—¡Al fin!

Sus pestañas postizas daban sombra natural a pesar de sus intenciones. La peluca no alcanzaba a cubrir toda la superficialidad de aquella cabecita adorada, como para un tango de Homero Manzi y Aníbal Troilo, por ejemplo.

—¿Qué ocurrió?

Se puso a explicarme su tragialegre viacrucis desde el primer novio hasta los últimos amantes.

—¿Y el amor?

—Artículo descontinuado.

Se ruborizó como si hubiera apretado un botón para ruborizarse.

Fue el suyo un matrimonio ligeramente ridículo. El marido pensó en hijos, no tuvieron tiempo de tenerlos; a lo mejor hubieran salido simplotes como él. Ella tampoco los deseaba, anticuado ese uso de la maternidad.

Habló de teatro y viernes culturales y salidas a hoteles de autopista, inclusive se había vuelto lectora y mencionó su fracaso con Aldous Huxley y Thomas Mann. Una mímica convencional cercana a la parodia acompañaba palabras y frases, daba la

I ii sombra de tu paso

impresión de ser otra mala actriz empeñada en interpretar su propio papel.

Cuando dije socarronamente: —“No tenés remedio”,

puso limada fría, como para bebería con mucho calor y jugo de papaya.

La vida golpea, es obvio, pero hay cierta falta de dignidad si el golpe se transforma en cinismos superficiales: ella debió pensar que le vendría bien cualquier profesión, y se dejó crecer el busto. —“Amamantar niños daña los senos” —había dicho.

“Entonces échales la culpa a los hombres”. Aunque apenas sobrepasaba los treinta años, algo en mí la encontraba en avanzado estado de edad. Sin embargo los movimientos eran sensuales, propagandísticos, acordes con recetarios de revista al día.

Tímida su estatura y una cara maliciosa de la que vivía contenta, para ella los años eran una rifa que se ganó sin haber comprado boleta. Sus rodillas tenían hoyuelos, como las mejillas de una novia que hace años me olvidó.

—¿No lo adviertes? ¡Soy una mujer liberada!

De motel en motel, ahora, de cama en cama. No pretendí entenderla ni que me entendiera ella, ni me importaba tener razón o que la tuvieran otros, la razón también usa peluca y pestañas postizas y brassieres lanzados y píldoras pro-explosión amorosa. La atmósfera se hizo tan pesada, que ni un levantador de pesas hubiera podido levantarla.

Me fijé en un a modo de corpiño festoneado que hacía patética la ampulosidad de su busto. Sus pestañas abanicaban un tipo de espera, sobaba un collar de regalo reciente entre coqueta y temerosa, a la pregunta que repitió sobre esa clase de mujer liberada.

—En mis tiempos les decían putas.

Algo se le cayó: el ánimo, su opinión sobre mí, una teta, no estoy seguro. Todo volvió a parecerme otro mal trago.

El mulato soplaba su flauta; de aquella flauta salía una música aburrida de tan mal soplada, la marihuana cobraba su cuota.

Se arrimó la que resultó ser tía de Raquel, aquella gorda, como si alguien la hubiera inflado para jugar una broma inolvidable al marido o probar la elasticidad de la piel humana.

—Lo felicito por su último libro —me habló, y al habl.u parecía desinflarse—. En estos días lo leeré.

—Su lectura lo mejorará.

Se volvió halagada, por poco me endosa su biografía. afortunadamente, de alguna parte resultó el caballero cara-de-sapo que encontramos al entrar, pero con tal semblante, que m siquiera esperé oírlo croar. Pasó rápidamente, aunque sin atrope líos, con un levante y un orgullo por algo de que sólo él tendría la clave. Arrimó directamente a la escalera del fondo, ahí lo vimos subir como si subiera al Altísimo. Entonces me pareció correcto que, por no ponerle atención, la escalera lo arrojara peldaños abajo: día tras día pisoteándola con ese aire solemne, remedador de una dignidad digna de mejor dueño.

No sé qué pensó él —recién llegado tal vez a una posición nunca merecida— cuando se vio adolorido y humillado en el primer rellano de la escalera, pero debió aprender un consejo elemental:

—En el mundo y en las cosas, al subir y al bajar, debe andarse con humildad serena.

¡Para repetir consejos estaba!, si en aquel tiempo no tuve uno de dónde aferrarme, desde cuando Claudia puso

atención a uno de nuestros boleros: Pasaste como sombra por mi vida, y como sombra en el olvido estás.

—Yo también puedo defenderme —dijo, fijos sus ojos en el cartel que representaba una mujer triunfadora—. Te echaré en el olvido, ¿no repite así la otra canción?

Y en el olvido me echó como en un saco viejo. A lo menos por aquellos meses me sentí más solo, continuábamos pegados a una vieja imagen de nuestras distorsiones. Con frecuencia, en mis sueños truncos veía a Claudia perderse en una montaña o más allá de un llano largo y ancho, olía a la loción exclusiva de Silvio Velero, y un hoyuelo en la barbilla del llano, y un mechón blanco a modo de yarumos al final, cuando empezaba la montaña.

Calles abajo, calles arriba, El monumento al obrero, el Parque Boston y su Córdova en bronce heroico. Pisé las hojas secas, me acomodé sobre una banca. En la de al lado, un hombre con barba de varios días hablaba a su compañero de botella, adormilado.

¿Qué le faltaba a esa perra? —insistía—. Le llevaba hasta bizcochos del Astor, pasteles Gloria, almendras, cosas así, nunca h faltó lo necesario... ¿Entonces?

Ya lo contaste —gangueó el medio durmiente—. ¿Por qué esculcar más lo que no tiene remedio?

Ah, tengo que oírme para poder creerlo.

Las mujeres son putas —dijo el otro contra su pecho, acezante.

¡Ella no! Sólo que tuvo su mala hora.

Mala para vos, para ella debió ser requetebuena... A ver,

i i liémonos el otro.

“Dramones de la vida real” —pensé sin dejar de escucharlos, parecían contar mi hora. El de barba de tres días dijo cómo esa tarde entró cuando ella no lo esperaba, le llevaba de regalo un fian racimo de uvas.

-Desde la puerta los vi revolcándose, me dieron náuseas, las uvas se me cayeron. Entonces corrí a vomitar en el bañito, i uando salí ya ni rastro de ellos. O sí: junto a la puerta estaba el i ácimo de uvas, estripado por los pasos cuando salieron corriendo. ¡Hasta hoy, compadre!

Echémonos el otro.

Me levanté pensando en las uvas y en Claudia, bregué por aceptarla como era. Tal vez observándose capaz de echar adelante una empresa le dio más libertad y la hizo más exigente, aunque frente a mí conservaba el apego que se tiene a la costumbre.

—¡Costumbre! —reclamó—. Nunca me acostumbraré a todo lo tuyo.

Así, de doble filo, eran nuestros asuntos de querer y buscar el olvido.

Recorría avenidas y calles tantas veces recorridas, ocupaba las bancas de los parques tantas noches conversados, hasta “La Urna de Cristal” callaba mi presencia, el gato no marrullaba su ronroneo. Sólo el licor en el vaso, sólo el humo; sólo el mundo entero. Una noche tuve que recordarme para reconocerme.

Tan solo me encontraba,

que nadie me veía, aunque mirara.

Tan solo, que al buscarme

tuve qué preguntar,

preguntar otra vez para encontrarme.

Jamás supe, sin embargo,

si era yo el que preguntaba desconfiado.

—¿Quién soy? —le averigüé a un señor que a su paso se quitaba el sombrero, de afán. Miró fugaz, y desconfiadamente

—Otro loco —dijo sin detener su andar.

—Oiga...

Echó el pelo hacia atrás y volvió a hundir el sombrero en su cabeza; supe que yo no andaba loco al entender que su sombrero, después de acomodárselo, era más que nunca un objeto completamente vacío.

Y recorrer otras aceras, detenerme en lo que nada importaba, alelado viendo el trabajo en las grandes construcciones, la excavación honda para oficinas o garajes, los arrumes de ladrillo y cemento, el girar y alzar de las grúas como insectos descomunales capaces de todo; y uno ahí, tan pequeño junto a lo desaforado.

Entonces regresé con ánimo de susto, me senté en la silla mecedora, copa en mano. De pronto los caballitos de Ráquira se fueron moviendo en sus repisas, caracoleantes, y cuando uno saltó lo siguieron todos, fue un galope tremendo el de esas figuras perdidas en la noche.

El tiempo se había detenido como un viejo cansado.

—Está parado el reloj —me advirtió un albañil a quien había contratado para aclarar los muros, taponar una grieta, atajar una gotera inmemorial.

—¿Lo pongo a andar? —preguntó—. Sé algo de relojes.

Y le dio cuerda para ponerlo a andar, y el reloj ensayó un primer movimiento y se fue caminando por el tiempo hasta que el tiempo también se me perdió. Al final sólo Claudia y un olor a loción fina.

Poco me importaban los problemas ciudadanos, las preguntas grandes que siempre nos hacemos; el ensimismamiento decía su importancia en otras preocupaciones: ¿A qué sabe la aurora cuando uno ya no sueña? ¿A qué sabe el sol de las diez de la mañana? ¿A qué sabe el viento después de traspasar los naranjales? Miraba la luna llena y pensaba en Claudia, miraba las señales del techo y pensaba en Claudia, orinaba contra un rosal y penaba en Claudia, torrencialmente. O me tiraba junto a un ropavejero, junto a una botella, vigas y caballete y soleras pensaban en Claudia, solamente.

Lo recordaba mientras criticaban La Bienal y el Desfile del traje Perdido.

¿Qué sabes del Arte Corporal?

—Sé a Claudia.

A Claudia se la habían secuestrado Gaviota, Fausto, La Sexótica y otro de los pintores de brocha tamaño familiar. Yo la retenía en una memoria que ejercía su selección arbitraria, se iban i errando los círculos. En cualquiera de sus regresos me llamó.

Te necesito, Bernardo.

Vos no necesitas a nadie.

Te necesito.

Yo andaba de farra por culpa del olvido, ella lo supo. Y una serenata de borrachera, donde el olvido se enredaba en el amor. Y nuevamente el silencio, ¡nadie sabe del silencio, amiga!

Estoy triste. Veámonos en “La Urna”, por favor.

Aquella tarde le llevé una muñeca de loza, tiempo después se la vi, abiertos los ojos, recostada en su almohada, como si a Claudia se le hubiera solidificado una figura de su sueño.

Quería hablarme de Pedro, de aquel funeral donde nos encontramos con Silvio Velero.

—¿Por qué estabas allá?

—Andaba contigo.

—Hay algo más y quieres decirlo. O no lo digas, ¡y ya!

Le temblaba la mano que me encendió el cigarrillo, tembló la copa junto a sus labios.

—¿Hay otra mujer? —preguntó.

—Siempre hay otra persona. U otras, nadie puede creerse imprescindible.

—Hoy te necesitaba.

—¿Con más rodeos a tu acomodo?

—¿Cuáles rodeos?

Se le salía un amago de desesperación en sus movimientos recortados.

—Manejas muchos misterios, yo quiero una vida clara. —¿Para invertirla en qué?

En su expresión había un resentimiento de diez o quince segundos.

—Hay cierta fiebre de hacer cosas, todo se va en lamentar la fiebre, sin descanso.

La palabra descanso sirvió para cambiar el ritmo de la con versación, estos detalles me han evitado contrariedades no buscadas.

—“El Descanso Eterno” se llamaba una cantina en Balandú, allá sabían poner nombres a las cosas.

—¿Cuándo vas a salir de ese pueblo?

—¿Para qué? A él regresaré cuando muera, voy a deshacer tus pasos.

En su expresión había un odio como de tres minutos, no daba para más.

—¿Qué palabra te gusta? —quiso disimular. Pensé en Estambul, en cristal por su sonadora transparencia.

...De una dorada, muelle Estambul.

¿A qué las fugas alucinantes

si hay tras las arduas cumbres distantes

los mismos mares y el mismo azul?

Pero ni Barba podía ofrecer la fórmula que mejorara el instante. Sólo dije:

—Hoy definitivamente me gusta la palabra olvido.

En su expresión había un minuto de llanto, pero dio largas al asunto.

—Hace calor, ¿no?

—Hace calor.

—¿Estamos en julio? Verdad, ya empezó agosto, otro mes caliente.

—Sí, calor en los agostos, luego vendrán los diluvianes.

—¿Qué son diluvianes?

—Se me acaba de ocurrir: grandes vientos con aguaceros inundadores.

Eran frases circundantes, quería hablar, ayudé en sus rodeos.

—Como agosto trae fuertes vientos, puedes elevar cometas y elevar el ánimo.

Pero nada regocijado había en su cara.

Imagínate que ayer el viento arrancó un eucalipto grandote en la casa contigua, cayó sobre un tejado.

Nunca siembres eucaliptos a menos de ochocientos treinta y dos metros y medio de tu casa.

...A un niño que estaba durmiendo casi lo mata.

La palabra mata la dejó pensativa, la hizo caer en eso

que queria contar.

Hoy fui al cementerio.

No sé cuántos desvelos le costó &a decisión.

No han cambiado las cruces, supongo.

Llevé unas flores.

Claudia, te estás humanizando.

Se las llevé a él, a Pedro. Créeme, yo jamás... Era un pobre diablo enamorado.

Pero enamorado de vos. Y dictaste sentencia.

No quise hacer daño, juro que fue un impulso generoso.

—Tranquila.

- Yo no quería hacer daño, él me seguía a toda hora. Una noche lo vi tan triste, que fui a su mesa. Estaba aterrado.

—Y enamorado.

Sí. Lo vi tan sin nadie, tan desvalido, que no lo pensé más.

—Y fuiste a su cuarto.

¡Qué horror! Allí colgaban esas pinturas, esos desnudos imposibles... Creo que los pintaba llorando.

El llanto se ha puesto de moda, Claudia.

—No sé si lo entenderás, no estoy pidiendo perdón. Quiero decir que pasé con él esa noche, y nada sucedió. Se me echó encima, ni siquiera me subió la falda. No lo quería, él sabía que yo no lo quería. Siguió llorando cuando me fui.

Después te conocí a vos.

-También has sido generosa conmigo.

—A vos te quiero.

—Pero yo ignoraba que él se sentía ofendido. Muchas veces nos besamos y nos estrujamos cerca de él, yo ignoraba también lo que sufría. En alguna forma nosotros ayudamos a matarlo.

—Te quiero, Bernardo.

—Entonces el perdón para todos.

Al saber que nada alcanza

ya no sufre el amador:

en asuntos del amor

lo que mata es la esperanza.

Aquella noche lloró de verdad. Yo miré el mundo que no rodeaba, para rendijear la vida y la muerte. Fue cuando le devolví el mapamundi, cualquier nota adjunta.

Mi escritorio quedó mutilado.

—“Algo que se nos acaba”.

En el tiempo de Balandú a la ruptura de una relación entrañable se devolvían fotos, cartas, regalos de ocasión, pañuelo* bordados donde el cabello enmarcaba un nombre o una fecha, en amor estoy chapeado a la antigua.

Le devolví el mapamundi que me había traído una tarde Océano Glacial Ártico, Océano Glacial Antártico, las imposible* islas de los mares perdidos, a donde viajaríamos si

el viento se hacía favorable. En ese mapamundi devolvía todo el tiempo de nuestro reciente pasado, tan encima como los oleajes.

Al otro día con Libardo me envió de regreso el mapamundi, y una nota:

Al fin y al cabo, mi mundo siempre fue suyo. —Claudia

Por más que estuve buscándola quietamente, en el mapamundi no pude encontrar aquella Isla del Olvido.

Según la manta es el frio, según la canción el canto;

según el dolor el llanto; según lo tuyo, lo mío.

—¿Fría yo? Casi treinta y ocho grados de temperatura.

—¿Y la de tu corazón?

—Arde. Anoche me quemó el pijama. ¡Toca! En realidad, parecían suavemente tostados sus senos, cálidos y alegres como niños jugando.

—¿Te hago daño?

—Me gusta esta clase de daños.

—Puedo morder.

Como si fuera a sacarles leche tibia, el corazón tan cerca, el amor y sus estremecimientos. Toda ella era un territorio invadido.

—Que nunca se acabe la vida.

Yo te recordaba en lo que eras. Querer, Claudia, ¡verbo

anticuado! Conjugarlo se hacía difícil. Yo te quiero, tú me quic res... Toda mentira, palabra también mal conjugada. Los verbos nunca mostraron la verdad, los adjetivos sobraban por adjetiva dores. Senos blandos o duros no decían tu pecho, muchacha, nunca dijeron tu temperatura, ni el leve llanto ni la queja escondida bajo las sábanas. No podían saber de nuestros días. Frío, calor, el diccionario nunca traspasó el calor ni el frío que sólo a nosotros nos pertenecía. Los libros tampoco supieron de aquellas noches, Claudia-fuga. La canción, es cierto, y el silbo de un camaján o el eco de la serenata cuando alguien tenía ganas de gritar. Boca de leve curva... ¡Qué va a entender de tu boca la literatura! Toda definición es una fuga, toda sentencia no pasa de aproximación arrepentida. Si yo nombro tus muslos, tus muslos se me escapan porque los nombro, no dicen tu vello dorado, oscuro en las noches, cuando eran muslos las nubes y todo era muslo en el cielo y en la tierra, entonces sabía tu pie. ¿Quién dice tu pie, el empeine junto a mis labios, la fiebre del labio antes de que tu cuerpo terminara? Seguía la soledad, y un lento regreso por toda tu geografía. ¡Nadie conoció un mapa como yo lo conocí! No me hablen de ríos, no me hablen de colinas, no me hablen de montes de zona tórrida, yo sabía todo tu silencio. ¿Qué saben las enciclopedias sobre el silencio? Su lenguaje lo aprendimos cuando no había sino callar frente a todas las palabras.

Donde estés, muchacha, desde donde yo esté, guardaré mi silencio enamorado.

Tal vez todo se acababa en cada momento, en él su final esperado y rehuido, el de la fiesta y sus afanes, el de esas carátulas como para cine impresionista.

Amílkar U. se acercaba, santo y perverso, el caminar abierto a lado y lado, curvada la espalda al peso de una mística perdida, desde que fue ayudante del obispo en Jericó, uno de

los pueblos que nos pertenecían. De allí eran Darío Lemus, X-054 y La Madre Laura, Jesús Aníbal Gómez y otros santos que tal vez nos salvarían, yo entre ellos: Una tarde me le aparecí a La Virgen.

Después de sus picardías voló a San Francisco y habló con los poetas Corso y Ferlinghetti y frecuentó bares de hippies y putas y homosexuales que creían en Dios y creían en todos los diablos. Consumidor de Elvis Presley y Los Rolling Stones, de Ella

Fitzgerald y Taelonius Monk, amoroso en las baladas de los negros en el Hondo Sur.

Yo quería ser Cardenal —me dijo una noche junto a Claudia—, con todas sus pompas y vanidades.

Ahí aprendió también cierta seguridad del que maneja la verdad, que de pronto le quedaba estrecha. Era pícaro y santo, con una sabitud precoz, "Vana Stanza" fue su testamento.

Se ahogó hace poco en el pequeño lago de La Oculta, donde una vez pesqué una carpa ensartada por la barriga, y una tortuga, pímpano la llaman, casi me arranca un dedo.

—Yo sabía que nadaísmo no viene de nadar —comentó Jota Mario, cínico y dolido al juego de palabras.

En la fiesta seguían las jóvenes lesbianizantes, más un equipo de sonido requeteelectrónico. Raquel debió esperar un desmayo de envidia admiradora ante algunos cuadros, porque cuando vio ni Marchante pasarlos por alto, puso decepción en su rostro.

—Lo siento —sentenció El Marchante; y por no quedar

peor:

Parece que se aprende a pintar para no pintar como se aprende.

I o que menos debe saber un pintor de hoy, es pintar.

-Se buscan verdades negativas: no trabajar como antes, negar la tradición... —fueron rodando las opiniones.

—El secreto para hacer obras geniales lo tienen los críticos incapaces de hacer algo original —dijo Velero en su obsesión, y se utobiografiaba sin darse cuenta:

-Al endosar mediocridades, cumplen una labor narcisista regodeándose en sus propias limitaciones y elevando la literatura de la limitación a categoría de arte.

Raquel escuchaba, omnipresente.

—Y tú, ¿qué sabes? —me preguntó, alta y atractiva.

-Sé A la rueda-rueda / de pan y canela de memoria, puedo acompañarla bailando. Sapitos al agua, / sapitos al sol... Sé los "Cuentos Pintados” de Pombo.

Claudia presionó los dedos en mi brazo izquierdo, contra él susurró:

—¿Quién tendió hoy la cama?

Sigue destendida. La cama destendida, / soledad de las sábanas, ¿recuerdas? La compuso Rodrigo. Rodrigo y Leonardo la cantan, algunas veces tarareo bajo la ducha.

—¿Todavía piensas en mí?

—Bajo el agua.

Hay un sitio del aire que llora,

y una gran soledad donde no cabe nadie.

—De Hernando Rivera Jaramillo.

—¿Quién es?

—Recuerdo a Hernando. Lo recordamos Otto, Belisario y yo, tres románticos descontinuados: luego existe.

—...Sí —dijeron al azar—, quiso poner orden en su vida Nunca he visto una muerte más ordenada que la suya.

Y en la pelea de cada rato:

—Prefirió ser correcto.

—Pero no está acostumbrado todavía.

Un tirón de músculos faciales, una voz untuosa entre la rabia

—Cumpliré correctamente, le doy mi palabra.

—Deme algo más, y todos tendremos corazón contento, como dicen Los Guahíbos.

Yo pensaba en Claudia: Castellano, guahíbo, kuna, sibun doy, cien dialectos nombraban su nombre.

—Amukin kolila, koli pankara: Cállate, linda, linda florcita, en kechua.

¡Cállate, corazón, pájaroloco!

—¿Sigues encerrado en tus montes? —me preguntó Silvio, ¡El aburrimiento!

—Entretengo mis desvelos con un diablito que se

columpia en el péndulo del reloj. Tengo un viejo reloj lleno de brujerías, marca esas horas distintas de la montaña.

—¿La montaña?, ¡olvídalo! —dijo su rostro como una orden sin apelación.

—Me recuerdas a un paisano...

—Otra historia provinciana.

—...En una alcancía invento suyo metía el tiempo que le sobraba; cuando quiso hacer uso de sus ahorros, vio que era un tiempo descontinuado, que no servía ya para invertirlo en su vida; entonces se suicidó con odio.

Miró a Claudia, buscando solidaridad.

—¡Yo no odio!

—Ahí estás odiando.

—No hago sino querer. ¿Cierto, Claudia?

—Ya que me avisas...

—Tranquilo, viejo, te separaremos banqueta en El Limbo.

Lenguas con espinas —decía El Mulato de bluyines—. Almas con ubres sin brasier. ¡Ahora me duelen los ovarios!

Otro bluyín y su chaqueta arrugada apenas contenían un corpachón al entrar.

¡Qué hubo, Mario Rivero!

Mario el poeta, no el crítico —dijo, en mi hombro sus manos cálidas. Mario el cantante. Las sombras de la tarde / vendrán trayendo tu evocación... ¿Estuviste en la inauguración

de La Bienal? Pura farsa, maestrico.

—Sólo vos y yo somos picaros honrados.

¡Eso! Mario me llamo / soy mordisco al aire / soy un husmea-cosas / soy un cuenta-cosas....

El trío musical le daba al pasillo y al bambuco a petición de irnos cuantos.

¡Por ahí! —exclamó Darío Ruiz sobando transversalmente su cabeza y olvidando sus erudiciones. —Marichita, Elsa, María Eugenia, ¿quiénes más? Uno siempre está solo.

—Fueron en su momento la compañía. Hermosas mujeres.

Donde pones los ojos pones el cielo —dijo Fernando González a Claudia.

¿Qué más, hombre? —me preguntó Luis Fernando Peláez.

Encontraron una sirena varada junto a un laguito en /¡ruma. De ella se enamoran los castos y los tímidos.

—Yo soy tímido y casto.

Allí también dos negociantes, arrinconados para menear sus negocios.

¿Usted quería verme?

—No, en absoluto.

Dijeron que tenía que hablar conmigo.

—Eso es otra cosa.

Y alguien, serio y pechón, al arrimarse:

—¿No tiene escrúpulos?

Bueno, los perdí en mi primera transacción. Quiebra por honradez.

No son compatibles los negocios y la moralidad.

Y reiteraciones:

—No pregunten qué es belleza: pregúntenme qué es bello.

—No se trata de quién es mejor pintor sino de quién es más astutamente aventurero con los materiales.

La Liberada monopolizaba a un artista joven; antes de perderse con él terraza afuera —la luz fastidiaría en sus ojos pintados— me miró; es decir, me mordió con su mirada.

Su ausencia la llenó el saludo del Marchante en obras de arte, alto y de frente baja; medía un metro con ochenta y ocho centímetros y siete milímetros y medio, aproximadamente.

Servía de acompañante a Fausto el galerista y a los infaltables, el pintor y el cantante jóvenes, mechudos y vanguardistas.

AVANT GARDE

¿Qué culpa tiene el cobre

si amanece timbal '

Rimbaud

Viéndolo bien, como pintor no tengo problemas frente

al arte, basta con ordenar a los artesanos:

—Pínteme esta superficie.

—Empáqueme estas pajas.

—Hágame tres cajones.

—Remácheme esto, suéldeme aquello.

—Clávelo.

—Límelo.

—Rotúrelo.

—Tornéelo.

—Organícelo.

Ahora estoy que ardo por el fallo en La Bienal: uno de los Jurados tiene sensibilidad única para el arte moderno, y es fino c insinuante; además, ciertas evidencias me favorecen según las señoras más distinguidas. (Esto sin mencionar El Horóscopo, mi signo habla de una fantástica sorpresa y de innegables aptitudes artísticas. El Tarot...).

—Dime, ¿qué crees que le falta a mi obra?

—Candela, maestro. Candela.

NUEVA OLA

¡Silencio, grandes cantidades de silencio!

León de Greiff.

Desde pequeño quise cantar, y creo que mi postura

sigue siendo adecuada. El único factor adverso es que nunca he tenido buena voz.

Pero naciste con buena estrella, todo puede arreglarse decían mis tías, y así fue: para adquirir voz es suficiente un amigo cantante, mejor si el amigo es ventrílocuo. Por supuesto, debe el atarse de alguien a quien nadie más conozca y de cuya entonación nadie llegará a saber, ¡es emocionante el mundo!

Formidable esa voz —dijo el crítico mejor cotizado al escuchar una muestra en acetato—, ni parece salir de su pecho...

El gerente de una Firma grabadora, al tanto del secreto de mi estilo, piensa que será un éxito el long-play de ensayo, los adelantos en acústica y demás recursos electrónicos dan para todo. Y como mi figura ayuda —lo sé desde que la casa se llenaba de visitas— estoy muy esperanzado en el próximo Festival de la canción de Vanguardia.

Claudia había regresado más delgada, lo notaron mis dedos ni sentir su brazo disponible.

-Es la ausencia —debió decir, recorrí los meses vacíos y largos de lluvia y sol sin objeto.

¿Y qué haces ahora? —su eterna pregunta.

Quererte —respondía sin mucha convicción.

Es un oficio para vagos — remedó afirmaciones del Grupo.

-Soy un vago, chica.

Llovía en el aeropuerto aquella vez, le puse la boina al entre- I'.H el tiquete. Sonrió un poco su manera de llorar.

-Como que siempre nos estamos yendo.

O se detenía en asociaciones:

-¡Es increíble!

¿Qué asunto?

—Los niños cerca del polo Norte no pueden llorar porque las lágrimas se les congelan casi antes de salir y les chuzan los ojos Hoy tengo mucha tristeza por los esquimalitos...

Pero volvió, siempre lo preguntaba:

—¿Qué haces ahora, en serio?

—Hago la vida: cojo un poco de barro, lo redondeo, soplo y..,

—¡Salgo yo!

—Sí. Perdona mis equivocaciones.

—¿Así quedé de mal hecha?

—Soy mal hacedor, los dioses hemos sido simples iniciados

—Si pudiera ayudar...

—Los dioses estamos solos.

Contempló el viejo reloj, sobó el mapamundi, sobó la bomba verdeazul con luz de estrellas. Sobó mi rostro.

—El amor debería ser dulzura.

—El amor sigue siendo sangre.

—Opinión tuya.

—El amor es la pregunta desolada, ¡mira qué literato! Somos la brizna de paja en el viento, ¿quién lo dijo?

—Yo no soy culpable.

—La culpa es la disculpa de nosotros, pobres muñecos morí a les. Menos vos, todos somos seres imperfectos, Pedro Escobar lo supo. Pedro...

—¡Ya!

—Lo que llamaste basura es una obra de arte. En ese desnudo llora la soledad.

—¡Más literatura!

—¡Mírala, allí está contra el muro! Lo matamos, Claudia.

Tomó el maletín azul para irse.

—Suerte, muchacha, todos los días de tu vida.

No aceptó lo que sonó a despedida final.

—Mis días son los tuyos, lo sabes. Como el mapamundi o el reloj o mi tiempo.

—No lo sé. Somos insignificantes frente a los problemas verdaderos del mundo.

—Eso es problema del mundo. Este es nuestro problema.

—El de todos, chica.

—¿Y el reloj?

—Seguirá dando sus horas, el meridiano de la vida pasa por mi apartamento. Aquí toso dos veces, la academia gana.

—Perdemos nosotros, ¿no?

O ganábamos cuando por la Calle Junín sobrepasada de gente oíamos un pregón entre tantos pregones:'

—¿Lo aman, la aman? ¿Lo odian, la odian? ¿Será feliz o feliza, desgraciado o desgraciada? ¡Lea "El significado de los sueños", cincuenta centavos el folleto decidor!

Así seguía perorando el vendedor de sombrero tejido, su reguero de libros y revistas en el pavimento.

—Cómprame uno —pidió Claudia. Después nos daba para sonreír largo rato aquella interpretación de los asuntos soñados.

—"Barco. Barco en la mar soñarás, / pronto visita tendrás. / Si lo ves en un naufragio, / no prestes dinero al agio. Inundación: relaciones amorosas interrumpidas por malevolencia de un amigo"

Mis sueños están más inundados que el Océano Pacífico.

—"Mariposa'. Tu novia es inconstante".

—Pues sueña un elefante.

—"Ovejas: Dicha y contento tendrá quien ovejas sueñe".

—Esta noche te soñaré un rebaño.

—"Nalgas: Si la de una mujer llegas a ver,/ disgustos te dará el placer".

—Mañana miraremos el resto.

El mapamundi giraba en su quietud. Y nuestra vieja canción:

Dónde irás ahora, dónde, amor en retirada...

CAPITULO XV

Puse tu nombre en el viento cuando empezaba a llover: agua y viento han de saber lo que perdí en un momento.

Estábamos en época lluviosa. Lo malicié porque caían aguaceros tras aguaceros; porque la gente llevaba impermeables y paraguas o se protegía con las últimas noticias; porque las parejas iban unidas y los rostros adquirían seriedad; porque las luces de los avisos se reflejaban en la humedad del pavimento y en el metal de los automóviles.

Por eso debíamos estar en época lluviosa, y porque la lluvia golpeaba mi ventana: pero esta frase no invoca la lluvia ni la ventana; quiero decir que llovía y me encontraba triste.

Pero tampoco así digo mi tristeza. Porque te recordaba con recogida ternura, y porque también llovía en mi recuerdo, y porque ese recuerdo me hizo recordar que te quería.

—¿Por qué tienes que viajar ahora?

—La industria crece, Bernardo.

Lo decía como quien dice: “Estoy creciendo”.

—Ya te veo muy alta, ojalá no te marees.

En el fondo estábamos alegres por su capacidad de recuperación. No de la mía.

—¿Qué estabas haciendo?

—Un cuento del Oeste.

—¡Ya!

—Resulta que al cuatrero más solicitado por la ley lo condenan a la horca, lo condenan a la silla eléctrica, lo condenan a ser fusilado: tres muertes distintas y un solo criminal verdadero Aunque hubo muchas disensiones jurídicas, al fin lo invitan severamente a sentarse en la silla eléctrica, lo levantan de la silla con una soga al cuello, y, ya colgado, el pelotón de fusilamiento dispara. ¡Pum!

—¡Ya!

—Un poco mi caso...

Aprobó, dudó.

—¿Vas a seguir así?

El así era mi manía de escribir y contemplar las cosas, y ese efectuar trabajos pasajeros que disimularan la vida. O

trabajos continuos e imperceptibles que me la dañaban.

—Estoy en mí, Claudia. Debería ser un buen sitio para cada persona.

Balbuceaba, desearía verme disponible y cómodo.

—¿No tienes más ambiciones?

—En absoluto.

Algo en ella se ponía triste. O se le erizaba un ánimo de venganza prematura, animada por Raquel y compañía.

—Debo salir.

Esa tarde me dijo que su abuela estaba muy enferma.

Iré esta noche. Nos veremos mañana, como siempre.

Tal vez fue más rápido el beso, tal vez más deliberadamente descuidada su manera de poner al hombro la correa del bolso y caminar, tal vez pensé que no era tan grave la enfermedad de su abuela, aunque sé hasta qué punto una abuela puede acudir al apuro de su nieta preferida.

Escuché música, oí el noticiero radial, apagué el televisor, toqué la bomba de luz de estrellas, me puse una chaqueta de enero, di cuerda al reloj, sobé el mapamundi, apagué y salí, Claudia era parte grande en mi manía de pensar las personas, y por pensarla seguí la huella de sus pasos, alguien me los dictaba, mi otro yo en esfumado plano astral. Entonces la vi tomar un taxi, vestida para fiesta. Al otro día, a su pregunta:

¿Qué hiciste anoche? —respondí:

Fui al velorio de tu abuela.

Bebió de mi vaso, suspicaz.

¿Crees que no está enferma? Llama por teléfono.

Sacó una libreta de su bolsa.

—Aquí está el número.

Te pones muy elegante para visitar abuelas graves que viven en la misma manzana.

Retiré la mano que me tomaba.

Invítame al apartamento —pidió. Me puse la chaqueta, recogí el libro.

—Ni siquiera con Lujuria saldría esta noche.

¿Con quién, entonces?

Buscaré a Brújula, es tan inocente como yo.

—¡Bernardo!

—Tal vez fue un error tomarte en serio.

El mesero recibió extrañado la propina habitual.

—Adiós, Libardo —le dije—. Buena suerte.

No volví la cabeza cuando mis pasos se confundían con miles de pasos en la calle.

—No hay salida. No hay.

Excepto a las calles habituales. Pero esta crónica encontrará la suya, anudaré lo inanudable, volverá al camino trazado. En él la cabeza de Silvio Velero retorció gestos de incomodidad como si se la hubieran prestado de mala gana. En su círculo de Jazz el chismógrafo y el chismófono registraron

contra mí críticas enojadas, Claudia fue víctima por carambola, entonces vivía conmigo. Al lado de su cuerpo dadivoso y adorable, cuando me obligó a padecer esos inútiles tormentos de la vida cotidiana, la necesidad trivial, el apuro sin objeto, la intranquilidad robada a toda hora. Vivir juntos, una forma de permanecer aparte: el detalle que en lo exterior aparecería inadvertido, en la familiaridad se agranda y apabulla.

Junto a mí debió sentir que se entregaba demasiado y renunciaba a otro mundo que debería ser el suyo, esa frustración la minimizaba. La industria copaba su tiempo, llegaba con fatiga en los ojos, en las manos, en el cuerpo nervioso, en la voz, en los ademanes: telefonazos, citas, facturas, correspondencia, promociones, inseguridades...

Ya en el apartamento lo que fue orden se desordenó, lo que tenía paz se volvió escaramuza, y la tranquilidad interior corrió hacia la puerta de escape.

Sentía rabia con ella porque alejaba mi fe en las personas, porque negaba mi convicción de estar enamorados. Su mentira por omisión me vulneraba, aunque deseaba entender: en una sociedad machista, la mentira equivale en la mujer a un acto defensivo, a un desquite, a una acorralada manifestación de sus derechos.

Entonces escribí una larga letanía que colgué en el baño: El amor se nos iba volviendo costumbre, y la costumbre tenía mala ley. Ya no había sitio para el desparpajo, para el pequeño asombro de querer cada día y encontrarle un sentido distinto, donde se hallaría la posible verdad.

Claudia: Si entras en la casa, cierra la puerta; si no hay puerta, ciérrala.

Claudia: Si te vas a bañar, no se te olvide quitarte la

ropa.

Claudia: Si estás manejando el carro, acuérdate de poner las manos en el volante.

Claudia: Si llueve, es que el agua cae, o que alguien está orinando.

Claudia: Si un barranco se te coloca al frente, no le eches la culpa al barranco.

Claudia: Si quieres peinarte, acuérdate del peine y del pelo.

Claudia: Si al caminar se te caen los calzones, recógelos.

Claudia: Que tu maliciosa falta de memoria no siga equivaliendo a tu comodidad.

Claudia: No pienses tantas mentiras, aunque de tantas mentí ras juntas hagas tu verdad.

Claudia: El sexo que tienes lo tienen todas las mujeres del mundo. No te creas tan importante.

Claudia: Me vengo aburriendo con absoluta insistencia.

Claudia: El vacío que vas a dejar puede llenarse, todavía. No sé con qué, ni con quién. Pero puede llenarse.

Claudia: Estoy solo.

Claudia: No sigas haciendo esas pequeñas trampas, te empequeñecen.

Claudia: Ignoro si te colocas careta para mentir, o si la verdad posible sería tu careta.

Claudia: Estoy que estallo.

Claudia: Será larga esta ausencia. Para mí, cuando menos.

Claudia: Si quieres abrochar el cinturón, mira antes si hay un cinturón qué abrochar.

Claudia: Si está tu cuarto cerrado y piensas salir, no se te olvide que para salir es necesario abrir antes la puerta. O la ventana.

Claudia: ¡No doy más!

Claudia: Me siento hijo de mí mismo, y me cojo la mano.

Claudia: Tu bondad se está haciendo un truco de exportación.

Claudia: El orden en la casa no destruye tus principios aristocráticos.

Claudia: Si hay un dintel más bajo que tu frente, agáchate al pasar: un chichón no es ninguna forma noble del orgullo.

Claudia: Utilizar las llaves no equivale a ser ama de llaves.

Claudia: Estoy putamente aburrido. Gracias por lo que nos quisimos.

Claudia: Si te hace más falta tu gente, te vas con tu gente.

Claudia: No tienes obligación de seguir conmigo: las puertas están abiertas para entrar o para salir.

Claudia: Te has ingeniado tal bondad de alma frente a los demás, que lo que digas en mi contra será verdad absoluta.

Claudia: Mis cosas literarias pueden no valer, pero no son basura para que las botes.

Claudia: Si alguien leyera esto, me creería mentiroso.

Claudia: ¡No puedo más!

Claudia: A pesar de todo te sigo queriendo. Pero el amor tiene remedio, como casi todos los males.

Claudia: ¡¡¡Claudia!!! Claudia. ¡¡Claudia!! Claudia-Claudia. ¡ ¡ ¡ Claudiaaaaaaaaaah!

> Entonces entramos en los meses como en una casa grande: pasillos primeros, aposentos para el amor, sala de espera, el cuarto de San Alejo... Allí iban quedando nuestros diálogos de desperdicio, los días desechables, y un poco de amor en despedida: allí quedaba un rezago de nosotros, las cosas que se dicen que nadie tiene la culpa, que habrá otro día bueno, mañana el olvido total de aquello que angustia y rebaja, el hecho de que perdonará. Y un cordial reconocimiento de tantas deficientemente que haría menos patéticas nuestras precariedades. Yo, tu, el. Mal hechas le quedaron a Dios las cosas que intentó. O que dañamos nosotros, como niños con juguete nuevo.

— Oigamos Jazz —invitó Raquel cuando por la ternura reapareció La Liberada con el abrigo puesto - briznas de musgo en su textura, debió sentir frío su espalda contra la hierba, detrás venía el pintor joven como si lo hubiera apolismado una centella. La Liberada tuvo sacudimientos de gallina de buena raza al desprenderse del abrigo y sonreír otra vez a la

existencia. Creí que había puesto un huevo.

Bueno, ¡El Jazz!

No hay genio posible sin él. O Bach en adaptaciones, a| Vivaldi resucitado, no sé si injustamente. Imposible vivir al margen de Las Cuatro Estaciones y el Cine-Club, para elogiar o atacar películas incongruentes o maestras, lo importante en opinar pontificalmente alzando el índice en los foros.

—¿No te gusta el Jazz"! —me preguntó Raquel, atemperada su dosis de veneno.

—En música apenas llego al Himno Nacional y a dos o tres villancicos.

—Y de esta música alta, ¿qué? —me preguntó burlonamente

—Sí, Beethoven, Mahler... Sobre todo Mahler... Pero, ¿sabe?, toda esa música me gusta oírla en español.

Tal vez la sonrisa de Claudia le dio a entender que también me burlaba.

—Siquiera te escapaste de las canciones de cuna —disimuló Miró a Claudia antes de empezar a rajar contra el matrimonio, era la moda; el segundo marido, de quien se estaba divorciando después de despachar al primero, quedó más mal parado que un ganso con reumatismo.

Aunque deseaba ser simpática y halagarme (la impresionó el éxito de mi último libro, no el libro) intervino con sus correiveidilerías al más temprano rompimiento entre Claudia y yo.

—¡Siquiera no te casaste!

—¿Lo dices por Claudia? Sí, ella hubiera hecho su peor inversión, tenías razón en tu campaña.

Corno un gran peso trasladó la dirección de los ojos de mí a la ventana, de la ventana a la puerta, de la puerta a un rincón, no salida para su pequeño acorralamiento. Quiso hablar sobre el matrimonio.

¿Cuánto hace que estás casada? —pregunté. Intentó un humor jovial.

Desde que me conozco.

Entonces no debe hacer mucho tiempo.

No supo si resaltaba su juventud o minimizaba su capacidad de conocer, sonrió por no encontrar respuesta. Abrió más sus ojos azul claro, para pedir perdón por cualquier insolencia cometida o por cometer: insinuación de un tono ocultador de otros matices.

Fausto pasaba de brazo con El Marchante, a éste le descubrí más detalles: una bien delineada estampa de inquisidor lleno de huesos fuertes y delgados, como para fabricar flautas alejadoras; ni embargo debía tener ocho metros cúbicos de antipatía.

Gaviota bailaba su solo de flamenco entre los sillones, un sombrero de plumas grandes ladeado en su cabeza.

— Yo soy Carmen la de Triana I y ñola de Merimée —canturreaba meneándose con gracia maricona.

Y a la pregunta de un asistente, su respuesta dio de reír:

Yo soy el ser de las tres cees: Católico, conservador y cacorro.

¿Nos sentamos? —propuso Claudia, y nos sentamos entre sonrisas de compromiso y escarceos de mala leche. Tal vez rehicimos el tiempo cuando decidimos vivir juntos, cuando vino la convivencia con sus vaguedades, vino el afán de lo que no se necesita o no merecemos, vinieron los estados de alma llenos de arrugas, en que cada día era malhechura del anterior, la imaginación tirada allí, por los rincones. Entonces regresé a un sitio, a un momento.

Al principio escuché como un escándalo, como un gran carnaval, como un ciclón, como una invasión de orangutanes, como un terremoto, y me asusté. Puse bien el oído hasta captar los golpes: era la vida, ese animalón. Y a nada me asustaría, cualquier asunto podría llegar, inclusive de Claudia, ahora otra vez a mi lado.

—Estará muy vacía la cama —dijo con afán de que le aprobara.

—¿Lo crees?

- ¿No?

—A veces te invoco.

- ¿Y llego?

—No. Viene Lujuria.

—\Lujuria es una cualquiera!

—Pero me quiere.

—¿Cuántas son Lujuria?

—Hay una vida larga, ¿no?

—Yo soy la última, claro.

—Yo soy el último, chica. Aprender a querer es difícil, lo supo desde la primera vez. Uno cree que se va entrenando y le fue cogiendo cariño al amor: cariño, no confianza.

—No estás capacitado para confiar en nada.

—No. A veces viene Brújula, ella es simplemente traviesa de pronto se me entra por la ventana.

—¿La querés?

—Sí.

—¡Yo soy Brújula y Lujuria, lo sabés!

—Se me ha olvidado un poco, escasean los seres amigos

—¿Y qué haces ahora?

—Quererte, ya te conté.

—No seas anticuado —lo dijo por repetir, no por convicción

—Soy rural y anticuado, querer es oficio decente.

—¿Oficio de tiempo completo?

—Dedicación exclusiva, no lo podrás entender.

—Explícame.

—Nunca será entendido lo que hay que explicar demasiado En el amor se va al carajo la lógica matrimonial.

Estaba por mandarla lejos, a donde mi recuerdo no pudiera encontrarla. Entonces me miró y vi lluviosa su mirada. Nos tomamos las manos para que no se nos perdieran, como en

aquellos días.

—Oye... —había señalado vagamente el aire, junto a su oído derecho—. El desfile militar.

Siempre aparecían interrupciones oportunas, o nos las inventábamos por diluir soluciones, que llegaban tarde.

—Oye...

Continuaba aquel duro agosto y se iban acercando los sones fuertes de las bandas de guerra, encabezadas por la del ejército, seguían las de colegios y universidades, uniformes vivos o grises, que marcial en las calles céntricas, caballos poderosos jineteados pm hombres apuestos contentos de su marcialidad y su apostura, El sol ponía sudor en los rostros marchadores. Calles y avenidas iban llenando de un son heroico que parecía anunciar el peligro atractivo de las bandas de guerra.

Imponente, ¿no?

Entonces nos amamos heroicamente, con acompasados sones marciales, fue otra experiencia para recordar.

O La Feria de las Flores, donde también sonaba la música pina animar a cuatrocientos silleteros venidos de la montaña, cada cual, con su silleta llena de flores a la espalda, en arreglos artísticamente audaces: eran un profuso jardín rodante, incansable y lento, acompañado de aplausos y danzas y sonar de cuerdas con los aires nativos que invitaban al movimiento vertiginoso en vicios y niños. Luego la cabalgata: mil caballos, y encima hombres de edad, mujeres hermosas, muchachos. Y las grandes casetas en la noche, la música a todo furor, el amor muscular en los bailes de tierra caliente y tierra fría.

Pero quien habla desde el recuerdo habla un poco desde su propia muerte, eso debía pasarme.

CAPITULO XVI

Tal vez te preguntarías por qué el olvido me llena...

¡Si me fuera de la pena como me voy de los días!

—Las doce es mala hora para llorar.

Se sentó en la cama, cerradas las piernas, abierta su mirada. Se fijó en la lámpara de noche como si en ella estuviera la solución.

—No sé de horarios —dijo. Un cohete sonó, imaginamos su camino de humo—. ¿Y si estuviera esperando?

—¿A quién?

Viró su rostro a la ventana, tomó el auricular como si tomara el brazo de un niño.

Colgó, regresó a la cama, tiritando.

—No, no llamo a nadie. A nadie. Estamos solos. Se volvió a levantar, tomó mi vaso para mirar encima de él, por eso llegó con sabor a licor su mirada. Otro cohete sonó afuera,

donde había vida.

El hijo posible, estrecho en nuestros estériles afanes. No fue gota de fuego esa simiente, / no fue lluvia caída en tu tibieza/ ni cayó en tu calor polvo caliente: / lo que yo te sembré fue mi tristeza. Oscar Hernández, primero la noche que la literatura, c i u uno de nosotros los noctámbulos.

—En mi cumpleaños...

Tal vez los años seguían siendo enemigos: ahora los cojo del cuello, los levanto y les doy una patada donde más nos gusta bu querer.

—Hagan juego, señoras y señores, rueda la bola...

En esos días me pidió que fuéramos a El Bosque; cuando montó en una barca remera, advertí que en el asiento frente a mi ella abría campo en homenaje a un niño ausente. Después la miré dirigirse al lugar de los columpios, una mano sobre el apero del borrico disponible; y empezó a balancear uno de los columpios, sin nadie en él, como si pensara en el hijo que desde algún sitio inexistente debería llamar.

Perdona, Claudia, mi abandono.

Seguía la fiesta.

—...Sí, era hermosa: al verla tenía que pellizcarme para averiguar si me había despertado.

Volvió a pasar un tipo de modales anchos, que nada me dijeron de él, ni de su voz gruesa, para vivir al lado de un río escandaloso. Valía su mirada, que salía como detrás de todas las cosas. Alguien tarareó el bambuco que le gustaba a Borges: 1 están las aves dormidas / y las estrellas despiertas...

Gaviota serpenteaba mientras en uno de los corrillos

seguían hablando de artes. También Silvio Velero anduvo embaucado en el arte abstracto, las esculturas chirreantes y cuanto bueno y pésimo empacaban en su cabeza, porque al explicarlos se percató de que otros tampoco los entendían; parecían disculpa las críticas, palabras rodeantes sobre lo que captó al teatro del absurdo y a lo más desfachatado en música electrónica, malabares con quienes sostenían que toda esencia radica en la nada: volvió a nadizar todas las cosas, aunque el verbo sería nadear, nadescer requeriría un padecimiento. Por aquel tiempo su frente pidió prestadas dos arrugas y la erudición exigió un par de gafas oscuras.

Por variar de rostro —explicó su bigote y su barba, porque también se dedicó a ser artificial con la mayor naturalidad

posible—. Me los dejé crecer cuando las muchachas empezaron a minifaldearse. ¿Coincidencia, rezago de puritanismo? Descubrían tanto ellas que me vi forzado a cubrir algo. Ahora vienen los Hot-pants...

—¿Te dejarás crecer el ombligo?

Y el anuncio en la puerta a la sala de audición:

ANTES DE ENTRAR

SIRVASE QUITARSE

LAS GAFAS Y LOS CALZONES.

El Mulato sobó la flauta contra el bluyín desteñido, aprovechó la presencia de Silvio para repetirse ambos en incoherencias de cierto atractivo:

—¿Cuándo llegan Los Maestros?

—¿Tiene frío?

—Tráigame un poco de viento envasado.

—¿Qué más desea el señor?

—Una ruana transparente.

—Se acabó el agua. ¿Algo más, señor?

—Por favor, un balde electrónico.

—Están mamando los terneros, señor.

—Culpa del Inspector de Permanencia.

—El sigue en El Limbo, señor.

—¡Dios mío, qué rutina! Denles cuerda a los relojes a ver si cae un poquito de fiebre. ¿Hay para fiebres?

—El reloj está en huelga de hambre.

—¡Hartas horas se ha comido!

Y Claudia, ante la palabra repetida:

—¿Qué hay de nuestro reloj?

—Hasta hace poco andaba acelerado, contando las horas que faltaban para tu llegada.

—Adoro ese reloj.

—Si te demoras, le hubiera dado un infarto.

El Mulato volvió a su flauta como si diera chupadas a su enmarihuanamiento. Y otra voz anónima y medio borracha:

—Mi alma estaba tan triste que necesitaba un brasier;

entonces vinieron tus manos.

Algo de poesía flotaba en el ambiente, como el humo casi inasible del incienso forzado entre el arreglo, según la última moda en revistas frívolas. Por un momento Silvio volvió a dominar el círculo, hábil en resaltar aspectos del concierto que no entendió, en aminorar con sonrisa estudiada cualquier elogio a una obra sobre la que había críticas adversas o fervorosas. P01 que elogiaba algo si convenía a sus intereses, si con ellos cultivaba próximas admiraciones, para lo que efectuaba campañas proselitistas, de modo que cada opinión favorable saliera como espontáneamente: pocos sacaron tanta ventaja a la condicionada reciprocidad en admiraciones fingidas.

—Cuando acabe mi novela te la mostraré.

—¿Vas a acabar con La Novela?

—Escúrrete porque te siguen pasos de animal grande.

—Sé andar entre animales —sonreí por no vulnerarlo.

Hubiera sido mal novelista: como se ocultaba o disfrazaba ante los demás, todo se le ocultaba o disfrazaba cuando trataba de descifrarlo, incapaz de ponerse en el caso de los otros: no podía ser buen narrador un egoísta de nacimiento, equivocado al apreciar defectos y cualidades.

—Muéstrasela a Fabio Acevedo —se lo señalé—, allí anda pontificando.

—Sí, primero debo mostrársela a El Genio.

Pero El Genio también pedía antes anuencia a una serie de conceptuadores, quien estuviera de acuerdo con él tenía pocos riesgos de equivocarse: la validez de su juicio era

aproximada mente de dos años; en ese lapso la gente habría olvidado lo que opinó, o habría encontrado disculpas y solicitaría permiso al genio de turno para pensar lo contrario, impunemente.

—Es una obra nueva de verdad.

—¿Puro estreno? Ojo: equivocarse por primera vez parece más importante que acertar basados en algún primer error ajeno lleno de audacia.

—¿Qué querés decir?

—¿Audacias de segunda mano, a estas horas?

Lo de El Genio se ha expandido como prototípico en estos corrillos de francas hipocresías. Transcribo dos páginas que circularon entre los amigos de Silvio Velero: las escribí para ver si yo mismo me lo creía:

ESCENA COMUN

El espíritu, cuando duerme, tiene los ojos perspicaces. — Esquilo.

- ¿Volvemos esta noche? —me invita Fabio Acevedo, profesor de crítica social, artística y literaria, con ideas lavables y ••st¡rabies. Su sonrisa no circularía ni en una cofradía de ciegos.

—¿A dónde?

—A los prostíbulos. ¡Da rabia una sociedad que propicia tales situaciones!

En las carteleras pega recortes donde subraya lingotes

trastrocados o con cierto humor de linotipo. “La policía de Munich, tras una encuesta sobre las profesiones que desempeñan simultáneamente dos mil once prostitutas clandestinas, obtuvo lo siguiente: 721 sirvientas; 608 camareras; 256 obreras de fábrica; 246 costureras; 60 coristas; 40 modelos; 28 modistas”.

Menciona posibles desenfrenos, el vicio, el orgasmo en protesta contra la sociedad y contra la soledad, ese ir muriendo de aquello que se se busca desesperadamente.

—Entonces, ¿vamos?

Farolitos rojos y verdes bajo los aleros, ventanas arrodilladas, portones de color perdido, muros escoriados, miradas difusas, música estrepitosa entre los difusos rostros. Un borracho regaña su remordimiento; una mujer pintarrajeada, la falda al ribete de sus calzoncitos rosados, coloca un pie contra el marco de la puerta, una mano en la cintura, los labios en el cigarrillo, la mirada en los transeúntes. Otra prostituta envejecida, de vestido añosamente rojo, provoca a un transeúnte joven.

—Vos, cien pesos —le dice. El otro sigue por la acera, con el Índice de una mano dice: —“Ahora no”.

—Mírame, setenta por el gusto que pidás.

Tampoco se detiene el joven, hasta un semáforo en rojo al atravesar la calle. Ante la avidez de Fabio, la de rojo insiste:

—En cincuenta, allí mismo, ¡apenas quince pesos la cama!

Se detiene aterrada bajo el semáforo en verde.

—¡Lo que querás darme, acompáñame!

Fabio Acevedo se absorbe en el monólogo, reniega fuerte mente contra la prostitución, contra un orden que ofrece goces semejantes. Me aprieta un brazo y aborda a la mujer, ella tiene que señalarse dos veces a sí misma, preguntar antes de la primera sonrisa del día junto a quien le devuelve un poco su dignidad profesional. Porque él tiene arrebatos de compasión y protesta cercanos al melodrama, aunque su protesta vaya acompañada de sensualidad cómplice.

—Nos veremos.

Con un gesto da a entender que yo no entiendo su manera de sacrificarse, mira a la mujer y sale como si estuviera orinando de afán contra un muro.

Vuelvo a encontrarlo con rastros de la noche anterior poniendo en su cartelera un muestrario de recortes de prensa "Clínica Manizales. —La señora María Cruz tuvo un niño. Por la misma vía llegó el padre Giraldo, de Neira". —"Calma chicha en Vietnam: para matar el tiempo, los marinos norteamericanos se dedican a limpiar sus armas". "De su luna de miel regresaron los esposos David Buitrago y señora Hermilda de Buitrago, con cincuenta por ciento de pérdida".

Se queda viendo la manera de yo mirarlo.

—No me gusta tu aspecto —dice retóricamente.

—No tengo otro qué ofrecer, por ahora.

Vive la vida con estrépito y ayuda a la vida a vivirse, repite que sin perder el eje de las situaciones; hasta se duele del desdén con que tratan a esas mujeres.

—¿Volvemos a la noche? —le fosforece una pupila—. Fíjate que se desnudan niñitas de diez y doce años... ¡Me da

una rabia' ¿Volvemos?

Entre el esfumado humo del incienso ambientador, acosaba el calor sexo-licor-Bach-Jazz, viraban hacia un anecdotario con marxismo de acomodo hasta volverse magos de la seguridad, blandiendo La Verdad como un machete. Me provocó remitirlos a Engels en su carta a Conrad Schmidt, de 1890: “La historia de la ciencia es la historia de la eliminación del error; es decir, de su reemplazo por un error nuevo, cada vez menos absurdo”.

No llegan Los Maestros.

Llegarán.

Advendrán. Me gusta la palabra adviento, significa llegada. “Tiempo santo que celebra la iglesia los cuatro domingos que preceden la navidad”.

Raquel, liso su pelo rubio, copa en mano, recitaba en otro rincón lo que no le nacía, pero se refería a su raza:

“Si no escuchas mis plegarias te notifico que no vuelvo rezar” —Levi Isaac de Nerdichey, rabino hesídico —y miraba con amor a Claudia, con celos a Silvio Velero. Claudia...

Mis ojos han aprendido

a defenderse mejor;

el izquierdo ve el amor,

el derecho ve el olvido.

No habían aprendido a defenderse del rostro ausente de Claudia. Más que el oído, los ojos me la hacen presente en la letra de tantas canciones populares. Pasaste como sombra por

mi vida, y como sombra en el olvido estás.

La dulce mentira del bolero, por aquellos años nos apegábamos a la intimidad de esa música, una de nuestras fugas al sueño, mientras regresaba.

Aquella última noche de La Feria de las Flores, Silvio dio unos pasos hacia nosotros.

¿Te importa? - dijo protocolariamente cuando arrimó a Claudia para sacarla a bailar; La Sexótica lo acompañaba en una mesa vecina se adaptó una mala cara.

—Sácale fuego, que lo tiene respondí a Silvio cuando Claudia accedió gustosa pero mirando disgustada el comentario.

Yo los veía bailar un mambo pujador, Silvio intentaba pasos que lo alejaban de la pareja, se ponía de perfil por todo lado con movimientos más precipitados que ágiles, esto del baile trae sus condiciones. Cuando la orquesta de Lucho Bermúdez terminó la pieza, quedaron esperando la otra, que fue un bolero mecedor. Al seguir ellos su ritmo, atisbé a la mesa donde La Sexótica se impacientaba, afirmó con la cabeza como aceptando una invitación. Y salimos a la pista, desprevenidos ante los demás, aunque advertí un tirón en Silvio y Claudia.

—Tranquila —dije a La Sexótica—, están jugando a In-celos.

—Ah, ¿sí? —contestó apretujándome un poco ostentosamente, soy enemigo de estas perogrulladas de la frivolidad. Pero la fiesta se animaba y nos atuvimos al baile, ahora fuimos la Sexótica y yo quienes prolongamos la tanda, ya casi abstraídos Hasta que escuchamos la voz de Claudia.

—Bernardo, nos vamos.

—¿Por qué? Los cuatro nos estamos divirtiendo.

Silvio y su compañera se miraron, la sonrisa dejó una cicatriz en los rostros; así se retiraron, cordialmente, hasta un nuevo día

Y al reclamo de Claudia:

—Vos propusiste el juego.

—¡No era juego!

—Por eso bailé con seriedad.

—¡Chik-to-chik!

—Ella es alta.

- ¿Y yo?

—Me sigues llegando al corazón, cuando quieres. Deberías quererme, soy humilde y manso de corazón.

Jovializó la expresión neutra.

—No me convence tu mansedumbre.

—Cuando los niños se me montan en el corazón, sus mamás no muestran sobresalto.

Encendí un cigarrillo con su pequeño ritual, es grato el ritual en las mínimas cosas: al beber vino, al charlar, al gustar un pocillo de café, al tomar un cigarrillo.

—¿Por qué no dejas de fumar?

Sus palabras se esfumaron en el humo.

—Tienes razón, Claudia: un día dejaré de fumar. Otro día dejaré de vivir, y ya no habrá más vicios en mi vida traviesa.

—¡Ojo!

—...Entonces no existirán las aureolas que te formaba con el humo de mi cigarrillo. El aire estará triste.

Y a la reconciliación:

—Estuve convertido en un objeto.

—¿Y de tus oficios?

Entonces le contaba cómo fui sacacorchos en Balandú, abarca de mis pasos en el río Magdalena, culebrero de la poesía en los cerros altos, silla mecedora para mis cansancios de alma, memoría de lo que quedaba del amor suyo, hamaca de mis sueños obrantes, vaso de mis licores.

—¿Tanta cosa?

Y domador de osos polares, alfabetizador de guacamayas en el Amazonas, pregonero de las auroras boreales, pescador de peces que habitan en el fondo de los espejos caídos.

El humo parecía la niebla de un espejo.

—Sobre todo fui tu memoria. >

—Te quiero, Bernardo.

¿Por mis oficios?

—Sí.

—Entonces me quieres por interés.

—También.

-Claro, seguramente averiguaste lo del Tesoro de Morgan.

—Tal vez. ¿Qué pasó con el tesoro de Morgan?

Me puse a esculcar arenales y arrecifes y cavernas, así encontré el famoso tesoro. ¡Qué animalón bravo el océano! Hay que verlo empujando esos acantilados, más fuertes que él.

- ¿Y?

Le entregué una moneda acuñada hacía poco, fechada en mil novecientos sesenta.

-Aquí está una de las morrocotas, casi no le quito el óxido de tantos siglos.

Me tomó una mano, en el dorso de ella puso la moneda recién acuñada.

—Saquémoslo de las cuevas oscuras, saquémoslo a flote. Todos los tesoros siguen escondidos.

—Porque no hemos aprendido a mirar.

Algo tiraba en mí, de lejos.

—Cuando pequeño quise ser pirata de los siete mares, o siquiera recogedor de nieve, me gustó el nombre del oficio... Al crecer se derritió toda la nieve del mundo.

Sólo dos veces —hablando y hablando— se nos echó la madrugada encima, la luz iba cayendo como la garúa, yo extendía las manos para recogerla.

—Quiero salir de farra —me dijo aquella vez.

—Hoy es jueves, iremos el sábado.

—¿Cuarenta y ocho horas de diferencia?, el reloj arregla ese inconvenientico.

Se quitó el reloj-pulsera, lo tendió en la palma de su mano izquierda, hizo adelantar horario y minutero.

—Doce, veinticuatro, ya es viernes... Otras veinticuatro y estaremos en sábado, día de parranda... ¡Ya es sábado, podemos irnos de farra!

—Vamos —dije al fin sus palabras.

Raquel seguía mirando a Claudia, me miraba a mí por lo que hubo entre nosotros. Viejos diálogos que en alguna parte quedan cenizas de un vuelo perdido.

CAPITULO XVII

Dicen que la pena es corta cuando canta el diostedé, pero mi pena, lo sé, al diostedé no le importa.

—Prometiste traerme El Pájaro de los Siete Colores, La Fuente que Canta, La Flor de Lilolá.

—Es cierto.

—Y el Diamante que nos hace inmortales. Y El Licor de la Felicidad y El Arco Iris del mar de los Siete Cristales...

—Cierto.

—Con aceptarlo arreglas todo. Eres un fracasado.

—Por lo menos he tenido buenos fracasos, me siguen llamando Kid Lona.

Se ciñó contra mi pecho acostumbrado a su respiración. La música venía lenta, sin exigirnos bailar. Pero bailábamos. Su cabeza lloró sobre mi hombro, un momento.

Para no mermar prestigio, El Mulato blandía su flauta al repetir a Mao Tse Tung en el foro de Yenán:

—“Haced de modo que cien flores se abran. Desenterrad lo antiguo para que aparezca lo nuevo. Haced de modo que el pasado sirva al presente y que lo extranjero sirva a

China”.

El Metafísico giró el cuello, bebió de su vaso, tomó posición de ídolo oriental. Se escuchó un trueno lejano.

—Ya viene el invierno —anunció El Aguafiestas—. Un cambio repentino de clima trae terremotos. ¿Será verdad?

Su rostro blando daba la impresión de que era blando todo su cuerpo, también parecía hecho de mantequilla. Y cuando habló, sus palabras salieron derretidas.

—Enseguida arrima.

...La vieja canción, fiestas de verdad irrecuperables, calles y plazas, el ahora imposible. Ahora sigue siendo la trampa del tiempo, y uno se aferra de ella como el maromero de su vara voladora: colgamos de dos hilos arbitrarios, el amor y la muerte

Las hojas anchas de la mata cubrían ya el rostro de Claudia, sobrepasaban la madera superior del marco. La naturaleza debe ría saber más que el hombre en su táctica de arrasamiento.

Di cuerda al reloj, puse a girar en mi mano el mapamundi, yo era Dios: en uno de sus sitios estaría Claudia, o estaría La Isla del Olvido. Lo volví a colocar en el escritorio de comino crespo mientras miraba el dibujo trazado en una tarde de lluvia. Tomé el martillo, golpeé un clavo contra la pared, en ella el desnudo de Claudia, donde vivió y murió Pedro Escobar, amarré a un tallo la pita, lo até al clavo como a un perro.

—Crezcan bastante, hojas —ordené, y las hojas empezaron a obedecer con lenta paciencia.

—“Los amantes no podían ni vivir ni morir el uno sin el

otro” —cité a Tristán e Isolda. “La separación no era ni vida ni muerte, sino la vida y la muerte a la vez”.

...Gaviota paró la oreja y el meñique derecho, animó:

—Pondré un letrero donde se prohíban los terremotos.

—Este que anuncian trae salvoconducto de La Cuarta Brigada.

—¡Ay, qué miedo! Entonces que entre, pero sin tumbar mis cerámicas.

—Los cuadros y las esculturas huyeron aterradas.

La sombra de tu paso

Gaviota miró a Fausto y al Marchante, unió los dedos alternativamente, los separó de un salto.

-Siempre sostuve que el arte de hoy es cobarde. —Se arrimó a Claudia, remedó una danza—. Al ritmo del último terremoto saqué pareja, puro mambo.

Y otra vez a la lectura forzada entre unos cuantos aguantadores. Pero esas pasiones superficiales sólo podrían dar una literatura superficial, como el asomo de erección mañanera en los impotentes o las ganas de orinar en los diabéticos.

—Si hay puntos suspensivos, ¿por qué no puede haber comas suspensivas?

—¿Las pones en tu obra?

—Y otras novedades.

—Vos no debés poner puntos suspensivos sino puntos suspensorios.

Y llegaron Los Maestros. Velero y Raquel se las arreglaban para invitar a quienes valían, y a los otros, confundidos en un espectáculo de aptitudes y lagartería. Fausto se creía importante, demasiado ceremonioso: parecía rendir permanente homenaje a su figura en un espejo. Ahora también se derretía, mantequilludo.

—Es Obregón —señaló para Claudia y detalló la barba rubia y los ojos azules importados de España.

—Lo persiguen las señoras bonitas.

—El pintor más inteligente que tenemos.

—Luis Caballero no se queda atrás.

—Vienen con Leonel Estrada, fundador de estas Bienales. Y con Marta Traba, su agudeza puso a leer y a pensar a nuestros artistas.

—¡Hablen de mí! —coqueteó Gaviota—. Nadie interpreta mejor los cuplés de Lola Montes y las otras canciones de amor.

Allí Fernando Botero de perfil y de frente, su chivera y su simpatía ligeramente sanforizadas, su aureola como una llanta michelín, humorista y desabrochado.

—Llegó a donde debe llegar un buen trabajador.

—Pensar que lo conocí cuando no era genio —contó Marta Elena Vélez—. Ese domingo de trasnocho iba él con mi hermano atravesando un puente, cada uno a caballo y con una puta al anca. La de Fernando era gorda, parecía firmada por él mismo.

En sus gloriosas, Fausto era un triquitraque entre los grandes hablando exclamativamente, mordiendo una piedra de

su collar, levantándose, tomando asiento con amanerado templar las peí ñeras de sus pantalones último-grito-de-la-moda.

Mientras Agueda Pizarro callaba sus poemas eróticos, Omar Rayo, contento de su vida y de su obra, explicaba los Intaglios a varios jóvenes.

—Demasiado hermoso para mi gusto —dijo La Sexótica, se le encresparon sus vellos.

Y Edgar Negret, rapada su cabeza, fino y elegante, jovial su mirada irónica y la sonrisa más atractiva que este país ha inventado para un hombre.

—Genio y figura.

El aguafiestas se retiró de una lámpara vecina, para no derretirse, seguía pareciendo hecho de manteca vegetal; no, de mantequilla animal.

—¿Etica? —dijo uno—. Sí, todavía me queda un poco en el bolsillo de atrás. Abra mi billetera...

—La decencia debería ser una virtud, no ya moral sino estética.

—¡No hablen de baratijas!

Las palabras sonaban como tacos de billar contra una bola, como bolas contra otras en la carambola de estrépito.

Claudia observaba, venía a mí cuando podía zafarse. Sé que pensábamos en el apartamento con aquel desnudo colgado frente a la cama, nos lo velaba la culpa no merecida.

—Un tango —pidió Mario Rivero—. El tango envicia

como el trago y la droga, o como el amor.

—Somos eroadictos. Prendamos velas de cumbia al Milotango.

Dicen que el tango va a morir, pura paja. A veces echa sus siestas largas, pero no muere el animalón, su agonía es parte del encanto. En las sombras de mi pieza / es tu paso el que regresa... ¿O no?

Todos vieron cuando apareció León de Greiff.

— Maestro de verdad. Y en mi nao fantasma único abordo.

Su larga pipa, su mirada absorta, alta la quijada terminada en chivera, los ojos azules en ancestro vikingo.

Ante el murmurio de las greyes planas suelo zurcir abstrusas cantilenas.

- ¿Qué es cantinela?

-Canción de los barrios bajos, cantarareo para cantinas de suburbio.

—¿De verdad?

-Claro que no, es para que veas cómo me empueblo.

-Nunca hablas en serio.

—Sí, cuando me callo.

¡Qué gran viejo! —dijo Oscar Hernández, señalándolo. El maestro llevaba su imprescindible boina vasca, ahora en la mano izquierda, en la derecha su también infaltable vaso, a mediotomar, su descuido en el traje oscuro.

—¡Maestro! Usted como siempre, bebiendo de gorra...

El maestro León —respeto grande para él— se retiró, bravo no por el apunte sino por no habérsele ocurrido —contra su costumbre—, una respuesta ingeniosa.

-Sí, como que la violó —dijo otra voz—; allí está el producto de ese encuentro, ¿lo ven? una tarde le dio vida, a mansalva y sobre seguro.

—La mujer es como la canoa —dicen los bogas del río Magdalena—; hay que clavarla para que no se vaya aguas abajo.

Y entre tantos pintores, escritores, espectadores y aficionados se escuchaban apartes de diálogo, forzando el ingenio en la fatiga:

Lo clásico carece de afanes.

Mi índice de moralidad no es alto, ello no me enorgullece, pero me tranquiliza por estar a la moda.

—Y usted, ¿pinta con acrílicos, al óleo o con veneno?

Con veneno podría hacerle su retrato. Buen cadáver.

Entre los Ismos de esta Bienal, El Chambonismo sería el suyo.

Algún ventrílocuo hablaba por El Marchante:

—¿Qué van a ser los museos del futuro? Antes cabían veinte Goyas en una sala mediana; un artista de estos no cabría en El Prado.

—Los museos —anotó Fausto haciéndole la paja a su collar— pasarán también a ser figuras de museo.

— Pero vos no figurarás en nada —dijo Oscar Jaramillo Tal vez una tía solterona te recordará porque te orinabas en l<» calzones.

—¿Y el cojo calvo que acaba de entrar? —me preguntó Claudia.

—Un filósofo, está descubriendo el agua tibia.

—¿Qué le sucedió? ¿Algún accidente?

—Parece que sus padres tomaban polio-miel de abeja reina.

—¿Eso es humor?

—No, mi humor también cojea.

Al pasar a nuestro lado, El Cojo me saludó cortésmente, inclinó ante Claudia su cabeza, que le brilló en reflector.

—Debería usar Peluchín —dije cuando desapareció.

—¿Qué es Peluchírí!

—Un producto que contra la calvicie fabricaba Luis Arango en Balandú. ¿Sabes su pregón en las plazas?: —“Ojo, usarlo con cuidado, usarlo con cuidado. Si se demora mucho untándoselo pueden nacerle pelos en los dedos, le quedarán como hisopos",

Claudia se miró las manos, agradada.

—Te da para todo Balandú, ¿o no? ¿Qué harías sin ese pueblo?

—Seguiría siendo El Desterrado.

Los Maestros agradecían los halagos de tantos oídos, de

tantas miradas que necesitarían babero. El Gordo reclamaba arrebatando pasantes de una bandeja.

—Los médicos me piden que siga un régimen, que no fume, que no beba (llevó su vaso a la boca), que tenga cuidado. ¡Si yo nunca les he pedido nada! —y engulló como si sólo comiera en exposiciones y cocteles. Alguien dijo a su pareja, una muchacha de capul y generoso descote:

—Sostengo que aquel de allá, junto a esa ventana, es el maestro Grau. ¿No es cierto? —me preguntó—. ¡Apuesto mis pantalones!

—Señorita —respondí señalándolo—. Hoy tendrá a sus pies un amigo sin calzones.

Entre sonrisas bobaliconas él se disculpaba:

—Creí que era el maestro Grau, equivoqué las fotos.

—Es Ramírez Villamizar, otro de los omnipotentes.

—¡Increíble verlos juntos!

La pareja, de gancho, siguió su recorrido turístico sobre los invitados.

—¿Y el flaco? —preguntó Claudia.

—José Manuel Arango. La noche, como un animal, y deja su vaho en mi ventana.

—¿De él?

—Y La vida es la celebración de una fiesta.

—No tiene cara de celebración.

—La procesión va por dentro.

—La frente es lo importante en las mujeres —frivolizaban en un corrillo.

—Nada como unos ojos verdes.

—Yo me quedo con la boca —concluía un tercero pelando los ojos al cielo como si le hubieran apretado un testículo.

—“La tierna y roja bóveda de los paladares” que mencionaba Walt Whitman.

Se les agregaron otros, pero el diálogo no aclaraba situaciones; la discusión parecía un borracho que retrocediera más de lo que avanzaba, tropezando en su propia paja retórica.

—Aquél, ¿no es el famoso doctor Idárraga?

—No, es el doctor Ciénaga, ilustre ornitólogo y entomólogo vasco.

—Si alguna vez hablaras en serio.

—Entonces no me creerías.

Puso su mirada en mi rostro, sin motivo. Yo trataba de recordar un sueño de la noche anterior cuando me interrumpió ella.

—¿Qué te ocurre?

Retiré los ojos del sueño, me fijé en sus palabras.

—Todo.

—De verdad, ¿conseguiste muchas novias en mi ausencia?

—¡Cómo se te ocurre! Sigo siendo Perinís el fiel.

Dora Ramírez llevaba un huípil guatemalteco y una falda también de tejido indígena, parecía uno de sus Mitos, donde el color da formas al vuelo. Cerca el brillo y la risa de Otto y las sonrisas de Germán Vargas, Belisario Betancur y Gonzalo Mallarino, en alguna forma ellos son este país.

—Y Álvaro Bejarano y La Negra Grande, acaban de entrar con Esteban Cabezas.

Al Tumbalocas le había llegado su compañera, se SCIIIIH incómodo al verse monopolizado por los celos.

—Yo también puedo buscarme un muchacho —reclamaba ella.

—Los has tenido, paloma. Pero mientras yo con una joven tendré aire de conquista, vos con el muchacho estilita pordebajeada.

—Eres un machista idiota.

—Machista yo, muchachista vos; pero lo que en mí será un asombro, en vos será prostitución.

Allí sonó la primera bofetada de la noche. A Claudia seguían reclamándola, yo deseaba irme a ninguna parte.

Algún día le llegué a "La urna" con la suerte de los nombres y los signos zodiacales y tonterías por el estilo en aquel viejo libio adivinador. Libardo trajo hojas de papel para que ella fabricara sus figuras. Era una tarde tirada a la frivolidad, por eso yo iba leyendo de su nombre:

—"Las Claudias, sobre todo si existe en su tema personal buena disposición venusiana, son simpáticas, tiernas y voluptuosas, y prefieren ser amadas antes que amar".

—¿Seré todo eso? —sonreía; llevaba un bolso blanco y

compacto, tejido en hilo grueso por ella; lo mismo el cinturón, y una .1 modo de balaca que le ceñía el cabello.

—"...De cualquier manera deben controlar su disposición natural a los abusos sexuales que comprometerían el equilibrio físico y mental".

—Si por los abusos se pierde el equilibrio, voy a morir más cuerda que el agua de este vaso.

—"...Son personas que huyen de las querellas, capaces de llorar fácilmente cuando han cometido un error, y su forma de arrepentimiento desarma a la persona más exigente o al marido más severo. Sus penas y lágrimas son de corta duración, se consuelan rápidamente e ignoran el rencor".

—Eso es verdad.

—"Tres planetas dejan en este nombre fuerte huella: en primer lugar, Venus, y luego Luna y en menor grado Neptuno. Tales influencias de los astros hacen que las Claudias sean imaginativas, sensibles y soñadoras. Les confieren buenas ideas y las inclinan hacia la fe y el misticismo".

Estás hablando con una santa en remojo.

Santa Claudia de La Urna de Cristal, Santa Claudia del Venado de Oro... "Las Claudias carecen de cobardía. Tienen necesidad de afecto. La fortuna puede venir misteriosamente, sin que hayan hecho nada por atraerla. Legados o herencias procedentes de personas ancianas, y que llegarán de manera imprevista. Gracias a su sensibilidad, las Claudias gozarán las alegrías de la vida, sus sentimientos se elevarán y refinarán...". "Buscan el .1 mor, y en él la tranquilidad de espíritu y el placer de los sentidos. El predominio instintivo del nombra indica su vocación por la alegría".

—¿Se me estará olvidando? O nunca he tenido tiempo de aprenderla.

Ya había fabricado dos barquitos de papel y una rana saltarina junto a ellos; con las cintas de papel hacía lazadas y nudos.

—“En el campo afectivo se comprueba cierta impresionabilidad, debido a su imaginación y delicadeza de sentimientos... En el campo espiritual las Claudias son capaces de abstraerse de lo que sea o de soportar cualquier situación, así parezca imposible”.

—Qué va, me enredo toda.

—“Influencias del Zodíaco en la personalidad... Hay que evitar malas disposiciones, y evitar jugar con el corazón más que con el cerebro; la excitación nerviosa y los deseos sensuales difíciles de dominar. Hay que evitar choques o problemas con personas cercanas; hay que evitar el espíritu curioso, pero superficial, los caprichos y un gusto anormal por las cosas falsas”.

—Mi capricho sos vos, Bernardo.

—Otra cosa falsa... El signo zodiacal dice: “Habrá un cambio en tu vida, tocarán a su fin penas y preocupaciones, verás las cosas y el porvenir desde otro punto de vista. Llegará la calma después de la tormenta. Entusiasmo y buen juicio. Marcha siempre adelante, confía en tus propios medios. La familia aumentará. Magnífica evolución a la vista”.

—¿La evolución de las especies? —sobó el collar, miró largo rato al vacío.

—Las tonterías también ayudan —dijo.

—Buena suerte.

Un dios enemigo vierte su tarea desvalida: teje que teje la vida, teje que teje la muerte.

CAPITULO XVIII

Cocuyo de madrugada,

lucecita de verano,

repetí le que es más vano

el cielo sin su mirada.

No sabía de su llegada, ni de que del avión fue al apartamento donde tanto hablamos compartido. Dormía junto a su maletín de aeropuerto, entreabiertos sus labios, ligeramente movibles sus ojos, pausado el latir de su pecho en el sueño. De haber utilizado una cámara, hubieran salido imágenes tranquilas, hasta yo me vería en algún ámbito, ni el sueño olvidaría el tiempo que vivimos juntos, para bien o para mal. Apenas se movió cuando destapé la botella. Sentado al frente seguí mirándola hasta que abrió los ojos.

—¿Está lloviendo? —preguntó mirando la ventana y como si nada nos hubiera separado.

Perdóname. Hace unos minutos supe tu llegada, no tuve tiempo de traerte el verano.

—Ganarás la pelea, a mí me hicieron para perder. Ganar puede ser otro facilismo.

—No te gusta ganar.

—Tampoco me gusta perder. Seguiré solo.

—Conmigo.

—Vos te irás con el ganador, estaré lejos.

Otra vez la tristeza, ya me iba cansando: estar triste no debo ser otra facilidad de los días, hay que ganar esto de estar triste

—Nunca lo entenderás.

Me angustiaba en mi obra, la pequeña obra que cupiera en mis manos, ligeramente desamparadas. Pero algo serio, no una de esas que se leen con agrado y después se olvidan

totalmente y que saliera en su hora, no cuando ya la planta sólo pisa ceniza y carbón. Todavía quería describir el mundo, no tenía idea de las cosas, andaba a ciegas como hoy, aunque tocar como un ciego los alrededores podría ser otra forma de la luz.

Apenas llegaba la otra luz, la del incendio, se iluminaban los rostros al alzarse en la noche.

—¡Se está quemando El Club Unión!

—Es el de los ricos... El fuego purifica.

—¡Suben las llamas!

Raudeaban más vehículos de bomberos, las sirenas quemaban su alarma en el aire.

—Nadie cobra por el espectáculo, señoras y señores —sermoneaba uno de los habituales del parque.

—Sobre la ceniza seguirán mis pasos —agregaba otro sermoneador.

Y en las llamas, Claudia, tu nombre.

Después, a boca de noche, parecíamos sonámbulos.

Pero los diálogos...

—¿Y el duendecito del reloj?

—Cuando tiene hambre sale del tiempo y revuela sobre los durmientes.

—¿Con qué se alimenta?

—Con los sueños de los que sueñan sin dolor.

—¿Y si son pesadillas?

—Se indigesta un poco, hace largas siestas y olvida el tiempo. Entonces son más largos los días.

Y volvíamos al juego acostumbrado:

—¿Qué palabra amaneció gustándote hoy?

I a sombra de tu paso

—Albaricoque.

—El coque es muy duro.

Aduar, aurora, aleluya, abedul. Amor.

—Todas empiezan por a.

—Claudia empieza con c de amor.

—¿Dónde tiene la c el amor?

—En tu nombre.

Curvó su cuello, dijo dejando caer las pestañas, las manos cerca de su garganta:

—¿Y Brújula!

—Se le perdió el norte.

—¿Has vuelto a saber de ella?

—¿La brujita linda?

¡Cuidado con un mal que anda!, dice mi abuela.

Entre lo juguetón de su mirada advertí una seriedad que pocas veces le ensanchaba tanto los ojos. Se había puesto una de mis camisas, aunque grande le iba bien a su cuello largo y a sus senos pequeños. Y mi corbata en su cuello, para ahorcarla y

adorarla, viva.

—Me refiero a la otra.

Mi demora en contestarle aguzó una expectativa infantil.

—¿Lujuria? Hoy me haría más falta, ella me quería, ella esculcaba mis asuntos, me hacía sentir vivo.

—¡Bernardo!

—¿Por qué callas? ¿Qué pasó con ella?

—Como no volví a recibirla, se volvió lesbiana.

El Aguafiestas descubrió una varilla de palmeta para perturbar a dos moscas que trasnochaban en un ángulo con estante de librería, más que de biblioteca; seguía rehuyendo la luz para no derretirse.

A veces acertaba en el insecto menso, que salía cojeando con las nalgas aporreadas. Lo miraba una mujer gris de pecho plano, toda plana según su recitación sobre arte. Lo único protuberante era su agresividad callada y una verruga en la mejilla izquierda, lo demás sí estaba mal en toda su catadura.

Los meseros ofrecían pasantes, con sus bandejas llenas. Orlando Mora buscaba un trago y soltaba su apunte, señalando en el aire la forma de un vaso:

—¡El Puto Erizo!

Casi saco pareja, estábamos en el país de la desmesura.

—¿Y aquel calvo?

—Fernando González, no hay calvicie: todo en él es

frente

—...Dios tiene tetas —seguía contando—, no alcanza su lechita para todos porque son agotables las ubres divinas. Le parpadeaban ojos y sonrisa guasones con sensualidad mística Bueno, ya le preguntamos a Dios lo que debíamos; si no non contesta, nos vamos todos donde las putas.

Se ruborizó voluntariamente al fijarse en Claudia.

—Vos estás allí —le dijo—, ¿o es que te sigo soñando?

Entre los insolentes de ensayo, Mejía Vallejo se adecuaba al ambiente.

—El cadáver era un hombre rozagante, lleno de muerte vital, la viuda sí representaba el desastre, parecía una enferma mortal frente a su difunto esposo. Cuando fuimos al entierro...

Todos mueren de algún modo,

del corazón o de viejos,

de la presión, de pendejos:

algunos mueren de todo.

—¿Caben tantos genios en tan poco espacio? —ironizó Clan dia. Traté de explicarle algunos avances de la ciencia, el tamaño era lo de menos, un cerebro normal podía reducirse a un mínimo, además... Su mirada me cerró la boca y me abrió los ojos. Elkin Restrepo dijo que a la verdad ya la habían subastado en El Barrio Manrique y en trozos de su poesía.

La vida recompensa en soledad:

En el fondo, mi corazón se asemeja

a toda muerte.

Yo me quedé pensando, y perdí la virginidad. Gaviota pasó al desgaire cuatro dedos por la barriga de Fausto, alzó los ojos, adelgazó la voz para que subiera fácilmente al cielo.

—¡San Jiquerolo, patrono de los preñaditos!

En una mano llevaba un vaso con agua, en la otra —la sobadora— una aspirina. Señaló a la gorda.

—El infierno es un lugar donde sólo dan pasantes —dijo, los lentes acostumbrados a su mirada tímida y cáustica. Claudia lomó un sorbo de mi copa, en la copa quedó un labio de rouge, lo borré con mis labios mientras seguía mirando.

Salían unos, entraban otros. Llegó también Alberto Ramírez, nerviosa su presencia, con la sola seguridad de saberse capaz de heredar una fortuna, ya la había heredado. La mujer que lo acompañaba tenía encima tantas cosas, que parecía un gran Juguete desarmable. Paseaba sus ojos ávidos, glotones, como si se alimentaran de lo que iban mirando: hasta gordos se veían si se les observaba de perfil.

La copa seguía a medio desteñir, acabé de borrarle el rouge. Y entre el coperío seguían afinando ironías pedigüeñas. El Gordo ocupaba gran parte del salón, su estatura debieron calcularla no con la medida lineal sino por metros cúbicos. Fausto seguía feliz detrás de Los Maestros, en llave con El Marchante de huesos largos y delgados, para flautas ceremoniales.

—Su abstracción lírica —mostraba en el aire un nombre y un cuadro— nos lleva a borrascosos estados de alma.

—Ah, carajo, no tosía al recitar formulitas de farmacia

de turno, para críticos de discoteca.

Luis Fernando Peláez salía de entre sus brumas como de su obra, ladeada la copa hacia una canción recordada: Como el clavel del aire, / así era ella, igual que una flor.

—¿Qué te parece esto? —preguntó junto a Cristina—. El Maligno anda suelto desde el año pasado.

—¿Y nos llevará? —le preguntó Claudia.

—Niña, no pregunte si nos lleva, pregunte si nos devuelve.

De pronto relampagueaban las figuras manoseadas e intocables.

—¡Obregón!

—¡Botero!

—¡Grau!

—¡Negret!

—¡Ramírez Villamizar!

—¡Ornar Rayo!

—¡Carlos Granada!

—¡Oscar Jaramillo!

—¡Luis Caballero!

—¡Pedro Nel!

—Aquel amor de mujer, le va a estallar la cabeza. Soñaría coco...

Paró su meñique derecho.

—¡Qué abundancia de carnes! Cuando toma asiento, mi realidad no se sienta: simplemente se amontona...

Y siguió meneándose. Parecía un sacerdote al dar la pastilla cuando ella cerró los ojos para recibirla como si comulgara, sintió que su dolor sería perdonado.

Claudia dio señales de fatiga soñolienta, casi podría ver sus sueños encima de la frente.

—Cuando quieras te llevo.

Presionó con los dedos sus ojos, debió temer esa noche honda que fabricaba detrás de sus párpados.

—Fue la espera en el avión.

—Cuando digas te llevaré.

—Tranquilo, pasará.

—Todo pasa, ¿cierto?

—¿Crees?

Su mano estaba fría, yo le hubiera dado calor. También estaba fría mi mano.

—El avión, a veces sueño con aviones, algunos se estrellan

—¿Me quieres matar?

—Siempre salís viva aunque no sueñe aviones.

—Llévame a “La Urna”.

—Todos estamos en la urna.

—Con Marrullero, digo.

—Marrullero se esfumó. El amor eterno dura / más o menos cuatro meses.

—Seguís burlándote.

Algo parecido a un dolor o a una nube grande creía venirse, o regresar por su viejo camino.

—Seguís pensando en él, ¿no es cierto?

—¿En quién?

—En Pedro.

—Nadie pasa en vano cerca de uno —dije como si empezara un discurso, los discursos habían claudicado. Me diluí en el ambiente, siempre ocurre, seguía la fiesta.

El Gordo perseguía a un mesero con los últimos pasantes.

—Come más que un bobo cuidando una casa de ricos —advirtió Elkin Restrepo.

¡Imagínenlo en una exposición de Arte Comestible! —anotó Miguel Escobar—. No quedaría ni el catálogo.

...Veía la muerte —dijo alguien— como una enfermedad oculta de que deberían curarnos.

“¡La vida es una enfermedad mortal!” —repitieron. Claudia y yo seguimos con las manos juntas, para que no se fueran.

¿Y qué vas a hacer? —me preguntó la vez última.

Olvidarte, dura tarea para un hombre solo.

Nunca estás solo.

Chica, no sabes de las soledades.

Voy a ponerme muy triste si me olvidas pronto.

—Sí. Yo sé que desaparecerás.

Siete amores que habían sido

los metí en un solo amor;

hoy los ocho, sin rencor,

los metí en un solo olvido.

Tal vez sigan siendo mentira estos embelecos del olvido. Cuando el vientre siente hambre, se llena con abrir la boca, y viene la saciedad: es hambre solucionable; pero si de amor se habla, toda el alma es una boca sola, y el comer es palabra torpe si quiere nombrarlo.

En aquellas mis prácticas para el olvido no había estado con mujer alguna, abstraído en borrar lo que ya no más debería ser. Por eso cuando regresó Claudia y tocó al apartamento de la Calle Perú, creí sentir que habían sido vanas mis prácticas, y que se trataba cada vez de un recomienzo.

Y me ponía en el otro extremo, el de ella, e imaginaba que la cansaba mi manera de ser, mi camino trazado, mis búsquedas y mis fatigas. Asomaba al espejo para rasurarme, decía a la imagen, o hablaba la imagen en el espejo:

—Sos un idiota.

Y me dolía saber que el espejo tenía razón. Entonces salía a la calle rebajado de ánimo y estatura, y

preguntaba a todas las cosas dónde estaba el secreto.

Volví a observarla, tenía la mirada ausente, con un movimiento de manos se la volví a los ojos.

—¿Al fin llegó tu Isolda?

—“Ricas son sus ropas, aterciopelados sus ojos, delicados sin miembros, claros sus cabellos como rayos de sol”.

—La vida no es literatura, Bernando.

Eso nada importaba, sino su cuerpo. Me gustaba el modo di soltar el agua para llenar la bañera y luego sumergirse lenta mente y llenarse de espuma como en la propaganda de televisión a un jabón aromoso. Aunque ingenuo, ese tipo de sensualidad se había impuesto reviviendo a Popea y sus baños con leche, n ciertas ninfas que inventábamos para no dejar de creer en ellas, porque cada día necesitaba su mito, su absoluta necesidad di creer.

Uno de mis errores fue no demostrarle en palabras que la quería. Como las plantas, el amor se va al diablo si no se le riega frecuentemente, ¡reflexión de badulaque! El amor es como el pan, hay que ganarlo cada día. O tal vez no sea amor ese que necesita demostrarse tan obstinadamente: parte de la vulnerabilidad de todas las cosas, de todos los actos, de todos los seres.

—A veces te quedas lelo.

—Estoy haciendo un cuento: se trata de un médico que practica la autopsia a un fulano; pero el médico actúa medio borracho, no se lava bien las manos, descuida sus guantes, y la autopsia se le infecta. Aterrado mira cómo el muerto se agrava

a cada minuto. Entonces...

—¡Vámonos!

—Gracias por el estímulo a este genio.

Sólo de cuando en cuando nos referíamos a mi trabajo.

—¿No habla muchas bobadas esa pareja? —señalaba el diálogo en un libro.

—No forman parte de un simposio científico, sólo viven la vida cotidiana, como vos y yo.

—¿Digo muchas beberías?

—Sin ellas la vida sería una solemne solemnidad. Apenas somos seres humanos.

—Gracias por lo que me toca.

—¿Ves?: La simple vida cotidiana.

—¡Salgamos! —repetía, y salíamos a recorrer calles. Una niñera de uniforme blanco y azul hacía deslizar un carrito con un niño rubio adentro, el niño se aferraba a unos cordones de seda roja. La niñera se detuvo frente a una vitrina, el aviso encima de telas y trajes: Liquidación por cambio de local. —Lleve dos,

I (i sombra de tu paso

pague uno. El carrito siguió ronroneando por la acera. Un pelotón de soldados marchaba, sudorosos los rostros morenos; otro grupo iba sobre un vehículo destapado, sobresalientes los cañones de sus metralletas.

—¡Horror! —exclamaba si pasábamos ante una vitrina de salsamentaría, en cuyo interior veíamos pollos con las patas

cortadas, hundidos sus muñones hacia la rabadilla, y peces aliñados, y cangrejos junto a dos langostas que se movían trabajosamente, y un cochinillo al horno, dos flores y un gajito de uvas entre sus dientes sonreídos.

Vamos a las gradas del Parque, puede ser que veamos la luna.

—La ciudad no tiene luna ni estrellas.

La ciudad es la ciudad. Y punto.

En estas cosas debo reflejar cierto cansancio, parecido al del Metafísico cuando en aquella reunión volvía por sus fueros.

El hombre sería el desterrado, el extranjero que nunca nombrará su pasado, ni siquiera su historia, porque historia y patria serían ajenas. Pero habrá un lugar —en otro territorio, en sí mismo—, donde hallaría un descanso para su fatiga.

Pasó un pañuelo por su cara arrugada, arrugó los ojos.

— Acérquese usted, amigo —dijo para alguien que salía desprevenidamente. Cuando el otro siguió después de mirarlo, habló el poeta, cálida su entonación:

Desde un horizonte sin dioses digo que quien ame a San Juan de la Cruz es mi compañero.

Mientras se raptaban a Claudia yo miraba al recitador, me dolía pensar lo que pensaba de él, era otra inevitabilidad.

EL POETA

El infinito nos llega de

gota en gota.

— Robert Mussil.

—Sería raro que no produjera versos cojos un hombrecito tan enclenque —dijo su vecina a otra vecina. Sin embargo el poeta

desempeña el papel de sí mismo con dignidad andrajosa Comenzó por ensayar unas maneras sombrías, unos ojos a media asta y un aire neutro susceptible de volverse agresivo y cínico si no lo sitúa en el lugar donde él se ha colocado.

Tal vez peque por falta de ubicación al distorsionar los horarios. ¿Qué gran poeta no acudió a la cita del alcohol y de la noche?' Rimbaud, Baudelaire, Barba-Jacob, Verlaine, él mismo: todos a muchos metros sobre el nivel común.

La copa dice su lenguaje en las amanecidas: muerte, soledad amor... Pues cogió de amada ideal a su vecina, y le dedica versos y miradas de medioluto. O la transferencia de la puta fea del café a la ventana imposible: mentiras brumosas para consumo personal cuando el licor estanca el sueño en una sonrisa inmóvil, lejos del ruido de la prosa cotidiana. Incomprendido. Solitario. Ajeno al mundo. Nocharniego. Genio para su espejo en la desolación del cuartucho.

—Tan desordenada es su vida —comenta la vecina a otra vecina—, que cuando invoca a las musas, estas se encuentran roncando.

Pero él vigila al pie de su propia imagen: de cuando en cuando ve los brazos como élitros, desgonza la mirada, una mano casi ajena busca su rostro perplejo.

—2—

Brazos y piernas quieren pertenecer a un cuerpo mayor, por eso el movimiento es exagerado y fuerte, lento y ensanchado. Trata de compensar su baja estatura con dos tacones desmesuradamente altos, y con el sombrero que se acostumbró a una horma dos centímetros superiores al tamaño de su tamaño.

—“Napoleón era pequeño de estatura. Bolívar también” —se dice—. “Medidas para la historia”.

Como algo en su rostro insinúa lo cómico, rebuscó gafas de patas oscuras y grueso aro que le sientan académicamente; desde eso la mirada ensaya otros acordes con su melena gris, de una gozosa nobleza; cuando se atreve a descubrirse la sacude en gesto más o menos rotundo, que también le queda grande por buscar una rotundez a su medida. Y al llenar otra copa acude a otro poeta cómplice:

Vos, Medardo Ángel Silva... Y no abras la ventana todavía, / ¡es tan vulgar el sol!

Con un cansancio general de músculos en su rostro abotagado, adivina una gran lápida y una tumba donde quedará mucho vacío para su dolorosa vanidad.

Yo pensaba en la imposible Isla del

CAPITULO XIX

Tantas cosas al oído se dijeron del dolor, que por dejar el amor me fui inventando el olvido.

—Yo estaba sola, Bernardo.

—Soledad no es simple ausencia de compañía.

—¿A quién tenía yo?

—A mí. ¿Lo sabrías?

—Lo supe tarde.

—La soledad hay que merecerla.

—Nada tuve.

—¿Y tu industria? ¿Y los viajes?

—No servían. Estaba sola, te digo.

-—Estábamos sin compañía.

—Entonces ninguno podría morir aparte.

—Aquí estamos ahora los dos.

—Solos.

Tal vez desde antes venía estrujando esa soledad, junio n otros espantos visibles.

—¿Sabes? —empezó una noche—. Ahora cuando venía se me arrimó un loco, palo en mano, los ojos brotados... ¡Qué horror!, el alma se me fue a los pies.

—¿Pusiste cuidado para no pisarla?

—¿A quién?

—A tu alma, dijiste que se te cayó.

—¿Eso es humor?

—Simples precauciones.

Tomó su bolso, se levantó.

—Vamos a llegar tarde.

Se vivía de prisa, y la prisa no la va con cierta lenta paz que hace falta: cualquier acto que ejecutemos, para saborearlo, necesita cuando menos una discreta, una casi apasionada lentitud.

Me asociarán ahora con el tío viejo, aquel que después de todos sus viajes regresó a Balandú, y en vez de un perro con su cadena, llevaba por la plaza una tortuga: quería reaprender paciencia y lentitud. Sabía del silencio, anduvo siempre a su lado, y los sitios por donde pasaba también se volvían silencio acogedor. Por eso era grata su compañía en los días grises de Balandú sabio de silencio, escaso de palabra audible, como un libro grande.

Pero junto a Claudia y aquella gente, creo, la prisa caminaba sobre nuestros sueños, los pisoteaban para que de ellos no quedara ni una memoria borrosa.

Velero había comenzado a pensar no para buscar la verdad sino para explicar o disculpar sus limitaciones.

—¿Ellos? —se refería a un grupo de investigadores serios, y haciendo suya la frase de Oscar Hernández—. Estudian tanto, que no han tenido tiempo de aprender.

Rio como se le había hecho habitual, corrosivamente, esa forma había tomado su envidia.

—Observa las idioteces de estos escritores rurales: Los Indios Maricúes, los indios Maricaes, los Jiqueraes, los Bolsonúes.

Afinaba una amarga manera de decir sus asuntos para causar efecto: así como hay musculosos de piscina o gimnasio, él era un inteligente de reunión social, a lo que ayudaba su

locuaz exhibicionismo. Ahora se curaba en salud por la amenaza de su novela:

-Un escritor dijo que existen dos clases de críticos: el universalista y el especialista; el universalista es aquel que empezó sabiendo mucho sobre un sola cosa, continuó sabiendo menos sobre mayor número de cosas, y terminó sabiendo nada sobre todas las cosas. El especialista es aquel que empezó sabiendo poco sobre todas las cosas, continuó sabiendo más sobre menor número de cosas, y terminó por saberlo todo sobre ninguna cosa.

Puso cara de esperar admiración por carambola, sobó las palabras, sobó las solapas de su chaqueta de pana, estaban de moda.

—Ustedes en prosa son aficionados, y en poesía. Pero son bobos profesionales.

—¡Alto ahí! Nosotros...

—Te recordarán por mis insultos.

Había una especie de incompatibilidad entre la vida y su vida, cualquiera de las dos quedaba incómoda si se las asociaba.

—¿En dónde lo que uno busca?

—En las Páginas Amarillas del Directorio Telefónico.

Daba la impresión de estar debatiéndose permanentemente en esfuerzos baldíos, y que si algo le salía bien era con el objeto de echárselo en cara a los demás.

—¡Qué hubo, apelotardado!

—¿Cómo te va, hijoeprobeta?

Entre el rumoreo se escuchó un diálogo arrinconado y subido de whisky.

—Tú buscas mi cuerpo, no mi alma.

—Tu alma no tiene téticas.

—Que nos den la lechita de Dios —predicaba Fernando González, Fausto echó una risa torpe, manera suya de aplaudir. Se vio el desagrado de alguien que observaba atentamente, con aspecto de haber desafiado todos los riesgos, o por lo menos uno importante. Su desaliño en el vestir le quedaba bien: como si hubiese olvidado algo, y nadie advirtiera su pequeño olvido.

Yo trataba de dominar el panorama. “Amor no quita conocimiento”, dice la sabiduría chambona. Algo en mí estaba en favor de Silvio Velero, su inautenticidad y su desvío deliberado, ese dolor que trataba de esconder, el desamparo frente al arte y la literatura, su asma irrevocable, su respiración cordial, las promesas de cumplimiento imposible, el ardor en cenizas. Cuando Claudia apretó mi brazo, creí que apretaba el brazo de Silvio

Velero. La señora gorda seguía en un sillón cerca del Metafísico. Hacía en el muslo masajes con exagerada atención, fuertemente y se quedaba mirando a ese punto, como si por él fueran a saín trillizos.

Un detalle inesperado ocurrió a medianoche: desde una cortina de trama moderna salió una mariposa azul con parches de rojo iridiscente. Debió entrar en el día, extraviada: el montículo cercano aún tenía laureles, sietecueros, cedros, yarumos y mariposas.

Alguien señaló su revuelo, fue centro de muchas

curiosidades zalameras las de los maricas, sonrientes las de la pareja lesbiana, crítica la del marchante, amables las del artisterío, admiradora la de la señora gorda, fría la de las feministas, alegres las restantes Silvio Velero lo tomó a mal presagio, Gaviota la siguió mariposeantemente. Claudia apenas dio tres pasos en su habitual elegancia lenta, tendió el dorso de su mano derecha, y la mariposa se posó en ella como en una flor. Entre el silencio avanzó hasta la ventana, y el insecto maravilloso voló hacia las luces de la terraza, hacia la oscuridad. Cuando aplaudieron, Claudia regresó a mí, sonrosarreídamente.

—No me vas a negar que habías ensayado este número.

—Qué pena, todos están mirando.

—Tranquila, no te gastarán con los ojos.

—Tengo vergüenza.

— Ni Brújula ni Lujuria serían capaces de hacer lo que has hecho.

—No me las mentés.

—Aprenderán a quererte, como yo.

Raquel y sus amigos vinieron por ella. Alguien puso otra vez música de bailar, despertó de un codazo al mulato, que abrió los párpados para mostrar estrías de varios trasnochos. Las parejas apretujadas —en el salón y contra sí mismas— parecían extraños animales bicéfalos.

—¡Canalla! —oí hacia el cuarto contiguo después del eco de una bofetada, la segunda en esa reunión: el puño debió enojarse y dar contra la cara de la mujer. Cuando el golpe se hizo añicos, la cara ignoraría qué expresión poner, debió optar

por un desmayo ligeramente contorsionado.

—“Si te abofetean la mejilla izquierda, ofrece la derecha” El Libro de los Libros —dijo él—. No haberte pegado hubiera sido otro de mis prejuicios burgueses.

—“Los celos, como si fueran la sombra de su amor”—Marcel Proust— pensé, y en el recorrido puse avizor el oído, otro ojo de espía, al mal gusto de las circunstancias.

—¡No puedes abandonarme precisamente ahora!

—Quedaste embarazada por culpa tuya, o por tu deseo.

—¡Qué estás diciendo!

—No actúes como si te hubiera contagiado una enfermedad incurable.

—“Todo hijo es incurable” —debió pensar cualquier desprevenido. El cansancio nos llegaba también. El otro cansancio, cuando la reunión se agotaba en sí misma, entre vahos de licor, humo de cigarrillos y frases estridentes.

—¡Viva yo!

Hasta el arranque de Gaviota dirigido a la mujer gorda, sonreír era ya una profesión en ella.

—¿Cristo crucificado? ¡Imposible, señora, esa noticia debe ser rechazada por cualquier patriota decente! ¡En qué país vivimos!

—¡Usted se va! —amenazó la señora.

—Es abominable —dijo alguien señalándola. Me quedé mirando la barriga de la señalada.

—Abdominable, por lo menos.

Al pasar nos saludó Libardo, el mesero de ceja rayada por la cicatriz.

—No han vuelto a “La Urna”. Van Gonzalo Arango, Amílkar U., todos ellos. —Y sonriendo—: Marrullero vive aburrido.

Y en cada ángulo comentarios para complementar la atmósfera, todo salpicado como en monólogo de borracho a trozos de sueño-pesadilla:

—¿Se emborrachó el muchacho?

—Está más rascado que barriga de perro pobre.

—¡Viva la borrachera!

—Cuando lo insulté, ahí quedó como colgado en gancho de carnicero.

—Iba yo tan triste, que se me cayeron los calzones.

—Los Signos Fálicos: una chimbología sexual se llamará mi libro.

—Laten los perros, ¿no los oyes?

—Si los escucho en la noche, me ladra el corazón.

—“Cada suicidio es un poema sublime de melancolía”

—Balzac.

La soledad de Silvio Velero —su ausencia— era menos dramática, pues desde entonces equivalía a una carencia de con quién intercambiar chistes y chismes, que ahora le caían mal. Sin embargo:

—¿Te gusta la soledad?

—Sí, con La Soledad me acuesto una o dos veces por semana buen polvo.

Había buscado el momento de soltar su apunte, con nuevos esnobismos, los de ser antiesnob en aquello en que el esnobismo de vanguardia consideraba poco esnob seguir siéndolo.

Pero en Silvio se advertía otra dimensión: su capacidad de querer, escondida en veleidades de ocasión: La Sexótica, las otras reemplazantes, su fuga, siempre trató de ocultármelo. Yo le decía, dudoso:

—Salta la cuerda, vos la querés. No sigas siendo el tramposito.

—Yo quedo afuera, hombre Bernardo. Tenés una suerte que no te merecés.

—Todo me llega de regalo, por supuesto.

—No sé —concluyó dubitativamente—. De todas maneras es una mujer inolvidable.

¡Si lo sabía yo! Porque se volvieron hondas y largas mis prácticas para el olvido. Ya se me confundían en la calle las figuras reales y las figuras de sueño, trataban de comunicarse entre sí, de afirmar su presencia, más patéticas las brumosas que las que de verdad respiraban.

Entonces de nuevo en Ziruma volvía a mirar las pequeñas cosas, el prodigio incansable de la orquídea, el orden magnífico de los heléchos, la textura de las musíneas, el matiz de los insectos, el aire en color de los colibríes, el vellón de las nubes encima de la montaña tierna. Y al final del día, la estrella

de la tarde en su iluminada fatiga. Y las mínimas hojas en el viento, el vuelo trunco de las mariposas, el ala tendida del gavilán. Y el pensamiento fijo en ti, Claudia, más arriba de todos los vuelos. Y después el inmenso reguero de luces, en algún lugar del espacio debería brillar con brillo opaco La Insula para el olvido.

Al otro encuentro regresos y salidas eran más frecuentes y cortos porque el auge de su industria exigía visitar muchas ciudades—, venía el habla ganosa de hacerse poesía.

Por el Reino de Thulé, por los países del Azur, y no he podido encontrarla.

—¿A quién?

—La Isla del Olvido.

—¿Buscaste en el mapamundi?

—No está en el mapamundi La Isla del Olvido.

—¿Y en el reloj?

Me quedaba pensando esperanzadamente.

—Es posible que La Isla se encuentre en una dimensión del tiempo.

Y allá la buscaba, Claudia, pero todas las islas tenían tu nombre, Las Islas Claudia formaban un archipiélago interminable hasta el fin de todas las aguas, hasta el extremo final de todas las lluvias. Y tu nuca, mujer joven, y tu cabello que el viento ondulaba candorosamente. Y la señal que en tu piel dejaban las costillas y el hoyuelo del ombligo y la curva de tu vientre y de tus senos si tratabas de olvidar acurrucadamente. Y tus párpados, lo único que hacía alejarse a

los ojos.

—...En el mundo —habló El Mulato con su flauta golosa— hay dos cosas importantes: la marihuana y la chocha.

—Esta gristura, esta gristeza, este agristamiento de esta tinta gris —ladeó su cara Velero, avergonzado por el monólogo.

—Parece que cuando lo vio regresar después de dos años de tenaz ausencia, el corazón se le subió a la garganta, y con él se ahogó.

—Al principio nunca decía mentiras innecesarias; después se le fueron haciendo necesarias las mentiras, y sólo vivía alerta para evitar ser cogida en ellas.

—¡Ay, tan delicioso el paseo! El tren se deslizaba como sobre rieles.

Hubo sonrisas en las modelos del Desfile del Traje Perdido, sonrisas en quienes ya no sabían sonreír.

—Déjenme contar mi cuento —apuró Gaviota—. Había una vez, hace mucho tiempo, un mico que se encaramaba hasta en los árboles. Era marica también, y...

Claudia y yo tratábamos de acompasar con la música los últimos recuerdos que nos quedaban, un poco desflecados.

Aquel día, antes de salir a las calles, me asusté al no asustarme el cubrimiento de su dibujo: la mata había puesto sus anchas hojas en el muro hasta el cielo-raso; quien no supiera que detrás había un cuadro, dos cuadros, sólo imaginaría tras las hojas el verde claro de la habitación.

Nada le dije, la música también era lenta, como el

olvido.

Partir es sólo el destino

de quien no puede llegar;

llegar sólo es regresar

a donde empieza él camino.

—Estás muy elegante —cubrí con palabras el muro que non separaba.

—Me visto elegantemente para vos.

—Y te desvistes elegantemente.

—Sólo para vos.

Me lo había dicho días antes, y agregó con seguridad:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Nos suicidamos?, o nos tiramos al tren —respondí porque ese “vamos” continuaba siendo la indirecta a mi mandíbula. Se mostró superior.

—De verdad, ¿qué vas a hacer?

—Quererte, ya lo dije.

—¡Bernardo!

Seguía mostrándose superior.

—Aprenderé a subirme por el chorro de El Tequendama.

—¡Qué vas a hacer!

—Olvidarte. Soy un especialista en cosas inútiles.

Después...

Desde que la vi aparecer en una de las puertas del establecimiento, y reflejada en el espejo transversal, advertí que algo inusitado había sucedido. Una cierta indecisión en su manera de detenerse, en el giro dudoso, en los ojos saltones, en el paso más lento que de costumbre a la mesa. Y ya en ella, su manera de sentarse sin colgar antes el bolso al respaldo de la silla. Y luego su mirada culpable al fijarme en ella.

—Qué hay —dijo, no le respondí: entre el perfume habitual advertí el olor a lavanda fina.

—Te noto muy untada de Silvio —comenté sin firmeza en la voz. Sus manos apretaron el bolso.

—¡Cómo se te ocurre! —exclamó en protesta protocolaria, ruborizada y ofendida, no por lo que presumí había hecho, sino por habérselo descubierto.

Hagan juego, señores...

Juego. Me la había jugado porque le advertí una mayor tristeza al saludarme, y porque yo también sentí apagárseme algo, en el espacio y en mí. Pero entonces fue sólo una sensación de lo que se desmorona despaciosamente.

Sentí lástima de mí, de Silvia, de ella. Todo el ámbito de “La Urna de Cristal” me pareció apabullado.

—No voy a pedirte explicaciones.

—¡Bernardo!

Repitió el nombre cuando me levanté, me puse la chaqueta, di a Libardo su propina y salí a la calle con un

sentimiento de inferioridad frente a edificios y personas.

— ¡No seas macho! —me dije para apabullarme más, hundido ya entre el gentío indiferente a mis inseguridades.

Aquella noche me emborraché donde las putas.

Al día siguiente supe que me había llamado, que estaba buscándome según las notas que pisé al ganar la puerta del apartamento en la Calle Perú. Durante días creí conservar aquel olor a loción exclusiva de Silvio Velero.

Eran ya más solos mis pasos entre tanta gente, era más sola la gente.

—¿Y dónde está la señorita? —preguntó el desdentado de los pajaritos adivinadores.

—Voló —hice un ademán en el aire. Un hombrecito y una mujer se fueron arrimando.

—Estos periquitos también son lindos, véalos bien, y no se me vuelan.

Ignoro qué quiso decir. Una señora de chal negro con su niño cara-de-huérfano arrimó para hacerse adivinar el futuro. Sobre las ramas, las palomas también decían Claudia en sus palomares. El hombrecito seguía al lado de la mujer; un aire familiar los igualaba en facciones y comportamiento.

Tenemos tres hijos, aquellos que corren junto a la estatua.

Parecía orgulloso de su mujer y de sus hijos, con algo de renacuajos.

—Todo se lo debo a ésta —le tocó un brazo, contento

para que el hombrecito no le debía absolutamente nada. Cuando seguí, uno de los periquitos les entregaba otra tarjeta donde se adivinaría su buena suerte. Entonces recordé otras horas que estábamos disponibles, nos aparecíamos en el Parque con cara de domingo. Éramos habituales asistentes a La Retreta, a punto que notaban la falla.

—El domingo pasado no vinieron —decía un señor de pelo rubio que siempre llegaba con un hijo retardado mental, hermosos los ojos de animal herido.

—Ella no estaba en la ciudad -—le apretaba un brazo a Claudia, que sonreía aunque le impresionaba aquella figura: tenía un rostro gastado, como si para él la vida hubiera sido un viento terrible, arena y sol contra sus ojos. Sólo parecía humana su sonrisa, endulzada por la música de la retreta. Un grupo de muchachos mascaba chicles; al mascar, la más joven seguía con la quijada el compás de la música que ejecutaba la banda. También nos fijábamos en un poeta menor, alta y delgada su silueta, resaltada la palidez por un traje siempre azul, encaramadas las antenas de su bigote, crespo hacia la nuca el pelo entrecano prominente la nuez de Adán sobre el moño de pajarita punteado en negro y rojo. Un pañuelo salía del bolsillo junto a la solapa izquierda, tapado a medias por una mano de dedos largos que sostenían la pipa infaltable. Estaba en su ambiente allí, junto a la estatua de Bolívar, cuando tocaban un vals lento o un pasillo rápido, que de un giro lo trasladaba al siglo pasado.

Y los vendedores de globos y helados y confituras, y las otras parejas de enamorados que formaban un espectáculo de provincia lleno de color y claridad.

Después anduve inconscientemente hasta el apartamento de ella, necesitaba el olor de su abandono. Repasé

la larga repisa que formaba el muro y donde Claudia fue enfilando pequeños objetos que le traía: extrañas caracolas de monte, cuarzos en forma caprichosa, caballitos de Ráquira, un búho rodeado de pequeños búhos que sonaban a la brisa, un trapecio con dos maromeros saltarines, lo había inventado y labrado para ella; un rondador amazónico, un pueblito en cerámica —campanas y pájaros en sus torres—, dos máscaras de Sibundoy, cositas mínimas para cuando se quiere.

Puse a funcionar el tocadiscos, nuestras canciones se iban por hi ventana de cortinas al viento. En la calle pasaba una manifestación estudiantil, en coro sus letanías monótonas: se le juntaron viejos diálogos disgustados entre Claudia y yo, estridencias de mis pasados. Todo me entraba por un oído, me salía por el otro: dentro se acumulaban gritos, palabras, sonidos aledaños, vi llegar el estallido.

Únicamente lo pensé mientras abandonaba el asiento. Al abrir el baño advertí unas pantaleticas suyas secándose y unos brasieres de borde enfranjado, los llevé al rostro que parecía necesitar algo amorosamente húmedo.

—Chica, todo se arreglará.

Bien que las bombillas iluminen las calles, bien que el río recorra su cauce y que las aves tengan redondos los ojos y que el cielo se hunda en los charcos tranquilos y que vos, Claudia, vas a cumplir veinte años; bien el silbo del gavilán y el zureo de las palomas. Bien que yo esté desesperado.

—Tú, que sabías mi esperanza y mi deseo.

La Gorda agradecía a Gaviota sus atenciones, hacía señas de una coquetería imposible. El disimulaba, entendedor frente a la edad madura.

MADUREZ

Las cosas son espuma

del tiempo en nuestra mano.

Porfirio Barba-Jacob.

—¿Y estos años? —pregunta ella, molesta porque el otro seguía siendo joven.

—Se ha vivido —evadió él, mirándola para encontrar algún rastro de la misma de antes.

—Estoy fea —dijo—. Los años...

Aguardó algún comentario, pero nada escuchó. Puso frío su humor porque no se atrevieron a contradecirla. Pensó si él estaría pensando cómo la encontraba de vieja. Su comentario fue para ese pensamiento.

—¡Se ha vivido!

Como por disculpar su deterioro, o para afirmarlo en una aceptación cínica, ocultamente desolada.

—Se ha muerto mucho...

CAPITULO XX

Si algún día preguntara hasta cuánto la quería, yo sólo respondería hasta dónde la olvidara.

—Claudia, también podría reclamarte.

—¿Qué podrías reclamar?

—¿Recuerdas eso que llamábamos amor? Dijiste que lo guardarías.

—Lo guardé.

Lo deterioró la humedad.

—Era el mejor sitio.

—Te advertí que primero había que impregnarlo en todo el cuerpo y rociarlo en los alrededores para que se familiarizara.

—Lo guardé donde debía estar.

—Lo escondiste. El amor necesita mirar las cosas.

—¡Era mío!

—Pudo ser nuestro.

Aunque siempre lo negó, vivía seguro de que aquella tai de ella estuvo con Silvio en su apartamento, y se habían revolcado con mi nombre en la mitad. Bregaba porque no me impórtala esta idea, pero el viento hacía estremecerse las sombras que el sol echaba sobre el pavimento, esa vibración volvía más insegura mi inseguridad; yo representaba nada más un clavo perdido en algún sitio del mundo.

Ruidos y pregones y brillos eran enemigos de mi ánimo, cuando entré al Versalles, desde cada una de sus mesas Claudia me miraba. Ocupé una del rincón disponible, al lado otra pareja seguía hablando, escuchaba sin proponérmelo.

...Entonces, si ya nos queremos...

El muchacho seguía anudando frases nerviosas, a cada pala bra se movía el cigarrillo pegado a una comisura, la muchacha pendía del cigarrillo más que de las parrafadas.

—“Se le va a caer la ceniza” —pensaría ella—. “Se le va a caer sobre los pantalones nuevos”.

—...Me acaban de ascender en el Banco, estoy

pensando que vos y yo, si nos queremos, como estoy seguro...

Ya era larga la ceniza al extremo del cigarrillo, la muchacha estaba nerviosa por tal detalle, a él lo animó ese nerviosismo en la decisión más importante de su vida. El desprendimiento de la ceniza coincidió con la palabra “casarnos”.

—¡Ya lo sabía! —exclamó la joven mirando a la ceniza resbalar hasta la bragueta de él.

—“Todo acaba en la ceniza. Todo acaba en la bragueta” pensé al levantar el vaso—. “O empieza con ellas”, y vi algo tierno y ridículo en el amor hablado.

Salí, acompañé un entierro durante dos cuadras para manifestar solidaridad con cualquier muerto reciente. Y guardaba silencio largo rato en “La Urna” tratando de que el difunto se sintiera cómodo y entendiera mi manera precaria de seguir vivo. Me consolaba saber que cada hombre tiene una sola muerte verdadera, así permanezca en agonía.

Después anduve sin rumbo hasta llegar a La Estación Villa cuando pasaba el tren de pasajeros, por todas las ventanillas asomaba el rostro de Claudia; el ruido de la locomotora, el humo, los engranajes, el choque de los vagones anunciaban su paso. La bocina sonó como quien parte definitivamente.

La sombra de tu paso

Más tarde a Claudia la vi como derrotada a pesar del éxito en su industria de confecciones.

—No puedo más —me dijo una tarde al encontrarme en cine con La Sexótica—. Yo no quiero a Silvio.

Ni quisiste a Pedro, tus entregas han sido por odio...

—Tampoco voy a explicarte.

—Ni yo a pedirte explicaciones. Hasta luego.

Tal vez porque Claudia le dijo uno de sus noes que él no quería esperar, Silvio Velero trataba de abstraerse. No única-mente la vida: los sueños también se le hacían inaguantables por su monotonía. Pero el desvelo tampoco mejoró el ambiente, prolongación de los mismos objetos y las mismas voces, hasta la obsesión.

Los ojos se le fueron gastando de mirar escombros, rostros cansados, días sin regreso tras el cemento de las edificaciones. Creí pensar que los años se le alejaban, rengos y jorobados, sin volver la cabeza al desaparecer por las callejuelas oscuras.

Tenía aquella noche una mirada inteligente y una sonrisa lela, el contraste no armonizaba. Ignoro si alguien ha captado lo trágico de este vivir en una especie de interinidad, mientras llega lo auténtico; este no ser cada cual verdaderamente, ni estar en lo que está, ni actuar sus propias acciones, ni pelear sus peleas: ese dramático no asumirse que la época señala. Nada sé. Pero llegó el milagro natural de la palabra: de tanto repetir mecánicamente una cosa, de rutinizarla mirándola, alcanzó a convertirse en estado de ánimo, o cuando menos a comprometerlos en cofirmantes de un pacto de honor. Angustia, náusea, vacío, nada, antiser... Estas palabras hondas en labios superficiales hicieron un daño inútil, que sus dueños quisieron llamar destino; pero eran genuinos sus vacíos y su desolación, ahora que no existen lo sabemos: fueron de excursión a la nada con tanto éxito, que nunca regresaron. Sólo algunos náufragos de ojos ardidos.

Gonzalo, Cachifo, Amílkar, Jota Mario, Barquillo, Eduardo Escobar, X-504, Fanny Buitrago.

Ante la presencia de Claudia —unida a mi presencia— Silvio se notaba decaído. El, que se afanaba por los nombrables y los nombrados, estuvo discreto al final, dejó de actuar para observar introvertidamente. Fue a la ventana, dijo que iba a llover, el cielo seguía preocupado como su conciencia. Lejos se oía tronar, los relámpagos perdían su importancia ante las luces cercanas.

—¡Que no llueva! —protestó Gaviota. El trío había empezado su segunda tanda de canciones para querer. Tardes para querer, déjame solo...

—Lindo querer y ayudar a la gente —se alegró Gloria Inés llena de dientes su sonrisa clara.

—Cuando la gente es gente —reviró Oscar Jaramillo señalando a Fausto con la quijada, reticente su habitual modo de mirar. Esbozó un dibujo certero, las palabras resbalaron por sus bigotes de mandarín.

—Pocos van quedando, la vida no da al que no lo merece

—¡Qué hubo, pues! —apareció Juan Luis Mejía, su saludo era al tiempo una forma de despedirse—. ¡Arriba, hermanos, el equipo gana! ¡Cómo pudo tu amor volverme triste!

—¿En qué horas estás? A lo tuyo, Juan Luis, el reloj sigue dando sus horas.

—Lo único que ha podido dar ese animalito —y salió también, sonámbulo como todos. Quedábamos los restantes,

unta dos de fin-de-fiesta.

—Que cante Miguel Escobar.

Dora Luz recibió la guitarra, Alicia animó, su rostro como un cuento alegre. Vanidad, con las alas doradas, / yo pensaba reír, / y hoy me pongo a llorar.

Al decaer, la reunión iba en aumento sentimental, donde cada cual celebraba lo que antes detestó, o inventaba su llanto fácil, o reavivaba una vieja amistad, o anudaba viejos hilos, o invocaba un amor casi olvidado.

—Dora Luz, canta la de las campanas.

Los ojos grandes se cerraron —en montón crespo cejas y pestañas— y la canción se cantó sola, su guitarra lo recalcaba: A duelo mandan doblar/ las campanas del olvido. / Es imposible olvidar / lo que tanto se ha querido...

Oscar y María del Mar escuchaban con los ojos, Orlando y Marta y Elkin y Estela y Fernando y Eduardo y La mona y Marta Elena, hasta Claudia. No es amor palabra escrita / en la arena de la playa...

—¡Ese es el golpe! —dijo Eduardo Peláez—. Tigre, no apaguen las canciones. ¡Prendan la luz que ando perdido!

—La Mona puede ser tu brújula.

—¿Cuándo me entregas tus últimos originales?, por ahí derecho corrijo la ortografía.

I a sombra de tu paso

Sonreí a un aviso que puso en su casa del monte:

EDUARDO PELAEZ

alcohólico y mecanógrafo

Fernando Cruz cantaba En esta misma mesa / anoche te lloré, cálidas su voz y su presencia, presente y lejano como el amor o el olvido. Humberto Valverde se agrietaba, violento y amoroso, en el recuerdo de una caleña, su hembrita.

—¡Tranquilo, viejo, la vida gana!

Qué iba a ganar, lo sabíamos todos. Álvaro Bejarano parecía un ídolo para quererlo y escucharlo. Ingenioso y cínico, lleno de temperatura humana, de ternura, esa otra manera de ser inteligente.

Silvio Velero continuaba distante, su expresión había adquirido cierta profundidad, cierta nobleza insospechable poco antes. Lo advertí cuando me llamó para engrosar su grupo.

—Aunque parezca broma —terminaba una anécdota— se casaron y fueron felices. Esta felicidad no se interrumpió con la muerte de él, pues ella siguió viviendo con uno de sus alegres amantes.

No compartió la superficial celebración de su apunte, miró con esa seriedad a que se iba acostumbrando. Claudia también lo notó y me tomó un brazo para decirlo sin palabras. Él nos vio como a una sola persona de la que quisiera despedirse.

—¡Animo! —dijo al dejarnos discretamente, tratando de pasar inadvertido y dejando un aire de lavanda fina, la que durante semanas impregnó mi piel en la sospecha; nos asediaba lo derruido, lo que intentaba renacer para otra brega del amor. Aunque había vuelto al monte, mi afán bajaba para buscarla, solo ya en nuestra mesa de “La Urna”.

Entonces miraba de manera distinta a las personas en derredor. Entre un grupo de tres mujeres comentadoras me llamó la atención una de ojo manchado mientras compartía su fruslería de la tarde.

- Estaba muda, sin poder cantar... —escuché—hasta que me propuse recuperar la voz.

Tenía señales de agujas, la acupuntura empezaba a ponerse de moda. Yo las miraba, casi nunca se piensa en las personas que se aparecen cerca de nuestra soledad.

—...Pienso en mi hijo y me contengo. ¡Porque tengo una vida!... Voy a llamarlo, él también tiene sus problemas.

Se acercó al teléfono, marcó un número, dio el frente como si me saludara. Así le noté el cuello alto cubierto casi totalmente por el cabello desparramado, y unas arrugas mínimas que se esparcían desde las comisuras de sus ojos y de la boca, madura ella y atractiva. Y el relieve de un sexo grande que ahora debería estar triste.

Las otras dos seguían hablando sus asuntos y mientras pensaba en Claudia observaba cómo al reír, en la dentadura le brillaban sus calzas de oro, perfecta con ellas. La tercera sostenía en sus manos un disco de Los Beatles y sonreía más de un lado que del otro, como si tuviera remordimiento por esa sonrisa; pero tarareaba, confundidas, dos de las piezas en la grabación:

All the lonely people,

where do they come from?

Lucy in the sky for diamonds...

Tenía unas hermosas orejas-caracol, el pelo encima de

ellas, como respetándolas.

—...Se me fue con otra, ya lo sabes.

Su sonrisa se desvió más, ¡remeda tanto a un mal disco la vida! Como mi relación con Claudia.

En la fiesta cantaban al fondo sus viejas canciones Las Hermanitas Ramírez.

—Salgamos a la terraza —invitó Claudia, adelantándoseme.

Volverán desde mi huerto

los silbos que aún conserva.

Yo estaré bajo la hierba sosegadamente muerto.

Y frente a la ciudad de noche:

—¿Me llevas a “La Urna”?

la sombra de tu paso

Hubo algo triste al decirlo. Insinuó la cicatriz de Libardo.

—Claudia, ya no hay para nosotros ninguna urna.

Dio breve fumada a mi cigarrillo, en el humo se dibujó un gato, barquitos y palomitas de papel, cintas anudadas.

—¿Qué habrá de Marrullero?

—Salió a buscar hembras en celo por el vecindario.

—Como vos.

—Ya nos hemos herido bastante, Claudia.

—Perdona.

Nadie aprende de lo que se ha vivido.

—Me entrego. ¿Claudicación vendrá de Claudia?

Las manos se juntaban para no seguir. Abajo la ciudad titilaba multicolormente, Claudia titilaba por el frío, por la luz, por tanta sombra.

—¿Entramos? —propuse, a ella le molestaba el viento porque la despeinaba, le subía la falda, enfriaba su piel. Y porque recordaba historias de un abuelo, en que el viento apagaba las velas en su noche y aullaba para hacer más honda la oscuridad.

Alguien tocaba adentro un tambor, nos llegaban rachas de aromas del monte.

—El corazón toca su tam-tam de selva, a veces escucho tu tam-tam.

— ¿Aunque esté lejos?

—Puedo oírlo mejor si estás lejos. Tam-tam —dice tu corazón, pobre animalito asustado.

—¿Y el tuyo?

—¡Cállate, corazón, pájaro-loco!

—No entremos ahora. Tengo miedo.

—Nunca nos encontrarán —puse fingida voz de tragiteledrama, botando el cigarrillo, las chispas se apagaron en el rocío de la hierba.

—Tengo miedo —siguió.

—Nunca nos encontrarán, lo aseguro.

—¿Nunca?

—Eso dije.

—¿Es que nos están buscando?

—Nadie nos busca.

—¿Entonces?

—Por eso aseguro que nunca nos encontrarán.

Hubo como un trueno lejano, sin relumbrón.

—En algún sitio invisible, una araña teje-que-teje su red.

—Es la conciencia, nosotros somos esa araña.

—Yo sólo trataba de vivir.

—¡Viva la tragi-tonti-tele-novela!

Su voz había sonado como si leyera ese mal libro, sólo poi rehuir la ausencia de Pedro, que a veces nos obsedía.

—Me dijeron que murió con los ojos abiertos y aterrados.

—¡Cállate!

—Tú también estabas ahí.

—¿Dónde?

—En sus ojos.

Y como despertando:

—Sí, él me seguía y me seguía.

—Más porfiado que la barba, ¿quién lo dijo?

—Digo que me seguía y me seguía, a veces no podía salii porque lo miraba por ahí, rondando mi casa.

—Todos, sabiéndolo o no, le echamos algo así como un puñado de terror en la mirada. Pedro pintaba desnudos, era joven.

Claudia me apretó, temblaba porque, además, hacía frío.

—Parece que uno vive sólo por decir después: —"En un tiempo nos quisimos". ¿Vale la pena ese largo recorrido para que todo se vuelva pasado? —"Yo te quise, Claudia", o algo parecido.

—Me da susto, Bernardo.

Alguien nos llamaba desde el salón grande.

—Quedémonos un momento —dijo, le tomé el cabello, olía a todas las cosas que vivimos, me volví recordador como un viejo álbum de fotografías.

—Aquella tarde te vi entrar —le dije.

—Estabas leyendo un libro y tomando notas.

—Tomando notas y ron.

—Ni siquiera miraste, fui a pedirte un fósforo para mi cigarrillo, no sabía cómo encenderlo.

—No sabías fumar.

—Nunca he sabido nada.

—Sabes querer, cuando querés.

—Yo te quiero.

—A tu manera. Pero las cosas deben hacerse hondamente para que duren.

—Cuando uno envejece nada dura.

I a sombra de tu paso

Siempre tendrás veinte años, como ahora.

—No quisiera envejecer —y se tocó los pómulos, la frente, el cuello, la barbilla.

Siempre tendrás veinte años.

—¿Y cuando muera?

Ya no estaré. Pero serás el más hermoso cadáver del mundo.

—Me da miedo, Bernardo.

—Te regalaré la vida que me queda? “Es hermoso envejecer al lado de lo que se ama” —dijo el tío viejo que en Balandú cabestreaba una tortuga, por burlarse del tiempo.

—Son injustos los años —reclamó Claudia, como si estuviera en peligro de cumplirlos todos.

—Nos queda el sueño, muchacha.

Creo que anoche soñé

con tu cara largo rato.

Por no encontrar tu retrato cogí el sueño y lo enmarqué.

Y si la veía preocupada:

— Debes matar las preocupaciones pequeñas, o se te crecen y te invaden.

—No puedo.

—Es fácil: coges uno o dos chistes y se los echas encima, ellas se irán. O les sonríes, las preocupaciones son animales enemigos de la sonrisa.

Apretaba el collar sobre la cicatriz de su garganta inolvidable.

—¿Y cuando son grandes?

—Pues échales risotadas por puñados.

—¿Y si es medianoche?

—Los muerdes, así —y me convertía en la fugaz sombra de Drácula.

—Yo soy tu preocupación.

—Por eso te muerdo, suavecito.

Ahí también, en la terraza, hasta que apareció El Marchante para fumar frente al pequeño monte. Hizo que la llama del fósforo redondeara la punta cortada de su cigarro, y el húmero fue como una ancha respiración del diablo.

Cuando regresamos a los salones seguía un bullicio apaciguado. El Metafísico pareció despertar, su memoria acudió al habla tartajosa.

—Es eterno lo que no se da cuenta de nada. Darse cuenta de nada sería darse cuenta de todo porque la nada apabulla y d pensamiento apabulla. Pensar no pasaría de un

desvalido ins tinto de inmortalidad. Y el instinto de inmortalidad es la más asombrosa prueba de que desapareceremos.

Alguien señaló, odiador de lo que no fuera joven.

—Es un estúpido, no pasa de ahí.

—Es un tarado, y sí pasa.

—Correcto: es un tarúpido.

—¡Qué hubo, Pernicia! —saludó el liberado del lenguaje al Mulato.

—¿Cómo te va, Picardía?

—Por ahí, vagaputiando.

Yo les inventaba términos para joderles sus imaginaciones.

—La vida es...

—La vida es amarga, ¡no frieguen tanto con ella! —exclamó alguien deseoso de ser notado.

—Tranquilino, allí estoy hilillilando una maquinilla para rastrillar cosquillas en los costillares.

El Metafísico se había ido recalentando con el licor, los ademanes no hilvanaban sus afirmaciones.

—Regresar sería recuperar las cosas, los actos, las primeras intenciones. Regresar sería otra manera de nacer, donde ya nadie puede estar vivo. Regresar sería el miedo y la rabia y la mínima posibilidad de ser hombres, ese asunto enrevesado, ese asunto terrible, el interrogador.

No sé por qué supe que Velero pensaba en Claudia, ella pudo ser su refugio, su asomadero, su camino. Pero él nunca fue capaz, de andar en compañía.

Tal vez tampoco yo, todo conocimiento nos llega demasiado tarde.

Recordé el tallo de la mata de hojas anchas, grueso y solo, que se desviaba hacia el desnudo y ya tocaba la madera superior del marco. Vi el mapamundi, vi el reloj, vi el dibujo cubierto, vi el óleo ya para desaparecer detrás de las hojas anchas, pensé por última vez en Pedro Escobar, tapado ya por todos los olvidos.

—Ganará la vida, muchacha —dije a mi soledad.

CAPITULO XXI

Al alma de este paisaje le faltará su latido: estoy entre haber partido y saber que estoy de viaje.

—Bernardo, yo iba a morir sin quererlo.

—Yo me enojé, no me habías pedido autorización para morir. Eso se avisa anticipadamente.

Morirás tu muerte sola con hondo llanto cercano, el temblor fiel de mi mano y el tiempo que el tiempo inmola. Te convertirás en ola batida en insomnio lerdo de las horas en que pierdo la imagen de tu partida: para volver a la vida te basta con mi recuerdo.

—“Dios nos conceda, amigo, que yo pueda curaros o que los dos muramos de una misma congoja” —recordé a

Isolda la Rubia.

Aquel día llegaste, lenta como siempre, un poco más tristes tus ojos grandes, debió ser el adiós último. No lo fue.

—Me voy —dijiste simplemente.

—Siempre te estás yendo —respondí, no me gustan las despedidas patéticas.

—Ahora me voy de verdad —dijo—. De nadie más quiero despedirme. De nadie.

Lentamente abrió el bolso, lentamente sacó unos certificados médicos para anunciar otra invasión del cáncer.

—Me van a abrir toda —respondió a mi boba perplejidad. De cualquier manera, vivimos bien estos años.

—¡No vas a morir sin mi permiso! —grité, lloraste un poco en silencio.

—Perdona mi mala educación por no habértelo anunciado antes... No hay que ponerle mucho bombo a la función.

Así vulneraron tu piel en una larga línea, tu amorosa piel, la muerte seguirá esperando.

Entonces arrimaba el bolero dolidamente dulzarrón, voces y guitarras de Los Panchos como en una mala película, congoja elástica para su acomodo en la sangre, en la largura del adiós. Yo siento en el alma tener qué decirte / que mi amor se extingue como una pavesa... / Yo sé que te mueres cual pálido cirio...

Todo se oponía, hasta nosotros mismos. Tal vez Pedro Escobar, Silvio Velero, la ciudad entera, fueron pretexto de

nuestras indecisiones, el otro lado del camino cuando no sabe a dónde llegar; tal vez la palabra amor nos quedó grande, o nunca supimos pronunciarla como debíamos, o era vano su sentido, o pertenecía a otro idioma del que ignorábamos su alfabeto. Si el abracadabra existió, olvidaron invitarnos al paseo: tal vez estábamos por convertirnos en un terreno baldío.

Jolojic re jat: eres hermosa —dije en dialecto pocomchí. O en kechua del altiplano, repetía:

Amukin kolila, koli pankara: cállate linda, linda florcita.

Más tarde, a la pregunta de qué estaba haciendo:

Practico cierto tipo de equitación.

—¿Cóoooomooooo?

—A veces viene un tigre, me monto en él y salimos. La gente se extraña al vernos. Tus días domingo, los de la retreta, se asustan al

verme cabalgando un tigre. Yo sigo sin saludar, soy bastante tímido.

—¿Y a dónde vas?

—Al monte. ¿O a dónde querías que fuéramos?

—Pregunté no más por preguntar... Acércate, Bernardo, yo soy tu tigresa. ¿A dónde iremos?

—Al amor. Queda tan distante...

—Cabalguemos ya mismo.

Y era todo eréctil el contacto.

—Eso parece un pescado —quería asustarse.

—Y le gusta nadar hondo.

Eran entonces tus honduras, Claudia, y eran tus superficies cálidas para el beso entero con lo que disponían la sangre y la piel. Era el verano en nuestro cuerpo.

— Rico.

Después las cortinas se movían llenas de brío cabalgador o en suave galope. Desde entonces las cortinas recuerdan los kimonos de Claudia, son un a modo de pudor de las ventanas, un viento sensual las mueve como si desearan mostrar un sexo escondido.

—El disco está girando solo.

De la canción escogía lo que decía la pena: comenzaba mi propio hundimiento, y alterné el libro con el disco, y de Proust y Kafka y Cioran pasé a Olimpo Cárdenas y Andrés Falgás, a lo barato de la pasión llorada. Recordaré siempre su primer olvido/ como he recordado su primer amor. O las peores del aguardiente en la mesa redonda del trasnocho, donde el pasillo ecuatoriano se hacía más lento para ser más afligido. ¡Cómo pudo tu amor volverme triste!

Y a las calles, abajo, arriba, a lado y lado en la bambaleadura de esta ciudad.

¡Gordo! ¡Gordo! —gritaban los gamines, el gordo continuaba por la acera, ajeno a la burla pueril. Entonces pergeñaba nuevas tonterías, las que nunca tendrán salvación.

CAIDA EN LA DIVAGACION

Quién cuando yo me muera

consolará el paisaje

José Eustasio Rivera

Primero: Claro, un árbol al caer nunca es ridículo, ni es ridículo el río si se va de bruces en la cascada, ni el sol cuando el mar lo hace soluble, ni el ave que de pronto se zafa de sus alas a otro oleaje: hasta los especialistas saben que únicamente el hombre puede ser ridículo. El, y aquellos objetos y animales que lo imitan, aunque no lo tomen en serio;

Segundo: Reconozco sinceramente que las cáscaras de banano maduro tienen un negro sentido del humor, pero no dejo de aplaudir su ánimo de hacernos cosquillas —extemporáneas por lo demás— en esta época de angustias estimuladas;

Y,

Tercero: Nadie se llame a engaño: el destino del hombre es caer: por una bala, por una cáscara, por una galantería inopor-tuna, por un tango. Sólo me resta pedirle mucha dignidad desde el instante en que muere hasta el fin de lo que sigue a ese instante.

Y lo demás...

Seguía siendo tarde, Claudiafuga: cada uno de nuestros actos iba provocando el olvido, hasta que el olvido nos llenó. Si el olvido existe. Lujuria la triste tiritaba de amor dolido en aquellos inviernos de lluvia recogedora.

Todos los días iba despegando recuerdos para botarlos, para mirarlos por última vez. Si antes vivía de ellos, después se me fueron agotando y al final les sacaba poco gusto, por ya gastados de tanto amanecer con ellos, de tanto sobarlos en mis vigilias, de querer hacerlos retoñar. Los años parecían la ceniza

del tiempo.

—¿Con quién estabas?

—Con Brújula, resolviendo crucigramas infantiles. A Brújula todavía no le ha crecido el pecho. Entonces llegó Lujuria...

—¡Bernardo!

—Llegó Lujuria, Brújula salió bailando una ronda que yo le había enseñado. A la rueda-rueda / de pan y canela...

1.a sombra de tu paso

En esos días fue de mirada fija y pocas palabras, las necesarias para dar a entender que ni falta hacían. Yo me quedaba mirando el letrero sobre un solar abandonado: Se reciben escombros.

Y otros escombros aledaños: Me parece que a última hora Velero empezó a ver, observando los inteligentes y los mediocres entre quienes circuló durante mucho tiempo, que ellos cumplían años, perdían juventud, y sin experimentar la etapa madura se estancaban en una vejestoriedad —más que vejentud— que llamaban rebeldía, aunque no superara el resabio. O se hacían deliberadamente oscuros, a la manera de las palabras cruzadas, donde se ponen obstáculos para llegar a lo evidente.

—Un hombre grave y silencioso, parece que de eso murió -dictaminaba—. No, no podía morir de tales asuntos porque desde mucho antes venía muerto.

La existencia fue otro Ismo copiado por él: dejó de vivir, obcecado en la idea de cómo debió vivirse, acorde con fórmulas ajenas; así también dejó de ver y sentir por dedicarse

a copiar maneras de sentir y ver. Digo ahora, puedo equivocarme.

Porque Silvio Velero era un hombre capacitado para agonizar su momento, para jadear la palabra que siempre queda atrás, inclusive para permanecer callado. Le vi cosas en aquella noche, vi cosas en mí, vi cosas en Claudia, difícil olvidar. No ya su olor a loción fina, no ya su manera torcida de mirar, no ya su asma que lo acercaba a la vida y a la muerte. No ya su silencio. El murmureo de la fiesta me hacía pensar.

El Metafísico deseaba enredarse:

—Sólo existe el presente, para todo, el hoy y el ahí en su forma fugaz. La más perfecta sensación del presente sería la imagen del hombre en el espejo. Pero un espejo capaz de mirar.

Y coqueteos verbales con diálogos en laexaltación alcohólica, en la sensualidad de los senos a medio descubrir, en la incitación de las bocas, en perfumes y joyas, en la irresponsabilidad de la fiesta menguante, simples labores de abalorio.

—¿Qué tienes en la boca?

Dientes, para morder.

- ¡Qué tienes en la boca!

— Lengua, para besar.

—Una mentira por un beso de entrada.

La música decía su fatiga, allá confluía todo, parejas normales, homosexuales de uno y otro lado, feministas estrenando liberación, el despepute.

—¿Te gusta hacer el amor?

Me gusta que me lo hagan.

—¿No pones más de tu parte?

Mi cuerpo, ¿te parece poco?

—Depende de cómo lo pongas.

—Mirando al cielo.

—¿Para no dar la espalda a Dios?

Miradas vagas, labios a entreabrir, bulla pasajera. Al final había cansancio en las palabras de Silvio, demasiado cultivado el desdén, documentado el misterio que se imponía, evidente el forzamiento de nervios y músculos para una respiración aristocrática; daba la impresión de ser aficionado al alto mundo, y rechazado en el examen final: no debió darse cuenta de que esta sensación de rechazo ponía al borde de lo caricaturesco su postura, abriéndole una brecha, agrietando más ese muro de la muerte, contra el que la vida se estrella y viene el golpe silencioso.

Así fue llegando la niebla, porque se volvió una noche de niebla; no que hubiera niebla de verdad, sino que su cerebro seguía neblinoso y se proyectaba al espacio como si quisiera vender un producto nuevo, Él Arte Neblinoso, y lo predicara en forma de hallazgo entre la neblina. La niebla era yo.

Advertí en él la profundidad de quien también está solo. El amor no sería ya un juguete con La Sexótica sino la única posibilidad de salvación, sería la respiración de Claudia, serían el día y la noche apretujados, sería la cercana factibilidad de morir.

—Claudia, estamos perdidos —dijo como si pidiera

perdón. Y esa misma noche:

—¡Qué van a saber las palabras lo que yo quiero decir!

Su gesto convenía a sus ideas, llenas de energías que se dañaban en un espasmo del verbo.

—¿Cuál comunicación? Hablamos, las palabras se van con su propio vacío, esperamos una respuesta: sólo encuentran ambiente aquellos silencios abrumadores...

—Porque la poesía todavía no ha aprendido a pensar.

Me pareció verlo de espaldas por un pasillo oscuro y largo; creí escuchar sus pasos de sonámbulo que vuelve a la realidad, y vi que eran realmente los pasos de un hombre perdido.

La sombra de tu paso

—Ese camino es peligroso hasta para un fantasma.

Y yo, por disimular el silencio:

—En la gran sala había un solo hombre, incluyéndome a mí. ¿Alguien sabe de la soledad?

Por primera vez callaba Silvio Velero. El Metafísico seguía en el sillón, la cabeza contra el pecho, las palabras contra un vaso a medio llenar, ladeado a manera de micrófono; un cigarrillo se le apagaba en los dedos.

Que el cigarrillo hace mal... Pensar hace mal, prohíban el pensamiento. Cualquier vida tiene caracteres mortales, somos un sentimiento de superioridad de las cosas. Las cosas están ahí, no yacen: están. Son con su vida replegada, en permanente vigilia... Sabe de asombros la muerte.

Levantó el rostro para mirar el murmullo que parecía venirle de lejos, en verdad asombrado, brumosamente contento por la fluidez de su discurso.

—...Si asombrarse es labor de la vida que sabe desaparecer, o de la muerte que reaparece; si el asombro descubre, descubrir sería morir.

Miraban su monólogo, lo señalaban seriamente o con burlas fugaces. En la terraza se habían congregado algunos fumadorcitos y remedadores de la fachada camaján del lenguaje, reidores y amargadores para sacar el bulto a las horas.

-Sí, estaba lleno de vainas, estaba lleno de cosas sobrantes, ¡vea que sus pelotas! —dijo alguien bocón como un envase de leche, como un balde. Al de al lado no le causó gracia, rehuía los malos chistes.

Ya vas entrando, / Hernando - respondió sopetonamente, llevando el compás de la rima.

—No te pases de listo, / Evaristo.

Vio que hablaba en serio, / como Tiberio.

—Chupe, compañero, chupe, / que se le apaga el tabaco.

¡La vida llama, salgamos de una vez!

—Está cerrado el aeropuerto.

—Visibilidad cero - dijo un joven que poco antes miraba al futuro.

La Liberada pasó como por los rincones de un sueño con el pintor de brocha tamaño familiar, dispuesta al dramatismo de segunda mano, representando su propio papel

con lágrimas sobrantes: un llanto protocolario, ahí, como quien pica cebollas trataba de rehuir lo que los años nos desgastan implacablemente

Cerca otro sacaba una pareja del aire, apretando su mano izquierda contra el ombligo, la derecha en alto.

— Y no es que Pepe no apriete, / sino que sabe apretar seguía el ritmo recordando cualquier cantina. Cuando quiso beber, notó el vaso vacío.

—Todos toman naranjada, / y el pobre Naranjo nada canturreó al entrar donde más runruneaba la gente. Gaviota regresaba de otra revisión a los sobrevivientes, sus frases también se retorcían en el aire, mariposeantemente:

—Cupido no pasa de ser un Robin Hood desvirolado. —Imitó un arco dirigido al suelo—. Sus flechas frecuentemente se clavan en la nalga de las señoras gordas.

—Adorable —dijo uno señalando con su quijada a La Sexótica—. Mírenle esos ojos de gata en celo.

—¡Miaaaauuuuu! —remedó el graciosito.

—Mírenle esa boca...

—Mordeloncita, ¿no?

—...dulcemente entreabierta.

—Como una chimba enamorada —apabulló el recién liberado del lenguaje, encogiéndose de goce y vergüenza.

—¡Ya le pusiste bigotes!

—La poesía es el condón de la verdad.

El otro se le quedó mirando.

—Tensé razón, a vos te preñarán en la primera acostada.

Fausto continuaba envolviéndose en la aureola de los artistas y del Marchante que ya se despedían, dándose ínfulas por tal albaceazgo. Al ruido de los motores sucedió el del habla acelerada o despaciosa, a las luces que se volvían penumbra, a las despedidas de protocolo.

Yo seguía pensando en Claudia con retroactividad, y en Ziruma, donde todo es posible.

Oyendo frente al paisaje

bambucos de tiempo lento, me dan ganas al momento de morir o estar de viaje.

La sombra de tu paso

Y, de pronto, saltar del monte al espacio.

—¡Llegamos a la luna, Claudia!

—Siempre hemos estado un poco en la luna.

—¡Han llegado a la luna! —le grité—. ¡Eso vale la pena! Primero el Sputnik, luego esto... Y pensar que nosotros apenas si llegamos a la cama.

Me pareció injusto echárselo en cara. Si todos supiéramos llegar a la cama, tal vez el mundo no andaría tan por los suelos. Y por arreglar el momento:

—¿Sabes? Ahora quisiera estar en el mar.

—Es muy tarde.

—Es muy noche. Con Brújula, con Lujuria también, y

el duende del reloj.

En una a modo de crisis ambulatoria recorríamos Buenos Aires y otros barrios donde abundaban los antejardines con hierro forjado, con las rejas de pacientes cerrajeros, y portones de dintel donde el labrado mostraba animales y figuras humanas, racimos increíbles, naturalezas muertas. Y unas enredaderas que iban cubriendo todo, como si fueran el tiempo.

—No ocupen el sardinel —habló una joven que regaba sus matas, en advertencia a varios niños jugadores. Me agradó la palabra sardinel, o la boca que la pronunciaba.

—¿Qué palabra te gusta hoy?

—Nenúfar. Aunque es flor de agua, le gusta verse en algunos poemas.

—¿Qué otras?

Buscaba en la memoria, los vocablos iban cayendo a la boca.

—Eneldo, bruma, neblina... O Zanzíbar, recuerdo el sueño de unas aventuras que de niño corrí en Africa, al lado de Stanley y Livingston.

Por las aceras, por el borde de las calles, unas muchachas encaramaban en bicicleta sus nalgas y sus apretados sexos.

Y diálogos otra vez al azar:

—¿Qué estás recordando?

—Un tigre con hambre posaba ante el fotógrafo, al lado

de un cordero. Creo que el tigre no sabía sonreír.

—¿Y el cordero?

—No pudo.

Entonces me agarraba la pensadera, y los pensamientos eran como carcomas, se les escuchaba trabajar. Soltaba el grifo niquelado y remojaba la frente, ¡nada!, ante el espejo parecía duplicarse el carcomer de esos animalitos pensadores.

—¿Por qué nada salió bien?

—No sé, chica. Hemos perdido la inocencia.

El retazo de crepúsculo que alcanzaba a ver parecía cobie derretido, y era de cobre la boca. Pensaba que en mi país había guerra no declarada, o declarada, y que el olor a humo y sangre de los estallidos llenaba la tierra, y que el de la muerte era el único sabor de este siglo.

CAPITULO XXII

Sabe dos cosas no más el que sabe de la vida: que el recuerdo nos olvida, que la vida quedó atrás.

-Se te fue el alma, ¿no es lo que acabas de decir? —Pero me quedó su forma: donde estaba ella, estás vos, un alma en fuga.

- ¿Yo?

—A veces me duele.

-¡Bernardo!

—Es un consuelo sentirse en el paraíso, Lujurias y Brújulas y duendes en el viento.

-Seguís vivo.

—¿Crees?

— No te quiero muerto. Vamos.

—Ya es tarde, muchacha. Demasiado tarde.

Porque a veces la muerte se nos acercaba como el día

distinto, como el otro día que permanece a la espera, clamando. Llovía

—Un paraguas para la señora, está lloviendo.

—¿Y por qué dejan llover a estas horas? —preguntó Gaviota cansado de sus volteretas—. Estamos fregados de Alcalde.

Claudia le sonrió, él respondió su sonrisa.

—¿No crees, Encanto? Si el cielo tiene nubes, pues que las barran; y si el invierno insiste, pues que trapeen el cielo.

El trío terminaba la última tanda de boleros, interrumpidos destempladamente por El Mulato, las lesbianizantes y dos pintores de estreno con su trago de marear. Me estás haciendo falta, mucha falta / de verdad...

—Es de Jaime Erre. Y fue que la distancia / cambió aquel sentimiento/ de la frivolidad...

—Gracias, Jaime Erre.

Desde la terraza llegaba tiritante y gangoso un sabio consejo en El Bruto, de Alberto Posada Ángel:

—“Oh, hijo mío: Nunca orines contra el Sur ni contra objetos que el viento agite”.

El Mulato chifló con su flauta, iba perdiendo la onda, llamó a Libardo.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó, atento y desconfiado.

En bandejas de plata —respondió El Mulato.

—¿En qué puedo servirle? repitió el otro, incómodo.

— En un vaso de cristal, si es ambrosía lo que me ofrece.

—¿Le gusta perder el tiempo?

—Me gustaba, ahora me arrinconaron la angustia y las pepas y la marihuana, ya no me quedan ni horas.

-Usted no las necesita.

—¡Venga! reclamó El Mulato.

¿Quién se cree que es? dijo suavemente Libardo.

Dios.

...Amaneció humilde el hombrecito...

Libardo se retiró con dignidad, luego de sonreímos a Claudia y a mí como en “La Urna”.

Silvio Velero ha vivido de buen humor dijo alguien, injustamente. Junto a Claudia sentía también la ausencia, lo inmóvil ahí pero que también se iba yendo como las alas, como las nubes, como las sombras.

l a sombra de tu paso

Claudia seguía a mi lado, al lado de nadie más. Esa noche me dolió estar solo con ella porque alguien quedaba absolutamente marginado. Recordé momentos con Silvio Velero, sus reclamos, su orgullo presuntuoso, su derrota que trataba de ser alegre. Su pequeña locura. Repetían aquello de que fue el más inmediato responsable en la muerte de Pedro Escobar, por su incitación al suicidio. En todo caso advertí cómo El Mulato se colocaba un silencio trascendente cuando

Silvio predicaba:

Ya se me había olvidado caer, esa^xtraña sensación de que uno está viviendo en la caída. ¡Nadie sabe la hermosa sensación del vacío! El viento en la cara, el aire que se agota, el golpe final...

—¿Dónde está?

No sé si lo pienso ahora, tengo la impresión de que a todos nos pasó como un anuncio diluido en el habladera! Los que cabeceaban o dormían despertaron sobresaltadamente al disparo; los que charlaban suspendieron su dicharachereo; los que se dirigían de un punto a otro detuvieron el paso; las copas se paralizaron en mitad de su camino de la mano a la boca, de la boca al aire, hasta la canción que giraba desganadamente se detuvo en la palabra ausencia. La mariposa azul con rojo iridiscente salió de la cortina, nadie la había visto regresar.

—¡Se suicidó! —exclamó Gaviota, pálido el aleteo de sus brazos contra el pecho de collar indio. Entonces se duplicó el murmulleo, crecieron los pasos, se estrujaron los corrillos contra la puerta por donde salió el disparo. Algo grande se desmayó en la mirada de Claudia.

No quiero recordar lo que pasó, lo que se detuvo, lo que no pudo hablarse porque entonces sentí que lo quería y que el perdón se abría paso como otra mariposa. Ojos brotados, presencias imbéciles, y una ausencia total. No quiero saberlo.

...Después de la fiesta se regaron los comentarios en crueldades sin sentido.

—Se mató por hacerse una broma más o menos pesada.

¡Qué va! Parece que escribió un libro, después se echó

el balazo por no haberlo entendido.

—¿Se mató solo?

—No, con una pistola.

—Las cenizas guardarán su memoria dijo un admirador junto a la judía, con tono envejecido.

—Por favor, no hagas tanta bulla: son las cuatro de la mañana.

—Silvio no pudo aguantarse la gana de otra frase: “Y un idiota tratará de definirme en un párrafo rociado de ironía”. Y con desesperación deliberada: —“Estamos forrados en mala piel. Somos muñecos de aserrín”.

—Si se hubiese quedado en el pueblo estaría alzándole la bata al cura párroco y haciendo sonreír a Pachita con chismes del vecindario en una chocolatada.

—Calla tus imbecilidades.

—O dormitaría junto al papayo del patio.

—Estás borracho.

—O animaría piñatas en el patio de Las Confirmaciones, con señor obispo al fondo.

—Tapa esa boca.

—Poco antes se encerró con su collar. Era un collar hermoso... Se encerró, s’encerró. Cencerro. ¡Eso, un cencerro le hubiera lucido! Hasta lo necesitaba.

—Siempre le tuviste envidia.

—¿Sabes por qué se mató? Nunca pasó de ser una

anécdota parroquiana.

—Respeta el silencio.

Seguían las inconsecuencias, con un cinismo totalmente barato. Me enojé por su manera de traicionar. Los mismos que lo usufructuaron eran los que así lo despedían.

Me enfrenté a dos de ellos, El Mulato de bluyines y el amante de la judía.

—No les hagas caso —intervino Raquel—. Están borrachos.

—No —concluí—. Están malparidos.

Claudia me llevó de un brazo.

—Otro que se va —repetirán. Otro, y en la puerta de su apartamento de hombre solo un albarán: "Se alquila o se vende", y en el vecindario las frases de triunfo verdadero o de éxito en la derrota:

—Llegamos a lo que queríamos.

Y lejos, en los tugurios:

—Comemos tarde, pero comemos.

Y si escasea el dolor, algún ser cercano lo proporcionará, y el mundo seguirá andando. Pero un hombre había muerto, uno que respiraba y justificaba sus cosas, amargo y limpio, mentiroso y válido, como todos. Alguien llorará su ausencia y sabrá que sin él la ciudad será distinta, habrá una mutilación en calles y plazas y avenidas, será más opaca la luz en los avisos de gas neón, serán incómodas y largas las noches, y el día tendrá más niebla de la acostumbrada.

Recordé a Pedro Escobar, cuando conocí a Silvio Velero, y recordé frases de éste junto a las paladas de mala tierra.

—La historia se muerde la cola, hay hilos que se anudan en algún aire de otros sitios.

Porque repitieron la pregunta de Velero aquella tarde en el primer entierro:

—"¿Qué afán tenía para mancharse de sangre tan inútil-mente?".

Nosotros guardamos silencio, que nada podía decir.

—¿Cómo lo ves todo? —preguntó Claudia, vestida de oscuro.

—No veo.

—¿Oscuro?

Aprobé a la retórica que siempre es el lenguaje.

—"Oscuro como la tumba donde yace mi amigo" —Malcom Lowry— repetía igualmente citador.

—Sin literatura, Bernardo.

Me dolía su actitud, su dolor improvisado, su frialdad, como si todo viniera prefabricado y el calor llegara con todo el frío disponible. Yo pensaba otras vainas, sentía hasta qué punto puede llegar la derrota. Nunca estuve tan solo.

Aunque quise averiguar el porqué de aquella determinación, ningún antecedente que en sí mismo se bastara dio la clave. Tal vez motivaciones simplistas ligadas entre ellas: que la vida no perdona a quienes le siguen sus recovecos

diluyentes; que de golpe la conciencia hace un llamado para la hora del balance; que al valorarse y tomar su vida por la vida, pensó en auto-eliminarse en protesta contra el absurdo, contra la carencia de respuestas definidoras; o entender que su única forma de perduración y afirmación estaría en la fuga como espectáculo y drama en desesperado alarde de autonomía. O llenarse de la sensación de haberse equivocado y comprender, sin recursos para un renacimiento, que todo es demasiado tarde, enaltecida y abaratada en cualquiera de sus definiciones.

—La muerte, ¡cosa populachera!

Y otra afirmación más amiga de su modo de ser que de su muerte:

—En ocasiones nos matamos, o matamos, por un golpe de imaginación.

Y la tristeza caída, irremediablemente:

—No había por qué luchar —recuerdo que dijo—. ¿O había?

Pero no se trataba de sobresalir, el egoísmo ha sido lámpara ineficaz, alumbra sólo el rostro de quien la lleva. (¡Toses de frase célebre!), la vida anda mal si se resbala en frases.

—¿Cierto, / Roberto?

—Nadie lo niega, / Noriega.

—Entonces vamos, / o nos quedamos.

—¡Adiós! —dijo la tierra.

—Hasta luego, pues —respondió el cielo.

La vida —lo que llaman vida— fue agachando la cabeza.

Claudia y yo asistimos a los funerales. Allí estaba el grupo de los Nadaístas, al que Silvio Velero quiso representar a su modo; las pestañas de Gonzalo Arango se le fueron doblando, raro en él, cínico que bregaba por ocultar una bondad puebleña; Eduardo Escobar dio una última fumada a su escasa yerbabuena, X-504 sonrió con amargura. En el aire se quedaron los chistes duros de Jota Mario y Elmo Valencia, el dolor bulloso de Cachifo Navarro, el comentario inteligente de Amílkar Osorio, el hundimiento de Darío Lemus, al fondo había un respeto enlutecido.

—Que lo cubra un olvido generoso —dijo alguien. Ya no más.

Pero allí gallinaceaban los que animaron o desanimaron la fiesta, con cara de circunstancia o mostrando un cinismo avergonzado de condolerse. Claudia me presionaba un brazo, tenía miedo: algo se había roto definitivamente, algo persistente limitaba nuestra libertad. Un ausente justificado o no seguía separándonos.

Desde alguna parte apretujaba el frío, tal vez seguía lloviendo en toda parte. Tal vez habría esperanza.

—¿Te olvidaste de Isolda? —preguntó en un imposible regreso, casi avergonzada.

—A Tristán lo fulminó el dragón —dije esa última vez—. Ahora soy Abelardo.

Se quedó quieta, por disimular cualquier movimiento habló, contra el olvido:

—¿Sabías? Siempre viajé con aquellos libros.

La sombra de tu paso

Silencio, pasos por la calle, la banca roja, las palomas del Parque, lo ya perdido.

—¿Qué te fastidia?

— Me fastidian los paraguas abiertos si pasan junto a mis ojos.

—En serio.

—Me fastidian los zancudos desvelados.

—Y yo soy tu zancudo y tu paraguas.

Gestos al aire, inutilidad en las explicaciones.

— No, chica, no es una persona la que decide, siempre son dos y los demás, la decisión no la toman las palabras sino las conductas... ¿Debo toser académicamente? Diré que es asunto del cigarrillo, no de mi profundidad filosófica. Lo de la tos.

—No estoy bien, Bernardo.

—Con decirlo ya estás curada, sólo piensas en tu situación.

En los dos, Tristán.

—Soy Abelardo.

Y ya en el apartamento oscurecido, en sombras el mapamundi y el reloj y la bola verde-azul con luz de estrellas... Frente a mi dibujo de Claudia y al desnudo que le hiciera Pedro Escobar, cubiertos por las hojas anchas, nos amamos en un

resplandor de fuegos fatuos.

—¡Qué nunca te castren, Abelardo! —sollozó, y estaba verdaderamente triste.

Así llegó su sueño, y el sueño era ausencia desvelada. Y volvió a poner en tono bajo las viejas canciones, repitió "Desvelo de amor" en versión de los blandengues con voz almibarada. Sufro mucho tu ausencia, no te lo niego, / yo no puedo vivir si a mi lado no estás...

—¿Qué llevas en ese maletín? — le había preguntado.

—Bobaditas.

Entonces lo miré mientras ella dormía. Olía a pequeñas ausencias y pequeñas presencias, a lo que se abre y se cierra para recordar: un pequeño neceser que le había regalado, una billetera que le traje de Italia, un estilógrafo con su nombre para cuando cumplió diecinueve años, y fotos donde yo estaba solo, mirándola, o con ella junto a un río, en las noches de "El Venado de Oro", en bibliotecas y cocteles y parques y caminos; en otra, Silvio Velero sonreía a nuestro lado.

En un aparte de cierre automático, algunas facturas de sus viajes, una fe de bautismo, el pasaporte lleno de visas, cartas de releer y apretujar, certificados de revisión médica (rajaron tu piel, muchacha, cuando tu salud era una poca esperanza de seguir respirando). En otro compartimento del maletín, dos pañuelos bordados, dos bufandas, una corbata, un collar, una brújula, un par de calzoncitos de seda, un espejito donde alcancé a verte reflejada... Esa vez fui yo quien tuvo ganas de llorar.

Porque la mitad de mi alma seguía oscura, también advertía en el espacio cosas que no dan su rostro. The dark side

of the moon. ¿Dónde el lado oscuro de la claridad? A la lámpara de Diógenes se le habían gastado las pilas...

Ahora por todas partes la canción, nuestra canción que nos uniera y separara. En qué labios las líneas azules de tu cuello, / tu bufanda, tu cabello / mojado por la lluvia, / tus manos, tu calor... ¿Recueras? Amor en retirada fue la divisa, Libardo la tarareaba si nos veía enamorados. ¿Fue que lo estuvimos de verdad? A veces uno sueña tanto lo que desea, que el amor se hace otra imposibilidad conseguida, cuando la imposibilidad era lo que lo alimentaba. Si el amor existió, nombrarlo equivale a que se nos vaya otra vez, como los peces pequeños. Hoy quisiera hundir en el agua las manos, y llevarlas al rostro para despertar.

CAPITULO XXIII

Cuando brego por abrir

la puerta de mi llegada,

veo que es la señalada

por donde debo salir.

—“Basta para una vida haberte amado”. En alguna forma todos teníamos tiquetes para avión o tren, para seguir a pie o en la cama. Algunos sueños señalaron su itinerario de fuga.

- ¿Ella?

Así, sin nombrarla —a Ella. Dice tan poco un nombre cuando se pronuncia en seco, cuando no va rodeado por su palabra y su silencio, cuando la vigilia merodea con sus pasos insomnes. Cuando dan ganas de llorar por lo que se quiere, por lo que se olvida.

—Claudia...

—No me llames.

—Gracias por todo lo tuyo.

Y su piel vulnerada desde la garganta al sexo, señalada un día por tres cirujanos en busca de un cáncer que no se atrevió a vencerla, también pudo haberse enamorado. Y de una muerte posible a una muerte segura...

—Se baja el telón.

—Hagan juego, señores. Rueda la bola.

Ignoro durante cuánto tiempo ensayó Silvio Velero su rostro de cadáver, le quedó impresionantemente correcto, y en su frente una inmovilidad pensativa; en su frente, que nunca

pensó con seriedad su otra vida de antes, y tampoco pensará la que ahora ensaya esta posición definitivamente horizontal, con su dolor y sus certezas.

La muerte merodeaba como los lobos en los viejos cuentos.

—Dos muertes, Claudia. La vida debería ganar.

—¿Hemos perdido todo?

—Casi todo.

—Voy a llorar, Bernardo.

—Llora, chica. Yo esperaré un poco.

El tiempo decía su afán, casi podía escuchar el sonido de sus resquebrajaduras. Miré a Claudia, ella sonrió y su sonrisa aumentaba en el rostro la tristeza, natural por aquel momento.

Sacó un pañuelo bordado, me lo entregó después de llevarlo a los ojos. Lo besé.

—De verdad, ¿escribiste esta historia?

—Sí.

Dudó como si por segunda vez la desnudaran.

—¿Y cómo se llamará?

—No sé. Había pensado en “El amor, todavía”, demasiado pobre; tal vez “El hilo de la cometa”, o “Una vieja canción”, o “Muñecos de aserrín”.

—Soy una muñeca de aserrín.

—Todos somos muñecos, intento darles vida.

—¿No es una deslealtad? —dijo, no encontró la palabra

infidencia.

—Soy escritor.

—¿Y hay qué decirlo todo?

—Nunca se dice todo.

Con una hoja escrita por mí armó otro pequeño barco, tal vez la vi halagada. O preocupada de verdad, estaba acostumbrada a esconderse. Y yo la conocía como nadie más podía conocerla.

La sombra de tu paso

Tomé el barco de papel escrito, lo puse a la deriva.

—¿Quisieras que a todas mis letras se las llevara el agua? pregunté, sereno. Dio una fumada a mi cigarrillo.

—No sé.

El humo parecía crear otra bruma entre los dos. Dio unos pasos desorientada, la vi como entre sombras.

—"La sombra de tu paso" —dije, desbaratando suavemente su barquito de papel. I

—¿Qué cosa?

—Un título para el libro.

—¿Te quedó bien? —preguntó, resignada.

—Mis mejores páginas las escribí en hojas de otoño.

Se había roto algo. (Tal vez mis vivencias llegarán a ser tranquilas, como un rebaño en la tarde. Y un día empezarás a envejecer, Claudia, y yo seré otra sombra fugaz en tu recuerdo —¡mira si estoy decadente! —. Nada más. Y la vieja canción en su final, gire-que-gire lento el tocadiscos. Todo lo arrasará el olvido, / una vez llorará desde mi sangre).

Porque una tarde dijo adiós un pañuelo en el aire.

—¿Te vas?

Claudia llevaba una boina azul, una de mis camisas, una bufanda.

—Tú lo sabes.

—Yo nada entiendo del olvido.

—Has tratado de enseñármelo.

No sé si es ánimo de literatura, pero creo que ese día amaneció un poco amarga la miel en todos los enjambres, sería demasiado tarde para pensar en el amor, demasiado tarde para pensar en cualquier cosa. Demasiado tarde para la palabra, la palabra llega cuando ya los labios no la modulan.

Escribiría la palabra amor

en los vientos más altos, y callaría en silencio enamorado todo lo que debí decirte.

Aquella tarde te vi los ojos apagados, tal vez por eso en tu mirada había algo de ceniza. Y desde los altoparlantes el llamado que siempre desazona:

—Pasajeros del vuelo 323 de Avianca, rumbo a Caracas y Puerto Rico, favor pasar a bordo, salida internacional. Última

llamada.

“Última oportunidad” o “Ultima despedida”. Claudia, tenías reflejado en tus ojos el adiós. Ahora, desde las escalas del avión, el pañuelo parecía caer para que el viento artificial de las turbinas dijera la última palabra, llena de polvo.

—Cállate, corazón.

Entonces Claudia se me pareció a un olvido, pero un olvido que me pertenecía, algo que nunca podía dejar de ser completamente mío. Tal vez no supo que en el apartamento de la Calle Perú, la mata de hojas anchas borraba su cuerpo desnudo en una sensualidad lenta y envolvente y silenciosa, como todos los olvidos que un tiempo supieron sentirse enamorados. Sé que en alguna forma nos llegaban las canciones de “La Urna de Cristal” y “El Venado de Oro”, cada despedida va siempre acompañada de canciones que por lo menos una vez significaron algo al paso de los días.

La tierra había girado tanto, que ya estaba por tapar el sol.

—Camina, muchacha, camina —dije a la tierra, con tristeza de saberla otro canto rodado.

Entonces recogí los pocos recuerdos que tenía, y salí con ellos: los fui tirando a lado y lado en mi camino de regreso, como si arrojara semillas. O simplemente arena.

Impreso en los talleres de

Editorial Presencia Ltda.

Calle 23 No. 24-20

Bogotá, Colombia.

AUTORES COLOMBIANOS

NOVELA

NOCHE DE PAJAROS

Arturo Alape

JAULAS

María Elvira Bonilla

EL PEZ EN EL ESPEJO

Alberto Duque López

Y EL MUNDO SIGUE ANDANDO

Manuel Mejía Vallejo

UNA Y MUCHAS GUERRAS

Alonso Aristizábal

EL PATIO DE LOS VIENTOS PERDIDOS

Roberto Burgos Cantor

TUYO ES MI CORAZON

Juan José Hoyos

SALA CAPITULAR

Francisco Sánchez

LOS DOMINGOS DE CHARITO

Julio Olaciregui

MI SANGRE A UNQUE PLEBEYA

David Sánchez Juliao

EL FUEGO SECRETO

Femando Vallejo

LA CENIZA DEL LIBERTADOR

Fernando Cruz Kronfly

LA SOMBRA DE TU PASO

Manuel Mejia Vallejo

EL RIO DEL TIEMPO

Fernando Vallejo

Manuel Mejía Vallejo nació en Jericó, Antioquia (Colombia) en 1923. Adelantó estudios de periodismo en Venezuela y Guatemala. Doctor "Honoris Causa" de la Universidad Nacional de Colombia, donde fue profesor durante 20 años. Ha sido colaborador de El Tiempo, El Espectador y redactor editorialista de El Diario de Hoy, de El Salvador. Actualmente dirige el taller literario más importante de Colombia, en Medellín. Su primera novela, La tierra éramos nosotros, cumple 40 años de publicada y fue el comienzo de una serie exitosa de obras entre las que se destacan: Tiempo de sequía, premio Concurso Nacional de Cuento, México 1945; Aire de tango, premiada en el Primer Concurso Nacional de Novela Colombiana, 1973; El día señalado, galardonada en 1963 con el Premio Eugenio Nadal; Tarde de verano y Y el mundo sigue andando (Planeta, 1984). Los libros de Manuel Mejía Vallejo se encuentran traducidos al inglés, francés, alemán y japonés.

En esta larga tarea de ser hombre he tenido compensaciones leales: El rostro claro de los amigos, la calidez

en la voz de la mujer, la sonrisa y el asombro ensoñador de los hijos, la solidaridad en la familia, y el afecto de un pueblo al que tanto debo y al que trato de compensar en libros, a veces desolados.

Manuel Mejía Vallejo

—inventor de juguetes—